

CARLOS MURCIANO

# LA CÍTARA EN LA CITARA



COLECCION TELAR-DE YEPES

INSTITUCION GRAN DUQUE DE ALBA  
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA

**CARLOS MURCIANO** nació en Arcos de la Frontera (Cádiz). Desde 1956, reside en Madrid. Es autor de casi un centenar de libros, de los que cabe destacar, en poesía, «Un día más o menos», Premio Ciudad de Barcelona (1962), «Este claro silencio», Premio Nacional de Poesía (1970), «El revés del espejo», Premio Ciudad de Zamora (1973), «Del tiempo y soledad», Premio Francisco de Quevedo (1978), «Historias de otra edad», Premio Leonor (1983), «Sonetos de la otra casa», Premio Feria del Libro (1996) y «Concierto de Cámara», Premio Internacional de Poesía Antonio Machado (Collioure, 1997), aún inédito.

Conferenciante, articulista, traductor, musicólogo y crítico literario, Carlos Murciano es miembro de diversas Academias españolas e hispanoamericanas, y Juglar de Fontiveros, de cuya localidad, cuna natal de San Juan de la Cruz, es hijo adoptivo. Su obra ha sido vertida al inglés, francés, italiano, ruso, lituano, macedonio, hindi y tailandés.

En el presente volumen, el poeta recoge una selección de poemas que o habían encontrado sitio en sus cinco antologías ya publicadas. «La citada en la citara» se convierte así en un libro singular, con más de cuarenta años de poesía en sus páginas, y en el que se prueba a salvar del olvido, como apunta Carlos María Maínez en su epílogo, «asombros, inquietudes y días indeclinables»; cuarenta años de poesía: es decir, de vocación, de dedicación, de entrega al verso y a la palabra clara, profunda y conmovedora.

Bienvenidos sean, pues, estos poemas, dispersos hasta ahora, y que, «despojados de polvo y desmemoria», se nos ofrecen en este oportuno y brillante rescate literario.

Luis M<sup>º</sup> MURCIANO

CDU 821.184.2-14





Institución Gran Duque de Alba

CARLOS MURCIANO

**LA CÍTARA EN LA CITARA**  
**(Antología)**

1956-1996

*Con un epílogo de  
Carlos María Maínez*

**CONSEJO DE REDACCIÓN:**

**Carmelo Luis López** (Director)

**Jacinto Herrero Esteban**

**José M.<sup>o</sup> Muñoz Quirós**

**Luis Garcinuño González** (Secretario)

I.S.B.N.: 84-89518-39-4

Depósito Legal: AV-25-1998

Imprime: IMCODÁVILA, S.A.

Ctra. de Valladolid, Km. 0,800  
05004 Ávila

*A mi mujer.*

*A mis hijos.*

*Desde la penúltima citara*



Institución Gran Duque de Alba



## **ANTOLOGÍA**

Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

## PALABRA PREVIA

Mi casa blanca de mi pueblo blanco del sur, estaba coronada por una azotea ancha y luminosa, abierta a lo que era entonces mi mundo todo: la calle Nueva, la fuente del Cañuelo, el Murete, la cuesta de Belén, la calle del Deán Espinosa y, más allá, según hacia donde mirase, el caserío del barrio de San Francisco, los cerros mansos, la torre de Santa María, erguida y campanera. Pero la azotea nos estaba vedada. Teníamos que aguardar a que los mayores descuidasen su vela, para arrastrar la silla baja del cuarto de abuela Carlota y, subidos en ella, descorrer el frágil pestillo y ascender, silenciosos, los doce escalones.

Nos estaba vedada, sí. La azotea era el peligro, el riesgo de una caída. Y la palabra clave era precisamente *citara*. «Que no se acerque el niño a la citara»... «Alejáos de la citara»... «No te asomes a la citara»... Esa breve pared con sólo el grueso del ladrillo que servía de límite a la plenitud de aquel ámbito anhelado, venía a ser la frontera terrible de lo acechante, del vacío voraz.

Con los años, he pensado muchas veces que esas dos palabras que sólo un acento distingue (*citara*, *cítara*) podrían representar, juntas, la fugacidad –con ser perdurable– de la poesía, su condición amenazada y precaria. Cítara colocada sobre ese fino pretil, sobre esa inquietante citara, basta con un simple roce, con un leve soplo, para que se precipite en el vacío del olvido. «La cítara en la citara» –ya imagen, ya verbo– ha permanecido rodando en mi cabeza durante lustros, hasta detenerse en la portada de este florilegio, en el que una vez más entro a saco –esto sí, esto no– por mi poesía.

Y ello porque la aquí elegida –¿la aquí salvada?– ha sido la que yo mismo, no los otros, fui dejando en ese estrecho borde contingente, expuesta a desaparecer de un modo definitivo. Quiero decir que, con algunas excepciones, los poe-

mas aquí recogidos quedaron marginados de mis libros sucesivos y, en los casos en que hallaron sitio en ellos, excluidos de mis antologías éditas, sumando así a su nombrada fugacidad ínsita, la motivada por su –mi– autoinmolación.

Cinco compilaciones de este tipo marcan mi bibliografía. La primera, *Veinticinco sonetos*, fue editada por Literoy, en 1970, con prólogo de José García Nieto y contenido que su título explicita. Tres años después, la segunda, *Antología (1950-1972)*, a cargo de Plaza & Janés y prologada por Antonio Murciano, ofrecía una amplia muestra de mi obra publicada en esos veintidós años. La tercera, *Antología Poética (1950-1988)*, bajo el sello de la misma editorial y fechada en 1989, ponía al día la anterior y corroboraba el período de reflexión abierto a raíz de *Quizá mis lentes ojos* (escrito en 1985 y último representado en dicha antología). La cuarta, *Frontera del desván*, subtitulada «Antología Mágica» por su selector y prologuista Juan Ruiz de Torres, está datada en 1990 y sus poemas no alcanzan la veintena. La quinta y última, *Dell'amore e di altri affanni (Del amor y otros duelos)*, aparecida en versión bilingüe en Bari (Italia), en 1993, lleva un prólogo de Michele Coco y reúne veinticuatro poemas de tema amoroso, escritos a lo largo de ocho lustros.

*La cítara en la cítara* constituye, pues, mi sexta tentativa de esta índole, y viene a ser algo así como «la otra antología» o «la antología otra», ya que recopila lo que las precedentes eludieron. «Siempre que escoges, hieres», afirmó Laura de Colloví. ¿Son estos los poemas heridos? Sí, al menos, los obligadamente sacrificados. ¿Y por qué? Respondería: en buena medida, porque no fueron escritos con intención de componer un volumen. ¿Poesía circunstancial? ¿Y quién que es –Ortega, al fondo– no es también su circunstancia? Pero sucede que el tiempo ha ido revelando ciertas constantes, conformadoras al cabo de unos poemas capaces de incardinarse en un tronco común: tal ocurre con los integrados en «El verso caminante» y en «Rincón del duende», abarcadores por sí solos de la tercera parte de esta muestra; no así los llamados «Poemas mayores», acogidos a un mismo apartado e independientes unos de otros, aunque nacidos, en parte, de mi vocación de cantor andariego. Los otros cinco grupos de poemas pertenecen a otros tantos libros que, dicho queda, no hallaron sitio en las antologías anteriores, y que no agotan la bibliografía: porque de nuevo he prescindido de los versos navideños de *La Noche Santa*, desoyendo las voces que me aconsejaban su inclusión. Y es que una antología como ésta es ya de por sí tan dispar, que resulta aconsejable no acentuar sus diferencias; disparidad que emana de los propios vaivenes del vivir, sobre todo si sus consecuencias poéticas engloban, como en este caso,

cuarenta años. Tal es también la razón que me ha llevado a una ordenación cronológica, válida en esta tesisura, y a través de la cual podrían rastrearse, llegado el caso, determinadas características evolutivas.

Pongo al frente de esta selección un poema escrito en 1957, que ha permanecido inédito hasta ahora. Poema veinteañero, cándido en su creer perdurable lo impreso y reunido. Pero ¿acaso es candidez menor la del hombre maduro que espera evitar la caída de su cítara, con sólo alejarla unos centímetros del filo de la citara en donde reposa?

C.M.

otoño de 1996



Institución Gran Duque de Alba

## EN LA PRIMERA PÁGINA DE UN LIBRO

*Tú haras lo que yo no supe  
hacer: quedar, eso sólo,  
libro que empiezas tu vida  
cuando concluye una parte  
de la mía, libro mío  
todavía entre mis manos,  
mañana en otras ajena  
que intentarás conocer.*

*Estarás donde no estuve,  
verás lo que yo no vi,  
pero dirás lo que dije  
no para ti, para aquellos  
que ahora te tienen consigo  
y que al vivirse te viven  
y al hacerse te hacen eso,  
esto tan sólo: quedar.  
Lo que yo no pude hacer.*

1957



INSTITUCIÓN  
GRAN DUQUE DE ALBA

2013/07/23 10:29:23  
00001372730



Institución Gran Duque de Alba

## EL VERSO CAMINANTE



Institución Gran Duque de Alba

Escritos entre 1956 y 1994, sin intención de formar volumen, estos poemas se reúnen aquí por vez primera bajo un título común, en un *corpus* que avalan fidelidad y pertinacia. Algunos de ellos se integraron en el libro *Plaza de la Memoria* (Málaga, 1966), que firmé con mi hermano Antonio. Los restantes son, en su mayoría, inéditos.



Institución Gran Duque de Alba



**1**  
**LAS CANCIONES**



Institución Gran Duque de Alba

## CÉLICA RONDA

«ya victoriosa piedra de nostalgia»  
Pedro Pérez-Clotet

Tierra de Dios, celeste  
ciudad, ya victoriosa  
piedra de la nostalgia  
poblando la memoria.

Subes en el recuerdo,  
asciendes pura, ola  
incontenible o pájaro  
o cima o lumbre o góndola.

Feliz, inunda el aire  
la catedral que formas  
en lo azul. Tus campanas  
dorados silfos tocan.

Si ancha sierra, vilano;  
si alada nube, roca.  
Plinto para la nieve  
viva de las palomas.

Tú en las cuatro estaciones,  
alta viajera, sola:  
el estío te ciñe  
de pámpanos y pomás,

por ti suena el invierno  
su helada caracola,  
y el otoño te brinda  
su paciencia de hojas.

Y cuando la delicia  
de abril te ronda, Ronda,  
la cimba de la luna  
creciendo, te corona.

**1956**

## BALADILLA DE LA CALLE ANTIGUA (Arcos)

«Tu calle ya no es tu calle»

M.M.

Hoy he vuelto por el pueblo  
y no estabas en tu calle.  
Calle de Santa María  
de la Asunción.

En la tarde,  
abril teñía de rosa  
su cielo, sus nubes.

¿Sales  
—el aire se iba llevando  
mis palabras— o no sales?

Luego, volvía el silencio.  
Y el aire:  
«Aquí ya no vive.  
Márchate».

Y yo pegado a tu cierro,  
sin marcharme,  
creyendo ver a tu sombra  
—¡tan mía!— tras los cristales.

1957

## POR DESPEÑAPERROS

(Regresando. Tren. Madrugada)

Campos de noche, colinas  
en las que posa la luna  
su solo pie, solitarios  
me véis pasar, mismamente  
solitario. Yo os saludo,  
campos de la España mía  
que aguarda su amanecer.

Busco a través de vosotros  
lo que un día dejé atrás,  
lo que fue siempre mi vida  
y todavía lo es:  
madre-casa, padre-pueblo,  
hermano-río silente  
y esa mi torre-muchacha  
con sus campanas dormidas,  
quieta en mitad de la noche,  
soñando mi regresar.

1957

## CANCIÓN DEL AMANTE QUE QUERÍA VOLVER

(Arcos ausente)

Volvamos al pueblo, amor.  
¿No oyes venir en el viento,  
gigante de oro, su voz?

Vamos,  
que nos espera lo alto.

Nube sonando a campana,  
cielo aromando a pradera,  
piedra flotando en el agua.

Vamos,  
que nos espera lo mágico.

Al alba, amor, regresemos  
a la nieve por la cima  
—clara paloma— del pueblo.

Vamos,  
que nos espera lo blanco.

1958

## SEGOVIA

(Torreón del Alcázar)

A un lado, Eresma. Clamores  
al otro lado, mi amor.  
Ya eres mayor en amores,  
ya eres mayor.

Crecidos, sobre la piedra  
estamos, vida, los dos  
viendo a las sierras azules  
dorarse de tanto sol.

Absorta tú en la atalaya,  
absorto yo.  
(Nosotros sobre Segovia  
y, sobre nosotros, Dios).

1958

## **NAVAS DEL REY**

Mira este pueblo desnudo,  
desesperanzado, Navas  
del Rey: una fuente niña  
y un puñadito de casas.

Piedra sobre piedra. Piedra  
sobre silencio. Descansa  
de este largo sol de junio,  
de esta carretera larga.

Bebe el agua entre mis manos,  
anda.  
Y sentirás a Castilla,  
a sorbos, por la garganta.

**1958**

## SOMOSIERRA

La nieve ha bajado a verte  
a la carretera misma.

Sábanas puso a secar  
la sierra cercana, y mira  
lo que ha hecho el pícaro, amante,  
sol de febrero: fundirlas.

1959

## ARANDA DE DUERO

Aquí, amor, con tu recuerdo.  
Campo, nubes, alma... Sol  
de febrero.  
De paso.  
Aquí, en Aranda de Duero.

De paso. Conmigo. A solas  
contigo y con mi silencio,  
buscándome en la ternura  
si tengo tu...  
Sí. lo tengo.

1959

## CALERUEGA

Caleruega  
tiene  
ruecas,  
chopos  
y ovejas.  
Y una iglesia  
perfecta.

Caleruega  
sueña.

Amante, ¿te quedarías  
conmigo en esta  
maravilla de Castilla?  
Tiemblas  
en mi recuerdo, lejana,  
y afirmas, cerca.

1959

## **BAHAVÓN DE ESGUEVA**

Río Esgueva,  
¿no tienes  
pereza?  
¿No te desespera,  
tan sola, Castilla,  
tan seca?

Pero el río no  
contesta.  
Nunca  
contesta.

**1959**

## **BURGOS**

En Burgos, amante, ríe  
la Virgen de la Alegría.  
Detrás de la catedral,  
mira.

Por estos siglos de piedra  
contigo me perdería.  
De andar y andar, los relojes  
se olvidarían.  
(El tiempo se ha detenido,  
la tarde misma).

En Burgos, amante, río  
Arlanzón arriba.

**1959**

## **PALENCIA**

Palencia tiene una torre  
con un arcángel dorado  
atravesado en su nombre.

Palencia, digo Silencio.  
Un aire delgado, vida,  
con la ciudad en el centro.

Te lo digo claramente:  
este Cristo de las Claras  
está inventando la muerte.

**1959**

## CALATAÑAZOR

Mayo, garrido y guerrero,  
silba, mirlo blanco, y salta  
sobre la silla -¡tan alta!-  
de su corcel, caballero.  
Luego, Don Sancho Tercero  
de la Primavera en Flor,  
finge un Calatañazor  
y a su clara valentía  
pierde tambor y gumía  
invierno, digo Almanzor.

1959

## **VIANA**

De este pinar donde el silencio habita  
estoy pensando, amor, que estrena un verde  
como el que mi esperanza necesita.

**1959**

## **VELAYOS**

Cómo silbaba el viento,  
cómo silbaba.

(Tarde turbia de junio,  
limpia tierra de España).

Nadie vino a cerrarme  
las ventanas del alma.

(Las palomas perdieron,  
amor mío, sus alas).

**1959**

## BECERRIL DE LA SIERRA

Este puente de piedra  
junto al rumor ceniza de los álamos,  
le está diciendo al agua,  
amante, lo que callo:  
lo que yo nunca pude  
decirte, lo que acaso  
no podré decir nunca  
a nadie, nunca. Paso  
sobre el puente y escucho  
amanecer un pájaro  
en su trinar. Arriba  
el cielo es un muchacho  
que sonríe,  
y abajo  
el agua es tu recuerdo  
clarísimo, pasando.

1959

## **DON RODRIGO**

Una higuera silvestre,  
diez mil olivos.  
Andalucía sueña  
en mitad del estío.

Un pueblo más. Pasamos,  
amante. Don Rodrigo  
pasa también. (Lo arrastra,  
ya sin corcel, el río).

**1959**

## PATERNA DE RIVERA

¿De la ribera de qué?,  
muchacha blanca y desnuda,  
en su ladera, de pie.

Desnuda de media pierna,  
contrabandista de siglos,  
Eterna, digo Paterna.

¿Sabes qué estaba pensando?  
Comprarle a Paterna, vida,  
un río de contrabando.

1959

## **ALMURADIEL**

Con el sol poniente, mira,  
llegamos a Almuradiel.

Ventana de Andalucía,  
ya la cal en la pared,  
el geranio en la maceta  
—casi clavel—  
y una pequeña palmera  
bereber.

Con el sol poniente, vida.  
Tengo que volver.

**1959**

## CAMPILLO DE ARENAS

A los álamos voy, amante,  
a sus cinturas musicales.

A los álamos de Campillo  
que aguardan junto al camino.

Entre estos álamos, amante,  
se alborotaría mi sangre.

No te traeré, no vendrás conmigo  
a este rebaño de cuchillos.

De los álamos vengo, amante.  
Mira sus cicatrices en mi carne.

1959

## **GRANADA**

El agua, en Granada,  
es como una muchacha descalza.  
Se siente en la piel, cuando pasa,  
temblar su imposible sandalia.

El agua, en Granada,  
es como una serpiente de plata,  
como una delgada campana,  
como una sencilla nostalgia.

El agua, en Granada,  
habla.

Por los arrayanes celestes del alma  
se adentra. Sin prisa y sin pausa.

**1959**

## SERRANILLA DE VALDEJUDÍOS

La encontré en la cuesta  
de Valdejudíos.

Díjele: —Muchacha,  
¿estos ojos míos  
ven lo que están viendo  
o ven extravíos?

Díjome: —Viajero,  
la cuesta es muy piná  
y no guarda esquina  
para el mentidero.

Díjele: —¿Os llamáis?  
Mas calló la bella.  
Díjele: —¿Doncella?  
Díjome: —Señora.

¡Ay los ojos míos  
por Valdejudíos  
llora que te llora!

1962

## **ÉCIJA**

En Écija, blanca y sola,  
bajo este sol de setiembre,  
en esta clara alegría  
del mediodía, tenderse  
a ver pasar el Genil,  
descalzo, bajo su puente.

1962

## **VENTURADA**

Venturada, aventurada,  
una fuente, cuatro chorros,  
dos mujeres, cinco niños,  
veinte ovejas, treinta chopos,  
bienaventuradamente  
numerándome el asombro.

**1962**

## **SORIA**

De madrugada y con niebla,  
frontera ya del otoño.  
Las sombras con que soñara  
—la oscura de don Antonio,  
la pálida de Gerardo,  
la gris de Gustavo Adolfo—  
no estaban. Con niebla, vida.  
Tanto tiempo con los ojos  
preparados... Para esto.  
Para nada y para todo.

**1962**

## ATARDECER POR TIERRAS DE SORIA

El campo se está poniendo  
color de plomo y de sangre.  
Cae el sol. Una picaza  
negrea -blanca- la tarde,  
albea -negra- la sombra  
de los álamos. El aire  
tiembla. En el arroyo canta  
el agua sus soledades:  
agua que a nadie recuerda  
y que no recuerda nadie.

1964

## **ALGODOR**

(De paso)

Cerca la media noche, bajo un cielo estrellado,  
se ha detenido el tren en Algodor. Un niño  
ofrece —ojos azules— su ternura y su agua  
y una muchacha lee al pie de una farola  
inmersa en el silencio. Silba el tren y partimos.  
La luna del estío brilla más, es más clara  
sobre estos campos solos donde Castilla sueña.

1964

## BENAMIRA

En donde nace el Jalón,  
mira, vida, Benamira,  
un pueblo de quita y pon.

Ahora estoy, ahora no estoy.  
Benamira. Ven y mira  
lo que no siendo ya soy.

Lo que no siendo ya es.  
Antes no estaba y, de pronto,  
Benamira.

Mira.

¿Ves?

1964

## MATASEJÚN

—Mira —¡al fin!— Matasejún.

—¿Un  
pueblo? —Bueno, según  
lo mires. Algo mejor:  
un lugar con ruiseñor  
propio: la fuente del Haya.

—Vaya.

—Y por senderos extraños  
los rebaños.

—Al cabo de tantos años  
verlo tan cerca de ti...

—Mi sangre viene de aquí.  
Bésame sobre esta sierra,  
sobre este lecho de tierra.

—Sí.

1964

## SIGÜENZA

El oro del otoño  
llueve sobre Sigüenza.  
Por estas plazas íntimas,  
por estas calles prietas,  
el hombre encuentra al hombre  
que lleva dentro, deja  
que le vivan los siglos,  
los silencios, las piedras,  
y en mitad de la noria  
de los asombros, piensa  
que tiene entre las manos  
lo que buscaba.

Cerca,  
el tiempo –doncel– duerme,  
el doncel –tiempo– sueña.

1964

## ALCALÁ DE HENARES

Desde el arco dormido  
de San Bernardo,  
voces de sueño y sombra  
me están llamando.

(Que no se diga,  
Miguel, que no conozco  
tu voz amiga.)

1965

## RÍO TAJO

(Por Aranjuez)

Rozan mis dedos la lengua  
verde y larga, río, tuyá.  
Palabras jamás oídas,  
musicales, se pronuncian.

Crece, inmensa, la mañana  
sobre los árboles. Nunca  
volveré a saber tan mía  
tu carne hermosa y profunda.

1965

## PASTRANA

Ceniza en la hora rosa  
desciende, lento, el pueblo  
hasta los chopos. Canta  
el agua. Un mirlo nuevo  
escucha. Va Teresa  
amando y escribiendo,  
mientras Juan de la Cruz  
de la luz y el silencio  
trenza la maravilla  
de su verbo y su verso.  
Sobre las huertas cruza  
una picaza. El tiempo  
no cuenta ya. Llevada  
de su deslumbramiento,  
la Plaza de la Hora  
asciende, lenta, al cielo.

1966

## **TORRE-ALHÁQUIME**

Bajo este sol serrano,  
bajo sus soledades,  
bajo su mordedura,  
Torre-Alháquime.

Torre de los calores,  
Torre de los trigales,  
Torre de los silencios,  
Torre-Alháquime.

Muchachos que no he visto,  
mozas que nadie sabe,  
niños que a nada juegan,  
Torre-Alháquime.

Torre de los olvidos  
y de los adelfares.  
Torre de para nunca.  
Torre-Alháquime.

**1966**

## EN ARCOS

(Procesión)

Por las calles empinadas  
llevan al señor San Pedro:

roja capa, rojos guantes,  
roja barba, rojo cetro.

Con los fusiles al hombro,  
la Guardia Civil del pueblo.

Con trompetas y tambores,  
los diez músicos del pueblo.

Con cien niños de la mano,  
las cien mujeres del pueblo.

En tejados y azoteas  
cantan los mirlos del pueblo.

Por las calles encaladas  
—roja tarde, rojo cielo—,

roja frente, roja mitra,  
pasea el señor San Pedro.

Sombra de Semana Santa,  
le precede el Nazareno.

San Pedro —cantan los mirlos—  
le está negando en silencio.

**1967**



## NUEVA YORK, 21 DE MARZO

(Patinadoras en Rockefeller Center)

Por esta avenida  
que va a la tristeza,  
vuelve la alegría  
de la primavera.  
Compiten, rivales,  
la pluma y la piedra  
como en un torneo  
de ayer. ¿Quién se lleva  
la palma, la gloria  
del podium, la eterna  
—la grácil— corona  
de laurel?

Serena,  
roza una paloma  
las altas vidrieras  
y desciende al suelo  
de hielo.

Deshielan  
Mary, Betty, Rose,  
sus breves caderas  
—pluma sobre pluma—  
al pie de la piedra.  
El pie que levantan  
y el pie que las lleva

—gira que te gira—  
por esta vereda  
que va a cualquier parte  
menos a la pena,  
juegan a encontrarse,  
mas nunca se encuentran.  
¡Wellcome! Bienvenidas,  
bienhalladas sean,  
en este exactísimo  
corazón de América,  
las patinadoras  
de la primavera.

1969

## **SANTO DOMINGO DE LA CALZADA**

Aquí te deshojaría,  
rosa fría.

Aquí, sobre esta pradera,  
junto a esta verde ribera  
del Oja, tu morenía.

Desnuda, morena y mía,  
rosa fría.

Aquí, sobre esta pradera,  
la calandria dominguera  
cantaría.

Aquí, junto a esta ribera,  
amor, te deshojaría.

**1969**

## **DEL RÍO OJA Y LOS NOMBRES AMIGOS**

Tu nombre da nombre, río,  
a una región: La Rioja  
(Ojo, que ya afila el Oja  
su delgado escalofrío).  
Cruza tu azul manantío  
Azúrrulla, San Antón  
y la praderilla don-  
de Villalobar se peina;  
y junto a Casalarreina  
te fundes con el Tirón.

Atrás quedaron también  
Zaldierna, Ezcaray, Santurde  
y el quiquiriquí que aturde  
a Santo Domingo... Cien  
pájaros revuelan. ¿Quién  
los cambia por uno en mano?  
Tú callas, río guadiano,  
que en Ojacastro te escondes,  
y poco después respondes  
campesino y campechano.

**1969**

## **CANCIONCILLA DE LA NIEVE EN BÉJAR**

Béjar se viste de blanco.  
Hay una brizna de luna  
en el pico de los pájaros.

Pájaros que ayer volaban  
multicolores, y hoy vuelan  
del color de las estatuas.

(Cae y cae, silenciosa,  
la memoria de la nieve,  
la nieve de la memoria).

En una esquina del parque,  
la nieve se ha vuelto niña  
y anda descalza y sin madre.

Echadle, niñas de Béjar,  
un abrigo por los hombros,  
que se está quedando yerta.

(Resbala sobre mis sienes  
la nieve de la memoria,  
la memoria de la nieve).

Una mano de algodón  
está bendiciendo a Béjar  
desde la Plaza Mayor.

Y al río Cuerpo de Hombre  
se le ha helado esta mañana  
el corazón, y no corre.

1972

## POR MAJARROMAQUE

Por Majarromaque,  
se puso de hielo  
mi sangre.

Alacrán bravío,  
la cola de fuego  
rozando los guijos;

y el brazo desnudo  
haciéndole sombra  
al cuerpo translúcido.

¡Ay muerte acechante,  
bajo los olivos  
de Majarromaque!

1974

## RINCÓN DE MÉRIDA

Por estos arcos pasan  
el viento, la memoria,  
la luz y la nostalgia.

Plinto del jaramago,  
la piedra castigada  
dura, mientras pasamos.

Un vencejo se posa  
sobre el olvido, bajo  
los labios de la sombra.

¿Quién está amaneciendo  
—¿el viento, la memoria?—,  
quién pone azul el tiempo?

Nadie responde. Nadie.  
¡Ay torres de silencio  
desafiando al aire!

1975

## **COPILLAS DE CAMPO DE CRIPTANA**

Por el Cerro de la Paz  
—pañuelos de despedida—,  
palomas vienen y van.

Pañuelos de despedida:  
que todos los horizontes  
huyen con la atardecida.

Que lo crea quien lo crea:  
Criptana es una muchacha  
asomada a la azotea.

Y digo más y mejor:  
la Mancha, con ser la Mancha,  
tiene aquí su mirador.

Poco a poco, poco a poco,  
que estaba cuerdo y bien cuerdo  
aquej caballero loco.

Aquel caballero andante  
que vio gigante y molino  
donde molino y gigante.

Criptana es una muchacha  
que se empina en la llanura  
para ver mejor la Mancha.

Y arriba, burla burlando,  
«Burleta» bebe los vientos  
por ella, molineando.

1977

## PÁJARO EN EL JARDÍN

(Bhopal. India)

En el jardín canta un pájaro.  
Yo no sé cómo se llama.  
Tendrá un nombre pequeñito  
que sonará como el agua  
clara de esta clara fuente  
que bendice la mañana.  
Briznilla en la fronda, tiembla  
el trino de su garganta.  
Y aunque es distinta su pluma,  
como es distinta su rama,  
su lengua es la misma lengua  
de los pájaros de España.

1989

## **EL EMPERADOR**

(Yuste)

Por el monasterio  
pasea despacio  
don Carlos Primero.

El paso cansino,  
la barba crecida,  
los ojos hundidos.

La luna se esconde.  
En el gran silencio  
giran los relojes.

Tan sólo se escucha  
la canción del agua  
de la fuente oculta.

**1989**

## PÁJAROS DE YUSTE

A Mary y Juan David

«¿Dónde cantan los pájaros que cantan?»

Juan Ramón Jiménez

Coronan la arboleda,  
colman de gloria el alba,  
y aunque no se les ve  
es suya la mañana.  
Están en el silencio,  
en el rumor del agua,  
en el aire que huele  
a eucaliptus y a salvia,  
en la dulce entresombra  
de la fronda dorada.  
Están y nadie sabe  
dónde están. Pero cantan.  
Y nos hace más puros  
la luz de su garganta.

1989

## SAN ANDRÉS DE TEIXIDO

En San Andrés  
de Teixido  
canta  
un mirlo.  
Está el cielo  
gríseo  
y el campo verde  
y amarillo.  
La voz del pájaro  
es como un cirio  
alto  
y encendido.  
Un cirio que va goteando su cera  
sobre mi corazón atardecido.

1989

## **GUADALETE**

En Benamahoma  
el río se asoma.

Majaceite manso,  
guadaleteando.

Después, en lo verde,  
se hace Guadalete.

Guadalete lento  
camino del Puerto.

Al pasar por Arcos  
abre sus dos brazos.

Y en Jerez se estira  
sobre la campiña.

Luego, el mar Atlante  
se bebe su sangre.

**1989/1993**

## ATARDECER EN GRAZALEMA

Grazalema  
se aduerme  
en la sierra.

La jazminería  
perfuma la piedra:  
el muro encalado,  
la pared roqueña.

La calima baja  
por la carretera.

El aire  
se adensa.

Bendice la torre  
la vieja cigüeña  
y la fuente fría  
canta en la plazuela.

El sol va cediendo  
su sitio a la estrella.

La luna remota derrama en los riscos  
su pena secreta.

**1989**

## **BERCEO**

(En la niebla)

Beber un bon vaso  
de vino en Berceo,  
andar estas calles  
donde habla el silencio,  
desgarrar la fría  
seda del invierno  
y oír el ladrido  
fantasmal de un perro,  
es ver cómo empapan  
las almas, los cuerpos,  
hechos niebla mansa,  
los siglos que fueron.

**1989**

## **EN LA MANCHUELA**

Villalgordo tiene un río,  
Casasimarro, una plaza,  
y un convento pequeñito  
Villanueva de la Jara.

Por aquí pasó Teresa  
envuelta en su capa parda:  
aún resuena por sus calles  
el eco de sus pisadas.

Una cigüeña se posa,  
rezadora, en la espadaña.  
Todo está en paz. Lento, cruza  
el carro de la mañana.

**1990**

## **ATARDECER EN MAGACELA**

Empinada y sola  
sobre la llanura,  
Magacela cela  
su letra y su música.

Maga de las rocas,  
gacela montuna,  
fundiendo sus cales  
con la piedra oscura.

Centinela herido,  
su castillo escucha  
el grito de alerta  
que da Extremadura.

Desde los adarves  
vuela la lechuza.  
Fantasma amarillo,  
asoma la luna.

**1990**

## **EN UN PATIO DE AMBERES**

En un patio de Amberes  
canta un pájaro antiguo,  
canta un pájaro mágico,  
melancólico y tímido.

Resbala por los muros  
la yedra de los siglos  
y hay un rumor de fuente,  
idéntico y distinto.

Piso la piedra rota,  
pero sé lo que piso:  
la memoria irredenta,  
el pulso de los míos.

**1990**

## **DESPERTAR EN STRUGA**

(Macedonia. Yugoslavia)

La mañana es un pájaro  
silbando en el alero;  
la luz, una moneda  
que rueda por los cerros.

Un día más, la vida  
da cuerda a su muñeco.  
(La vida: un largo olvido  
entre dos nacimientos.)

Vuelvo a andar. Reconstruyo,  
al que ayer fui, y compruebo  
que otro desconocido  
me mira en el espejo.

**1990**

## LAGO DE OHRID

(Macedonia. Yugoslavia)

En el taller del alba,  
el lago está bruñendo  
su lámina de plata.

Todo es claro y distinto:  
el pájaro en el aire,  
la flor en el camino.

La luz, la luz intacta.  
Sobre los pinos llueve  
la memoria del agua.

San Naum, allá arriba,  
sigue latiendo, indómito  
bajo la piedra fría;

y en la orilla remota,  
un pescador olvida  
los peces y las horas.

El silencio es perfecto.  
Como si el mundo —¿existe?—  
comenzase de nuevo.

1990

## CABEZO DE ALCALÁ

(Ciudad ibero-romana)

El poniente es una llama  
sobre el Cabezo. ¿Qué canta  
ese pájaro fantasma?  
¿Qué sombras son las que pasan  
sobre estas piedras gastadas  
por tantos siglos? ¿Qué magia  
mantiene en pie sus murallas?

Duenda de ayer, la campana  
dobla en la torre de Azaila  
y una estrella solitaria  
enciende su lenta lámpara.  
Lejos, el Ebro apuñala  
las arboledas doradas.

1990

## **SIMANCAS**

El pueblo está solo.  
De tejas y aleros  
se cuelga el otoño.

Nada pasa. Nadie.  
Solamente el frío  
rondando las calles.

Envuelto en la niebla,  
el castillo borra  
portones y almenas.

Y una mano en sombra  
hojea el ajado  
libro de la Historia.

**1990**

## PUNTA DE MERA

(La Coruña)

Este sol de noviembre  
traza un camino de oro  
sobre el agua celeste.

Por él llega la espuma  
a estrellarse, suicida,  
contra la roca dura.

De su muerte renace  
hecha nieve o paloma,  
camelia, jazmín, ánade.

Todo es mucho más claro;  
es decir, más oscuro.  
Delicia de lo mágico.

No estoy en esta punta  
en la que estoy. Estoy  
en mitad de la luna.

De la luna que aguarda  
—centinela— su turno  
sobre la mar intacta.

1990

## **GUIJO DE SANTA BÁRBARA**

Por los escalones  
de la calle Nueva  
se oye el son del agua  
clara de la sierra.

Herido, el geranio  
sangra en su maceta,  
y es otro el aroma  
de la yerbabuena.

Por el viejo muro  
que cubre la hiedra  
resbala la luna  
de la primavera.

Tú vienes conmigo.  
Pero, en la arboleda,  
un pájaro triste  
proclama tu ausencia.

**1992**

## **CEMENTERIO VIEJO**

(Hontoba)

Cementerio viejo:  
una cruz de olvido  
para cada muerto.

Y un ciprés cansado  
donde, conmovido,  
canta un solo pájaro.

Morirse no es más  
que tener un poco  
de tranquilidad.

**1992**

## VIVAR DEL CID

Por Vivar del Cid  
no pasea nadie.  
Ni la clara sombra  
de Rodrigo. Nadie.  
Tan sólo la lluvia  
del otoño cae  
sobre sus olvidos  
y sus soledades.

(Virgen pequeñita  
del Espino, guárdame).

1993

## **LLAVES**

¿Qué puertas de qué lugar  
abrirán estas casucas,  
hijas de su soledad?

## **PIASCA**

El tiempo, su huella  
-tibio sol de otoño-,  
perdura en la piedra.

**1993**

## **NONDUEMAS**

Despierto en Nonduermas.  
Despierto y cautivo,  
abiertos los ojos,  
tensa el alma, tensa.

En el oro súbito  
de los limoneros,  
un pájaro escribe  
su nota de luto.  
Sobre la pinada,  
el cielo de mayo  
se rompe en azules.

«Velad», murmullea  
la brisa, la brasa  
del sol que se pone.  
«Velad», y se abren  
las huertas, las puertas  
del gozo.

¿Quién duerme  
en Nonduermas?

**1994**



Institución Gran Duque de Alba

**y 2**

**LOS SONETOS**



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

2003/08/20

## ÚLTIMA NOCHE EN LA ALCAZABA DE MÁLAGA

El viejo son del mar, la mano abierta  
de Dios, en una larga despedida.  
La luz del sol vencida y perseguida  
por una luna silenciosa y yerta.

Luna que en soledad abre la puerta  
hermosa de la noche y, sorprendida,  
ve cómo a abril le gana la partida  
su pupila clarísima y despierta.

Abajo, la ciudad duerme y reposa.  
Niña en mitad de la ancha primavera  
no tiene miedo de ninguna cosa.

Aquí habré de pasar la noche entera,  
junto a las cuatro esquinas de la rosa.  
Y salga luego el sol por Antequera.

1964

## ÚLTIMA HOJA

(Otoño. Sierra de Cádiz)

La tarde está cayendo sobre el río.  
El ciervo del otoño en la alameda  
va corneando, inmenso, lo que queda  
de la desesperanza del estío.

No tuvo fe en su claro manantío  
ni creyó en el verdor de su arboleda.  
Y ahora –nuevo Tomás– ve a la vereda  
hundir su dedo en su costado umbrío.

Varón, el viento pálido persigue,  
niña, a la nube gris, y en una llama-  
rada final arde la tarde roja.

Cruza un pájaro solo: silba y sigue.  
Y en el desnudo brazo de la rama  
tiembla el leve milagro de la hoja.

1964

## ÁVILA QUEDA

Luego que todo pasa, Ávila queda.  
Queda su corazón de piedra dura,  
el fuego helado de su calentura,  
su guantelete de alabastro y seda.

Por sus muros, los siglos ruedan. Rueda  
el Adaja su eterna singladura  
y en un remanso, pura en su clausura,  
la Encarnación apuesta su moneda.

Y ganó ayer y todavía gana.  
Ávila suelta al vuelo su campana,  
que todavía es mucho todavía.

Y Dios, al filo de sus nueve puertas,  
de par en par las va dejando abiertas  
para que entre por ellas la alegría.

1970

## UN MIRLO EN EL PINAR DE ICOD

Árbol de cruz, árbol de siglos... Canta  
un mirlo en el pinar, mas se diría  
que canta el mirlo en la memoria mía,  
tanta es su pena y su ternura tanta.

Icod enciende un mirlo en su garganta  
con cada amanecer, y el mirlo estríá  
y abre la flor de la melancolía  
y la deja caer y la levanta.

Árbol de cruz, sediento, el Cristo expira.  
Árbol de siglos, se alza el Drago y mira  
de un modo al Teide, que no sé decirlo.

Pero, desde esa sed a esa mirada,  
Icod extiende, fiel, cada alborada,  
la delicada música del mirlo.

1972

## CONTEMPLACIÓN EN VALLDEMOSA

(A María Saltor, que adivinó mi paso  
por la Plaza de la Cartuja)

Estás. Y no en la sombra. Aquí: delante  
de nosotros, de mí. Rompe la mano  
la escayola, el cristal, y en el piano  
se hace otra vez candela crepitante.

Tu música, muchacho agonizante,  
solloza en el marfil. Pregunto en vano  
si alguien te ve, si alguien te siente. Ya no  
estás, pero eternizas el instante.

Estás. Y no en la sombra. Da en la palma  
su sola nota el ave. Se diría  
que es tu dolor el de la tarde en calma.

Sobre el papel, la pluma que escribía  
recomienza a vivir, mientras el alma  
se te derrama en la caligrafía.

1972

## **PUERTO REAL**

La soledad se llama compañía  
en esta esquina mágica de España,  
donde teje su música la araña  
de la guitarra y arde la bahía;

donde la gaviota todavía  
no sabe si se engaña o no se engaña  
cuando se baña –cuando no se baña–  
en sal, en sol, en mar, en río, en ría.

Venid aquí con vuestros desengaños  
y apacentadlos junto a los rebaños  
de olas, de pinos, que apacienta el Puerto.

Este Puerto Real que, cada día,  
levanta el nardo azul de la alegría  
e inicia en sol mayor su gran concierto.

**1973**

## **ANTE EL MAUSOLEO DE LOS AMANTES**

(Teruel)

Mira cómo la piedra se levanta  
rítmicamente, pecho que respira;  
escucha cómo el corazón delira,  
pájaro tibio y diminuto, y canta.

Nunca tuvo la piedra pena tanta  
como esta que a la par vive y expira;  
escucha el leve palpitarse y mira  
el trémolo que inicia su garganta.

Isabel de Segura está segura  
de que el mármol conserva su hermosura  
lo mismo que conserva su amor ciego.

Donde digo Isabel, digo tristeza  
y donde digo amor, digo pureza.  
Y donde digo ciego, digo Diego.

**1973**

## LLANO MANCHEGO

«el pecho en ascua roja de la Mancha»  
E. C.

El llano se estremece y se encandila  
y, ave de vuelo cándido, se eleva  
y en su plumón –en su canción– se lleva  
hasta el azul el llanto de la esquila.

El llano es como un hombre que vacila  
en una encrucijada: aquí, la esteva  
y allí, la nube; aquí, la savia nueva,  
y allí, el viejo raigón. La luz se afila

sobre estos yermos y estas soledades  
donde la tierra dice sus verdades  
y el corazón, blanco de Dios, se ensancha.

Y ensanchado (de Sancho, el escudero)  
hiere de amor y espada el Caballero  
el pecho en ascua roja de la Mancha.

1975

## **EN VALDEPEÑAS**

Corazón de la Mancha. Campo llano.  
Grito amarillo donde el tiempo cabe.  
Puerta de los secretos, con la llave  
colgada en la cintura del verano.

Sobre las verdes viñas va la mano  
diestra de Dios, en tanto vuela el ave  
buscando un horizonte que ya sabe:  
la frontera del cielo castellano.

Pero nunca la alcanza. Tierra y cielo  
se besan niñamente, y el molino  
gira en la plenitud del mediodía.

El sol ha desdoblado su pañuelo  
y se limpia el sudor, mientras el vino,  
preso en su tinajón, los desafía.

**1975**

## **EN TEJEDA**

(Gran Canaria)

Para Calaya y Manolo

Leche de paz los Pechos de Tejeda  
manan sobre la tarde que declina;  
el Roque Nublo, en pie, se difumina  
en la calina que se desenreda.

Ya no queda camino. Ya no queda  
sino la soledad. El mirlo afina  
su negra flauta y, sobre la colina,  
barre el silencio el escobón de seda.

Lejos, erguido, dentro de su nube,  
el Teide tiembla y lentamente sube  
hacia la luz revivificadora.

Y el taginaste, súbito, rojea,  
y hasta el clavel salvaje centellea.  
Y todo es de otro sueño y de otra hora.

**1978**

## NACIMIENTO DEL GUADALQUIVIR

En Cazorla hay un tordo de agua pura:  
de su garganta trinadora nace  
un potro de cristal que pisa y pace  
los trebolares de su escarpadura.

Aquí comienza un ave su aventura,  
un corcel que en espumas se deshace,  
un río que ya fue, y ahora renace  
en el amanecer de su andadura.

Porque en esta Cañada de Aguas Frías  
donde anidan al sol las totovías  
y el ciervo capitán bebe de bruces,

antes que la Creación tuviera dueño  
manaba ya, celeste como un sueño,  
el padre de los ríos andaluces.

1981

## **ATARDECER EN ES VERGER**

(Mallorca)

Desde este monte altivo, la bahía  
brilla como un espejo azul y plata.  
Se oye el silencio. Cruza una fragata  
remota, como cruza la alegría.

Dueño y señor de la monotonía,  
el grillo inicia ya su serenata.  
La luna, atada al pino, se desata  
como una corza delicada y fría.

Como una corza que huye y se alza luego,  
cometa de cristal, arcángel ciego,  
hasta la inmensidad del cielo raso.

Y el sol pierde de pronto la cabeza,  
y todo se hace púrpura y belleza  
rodando lentamente hacia el ocaso.

**1990**

## CAMPOS DE MEDINA – SIDONIA

(En un cuadro de José Lapayese)

Una ventana, a veces, es tan sólo un espejo  
que copia el sol, el aire, los campos de Medina,  
un cielo que la mano de mayo difumina  
y desnuda en el hondo milagro del reflejo.

El pulso de arroyo y el rastro del vencejo  
tiemblan sobre la curva lustral de la colina.  
El olivo se acuesta y el tejado se empina  
y el viejo campanario dice su son más viejo.

Una concha de piedra bautiza la mañana  
con un agua de siglos, y se torna cristiana  
la roca donde puso su pie la morería.

Y en la gracia del lienzo donde el pincel no pesa,  
libre ya de su azogue, se va quedando presa  
el alma de este claro lugar de Andalucía.

1992

## **EL POETA RECUERDA A LA AMADA DESDE UNA PLAZA DE CARACAS**

El azulejo en el samán no sabe  
que estoy lejos y azul de mediodía,  
embadurnado de melancolía,  
encerrado de ti, pero sin llave.

Antes de que el octubre se me acabe  
daré razón de que esa boca es mía.  
Mas queda mucho octubre todavía.  
Y en el álamo verde silba el ave.

Simón Bolívar lanza una paloma  
con su mano de bronce, y se desploma  
el aire a su tremor, truncado espejo.

Y estoy ceniza y lunes sin tus brazos,  
roto, como ese espejo, en mil pedazos,  
mientras canta en su rama el azulejo.

**1994**

**BREVIARIO**  
**(1958 - 1995)**

**1969**

**1974**

**1993**



Institución Gran Duque de Alba

Escrito entre 1958 y 1968. Publicado en Caracas, en la colección «Poesía de Venezuela», en 1969, con el número 27. Doce poemas. En febrero de 1974, se hizo una segunda edición en Sevilla, en la colección «Aldebarán», con el número 9, recogiendo otros doce poemas más, escritos hasta 1973. En 1993, en la colección «Medialuna», de Pamplona, con el número 15, apareció una tercera edición, con treinta nuevos poemas, escritos hasta ese año.



Institución Gran Duque de Alba

## TREINTA VERSOS PARA PABLO PICASSO

El genio, soplo mágico,  
dispuso tus pinceles;  
planos, formas, volúmenes,  
lo gigante y lo breve,  
lo que todos veíamos  
y lo que solamente  
tú veías, plasmóse  
—pasmóse— para siempre.

Universal, tu mano  
obedecía a quienes  
con sus voces dictaban,  
Pablo, el trazo solemne:  
siglos de Andalucía.  
Pablo Picasso, duendes  
de Andalucía, ángeles  
de Andalucía, ¿entiendes?

Y por si no quisieras,  
Pablo, entenderlo, vuelve  
tu mirada hacia atrás  
y contempla, contémplate  
por dentro, presta oídos  
a tu sangre caliente  
y escucharás rugir,  
mugir a contrasiebre,

a contraluz de ideas,  
tu corazón de siempre:  
negro toro de España  
corneando a la muerte.

1958



Institución Gran Duque de Alba

## **UN SONETO PARA PLÁCIDO FLEITAS**

El tiempo y su rumor de arena ardida,  
el son antiguo y fiel del oceano,  
le cantan por la sangre y por la mano  
buscan mágicamente la salida.

Un empuje ancestral abre la herida  
de la memoria y ruedan por el llano  
negros toros de Iberia. Más cercano,  
Teide ve la materia sometida.

Plácido Fleitas toma ardientemente  
la piedra y, en la tierra donde yace,  
la posee y le siembra su semilla.

Y la piedra se yergue de repente  
y de lo que le sobra se deshace  
y alumbría la eviterna maravilla.

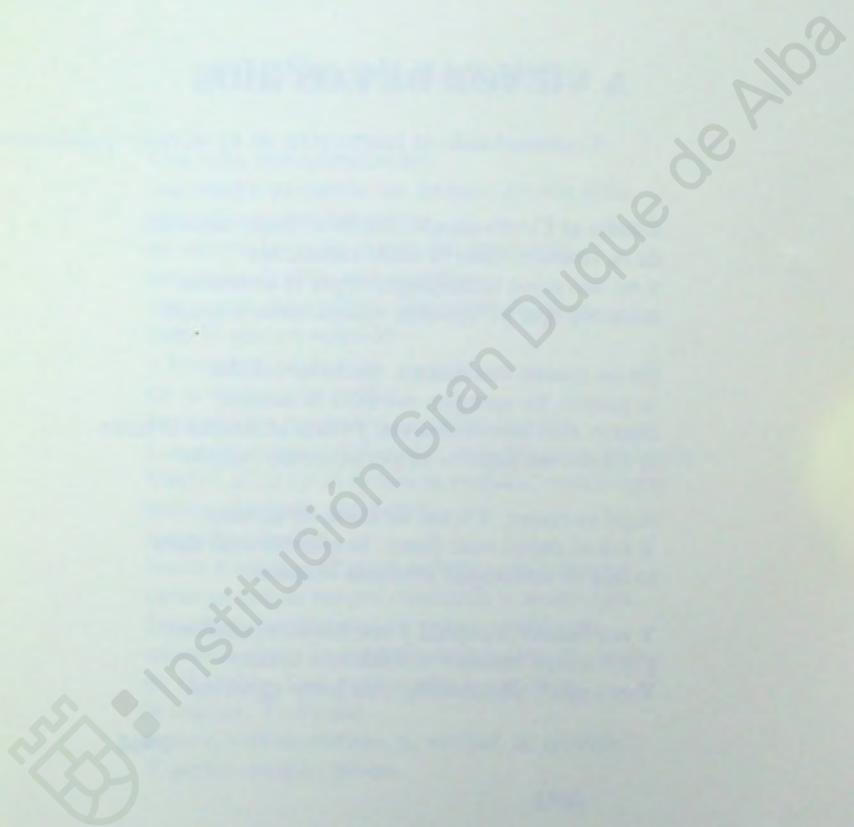
**1964**

## **RECAZO URGENTE Y DOLORIDO PARA ANTONIO PADRÓN**

Porque te has ido de repente,  
buen amigo Antonio Padrón,  
con tus pinceles y tus lienzos  
y tu callar tan hablador,  
con tus azules molinillos  
y tu gallo madrugador,  
con tus oscuras campesinas  
tostándose de sol a sol,  
con tus brujas y tus chiquillos  
y tus santiguadoras, con  
esa corcova sahariana  
de tu dromedario arador;  
porque te has ido para siempre  
tirando de tu corazón  
como un niño de su cometa  
amarilla y naranja, por  
aquella punta de Agaete,  
por el largo Dedo de Dios,  
por aquel mar de recia espuma  
que contempláramos los dos  
juntos, en una tarde hermosa,  
por tantas cosas que no son  
pero que fueron algún día  
de mi pluma a tu pluma, yo  
le pido al Padre que te ponga

con San Poeta y San Pintor  
en un jardín de su celeste  
ínsula de San Borodón.

1968



## A VÍCTOR DE LOS RÍOS

Contemplando el hierro vivo de su «Cristo crucificado»

Estaba el Cristo alzado contra el muro desnudo  
de tu estudio. Caía la tarde cenicienta  
y en mil rojos relámpagos rugía la tormenta  
mientras que yo miraba, emocionado y mudo.

En un rincón cualquiera, hacía su saludo  
tu pastor. Yo sumaba: no salía la cuenta.  
Hierro más barro: muerte. Pero a la muerte cruenta  
tu Cristo adelantaba su pecho como escudo.

Aquí tu mano, Víctor, se llenó de ternura.  
Y era el metal más firme, la materia más dura  
lo que tú moldeaste e hiciste respirar.

Y era hierro la espina y era hierro el madero  
y era hierro macizo tu Redentor entero.  
Y era miel, sin embargo, su lento agonizar.

1968

## SUEÑO DE BARJOLA

Una rosa entreabriéndose,  
una madre peinando las trenzas de una niña,  
un mirlo en un almendro,  
un arroyo lavando la paz del mediodía,  
una cesta de pan, una naranja,  
una yegua, una yunta, una rama de oliva,  
todo lo que es sencillo  
y hermoso, se da cita  
en tu noche y tu sueño.  
Pero el alba regresa y, con ella, la vida.  
Los monstruos del dormido, sus terrores, se alejan.  
Vuelve al ojo y al lienzo la realidad más limpia:  
bultos, sombras, muñones,  
apagadas pupilas,  
bocas a las que el grito deformá, cercenadas  
cabezas que la sangre confunde y multiplica.  
Escarban los pinceles tu paleta temblante  
mientras clava la espátula su aguijón de ceniza  
en el lienzo. Los sueños son los sueños,  
te repites. Y olvidas.  
Ante ti está tu mundo, tu verdad, tu modelo.  
Y pintas, pintas, pintas.

1968

## CONTEMPLANDO UNOS HIERROS DE LUIS ÁLVAREZ LENCERO

Puso el hombre los ojos sobre la gran distancia,  
más allá  
del horizonte; puso  
el oído profundo sobre la tierra,  
el pecho contra la soledad,  
el corazón contra el ruido de la aguas;  
puso el hombre la mano sobre la dura  
materia  
y supo que era bueno.  
Y supo que era necesario  
domarla, trocearla, compartirla,  
hacerla una vez más, dios tenacísimo.  
Así, cuando era el alba  
y un tordo sangreante incendiaba las torres,  
bajó a lo hondo y desterró al silencio.

Oh, el martillo, su negra  
voz; oh, el yunque, su garganta;  
oh, la chispa amarilla, viniendo de los siglos.  
Puso el hombre la mano sobre la dura  
pena  
y el hierro se hizo carne y habitó entre nosotros.  
Máscaras de estar vivos, puños de estar muriendo,  
peces casi guitarras por un río sin cauce,  
hombres amaneciendo bajo un cielo de cobre,

la furia ciega, el toro,  
la guerra en una bota resuelta ya en pezuña,  
el ojo casi fauce,  
el llanto casi llanto;  
y el vidrio de colores, como una bofetada.  
—absurda, tierna— de poesía.

Puso el hombre la pena sobre la dura  
mano  
y supo que era bueno.  
Y se echó a los caminos  
y volvió el rostro atrás, mientras andaba,  
a ver si esos sollozos,  
si esas formas que había  
sacado de la sombra,  
a las que había dado la vida con su soplo,  
rompiendo sus cadenas, le seguían.

Y el gran milagro fue.

1971

## **CONTEMPLANDO UNOS LIENZOS DE CARMEN PINTEÑO**

Esta luz que se tensa, esta chiquillería  
con la nostalgia misma colgada de los ojos,  
este paisaje duro, estos tristes rastrojos,  
esta precipitante montaña en agonía,

este sol que dispara su roja artillería  
sobre un blanco de casas coronadas de abrojos,  
estas mágicas llaves, estos claros cerrojos,  
abren por ti la palma y el alma de Almería.

En estos lienzos fuiste dejando tu ternura,  
quebrando tu alegría de niña lastimada  
por la mano terrible del mundo y de sus cosas.

Y aquí está la amargura, mas también la hermosura,  
porque tú llevas, Carmen, en tu limpia mirada,  
el dolor de los cardos y el temblor de las rosas.

**1972**

## DIGO AHORA DE FERNANDO CALDERÓN

Con tres versos de Ausías March

*Los peces por la tierra irán vagando,  
Fernando Calderón, si tú lo quieras;  
si lo quiere el cuchillo con que hieres  
lo que en el lienzo vas desentrañando.*

Gallos, navíos, pájaros cruzando  
manos de niños, ojos de mujeres;  
perfíles que proclaman tus dos seres:  
hombre Fernando y semidiós Fernando.

*Si acaso de improviso un viento viene,  
es que Fernando Calderón lo tiene  
dormido en su pincel, y lo despierta.*

Busco el asombro, mas lo llevo puesto.  
Busco la puerta, mas no existe puerta.  
*Sin ojos puedo ver, no hay duda en esto.*

1973

## **GREGORIO PRIETO, AQUÍ**

Por Valdepeñas pasan los caminos  
que entran en Grecia y circunvalan Roma:  
el camino que lleva a la paloma  
y el que lleva a las fuentes y a los pinos.

Arcángeles —muchachos— campesinos  
sostienen el pincel que se desploma  
de tanta luz. Encima de la loma,  
sanandresean, blancos, los molinos.

Y todo está en el lienzo, como un llanto  
—clara mancha en La Mancha—, como un canto,  
junto a la fiel cardencha y a la espiga.

Lo mismo que está aquí Gregorio Prieto,  
en los catorce versos del soneto,  
junto a la borrachera del Auriga.

**1972**

## VEO LA HUELLA DEL TIEMPO EN UNOS CUADROS DE EDUARDO NARANJO

En los espejos que recubre el polvo,  
tras de las puertas que no se abren nunca,  
bajo tejados que se desmoronan,  
pinta Eduardo.

Caen los recuerdos como lluvia mansa,  
va la ceniza poseyendo el mundo.  
es la vejez el norte de las cosas,  
y él lo comprende.

Una maleta encierra veinte siglos,  
un retrato amarillo se deshace,  
una muñeca se suicida y habla  
con Eduardo.

Rostros que nunca fueron, manos rudas,  
cerrojos que chirrían y se arrastran,  
relojes que resbalan sin ruido,  
se le rebelan.

Pero él los toma, los doblega, doma  
sus colores, conforma sus perfiles.  
Y el tiempo es ya un cachorro que camina  
tras Eduardo.

1973

## **SONETO CASI MÁGICO PARA LORENZO GOÑI**

La mosca, el cigarrón, el alba bruja,  
el ojo que no es ojo sino gajo,  
la campana que pierde su badajo,  
el búho que bucea en su burbuja,

todo es materia que una mano estruja,  
raja, baraja y maja en su dornajo,  
mientras que el gato se hace escarabajo  
y un dedo que no existe lo dibuja.

Lorenzo Goñi gañe, engaña, guiña  
su ojo frontal, y la pintura es niña  
que escapa de su cueva de gigante.

Y Cuenca, encaramada en su barranca,  
se arranca como un toro, brava y blanca,  
y se lleva a Lorenzo por delante.

**1973**

## VAMOS A ENTRAR EN CASA DE CELEDONIO PERELLÓN

Vamos a entrar en casa de  
Celedonio Perellón;  
vamos a pisar muy despacio, para no desvelarlas,  
estas losas albinegras,  
desnudas de alfombras pero colmadas de rotos  
deseos,  
y vamos a hacer como que no  
vemos la gran pamela que este quicio no alcanza a ocultar,  
la máquina de despertar los sueños, que una muchacha  
—dormida, claro— cuida a la altura del techo,  
el maniquí que se despereza en un rincón, de su dueño tal vez olvidado.

Y lo primero que miramos —vamos a entrar, etc.— es el centauro que succiona  
la boca, el corazón de esa misma muchacha  
—¿o es su reflejo?— y, más allá, el rostro, en primer plano, de la bestia.  
Llueve el tiempo su asombro, su ácido que corroe,  
tiembla la mano en su muñón, vacila  
la equilibrista.

¿Y esa escalera  
que no termina nunca (porque nunca ha empezado,  
porque el peldaño inicial es un sollozo, quiero decir una sonrisa),  
adónde va, qué anuncia, qué señala?  
Espectador sin rostro, conoce él su secreto,  
pero lo calla.

Vamos

a entrar en casa de este etcétera,  
a sorprenderle con su esfera, su cubo y su sombrilla,  
colocando en sus nichos  
torsos, senos, zapatos,  
vestidos, piernas, sombras, pelucas, polvo, quién  
lo diría.  
arrinconando monstruos, mendigos, peces, vamos  
a entrar en casa de este Celedonio  
Peleón –a batallas  
de amor, con una pluma  
le basta–, a descubrirle  
el miedo de saberse ya memoria,  
lágrima de otro mundo, madrugada  
insomne,  
y vamos a tener mucho cuidado  
de sembrar de migajas el bosque donde arrumba  
sus alucinaciones,  
su casa de ogro antiguo con botas de mil yeguas,  
para que si los pájaros del entendimiento  
no las pican, las comen, las hacen  
desaparecer,  
encontremos sin dudas la salida, el boquete  
de su desesperanza, el sumidero  
de su imaginación,  
bullendo al fuego lento de su tanta cordura.

Vamos, por tanto, a entrar en casa  
de Celedonio Perellón,  
con una alondra en una mano y un soplete en la otra,  
en la seguridad de que si tropezamos,  
al final de un pasillo o detrás de una puerta,  
con el mar, por ejemplo,  
él estará sentado en sus orillas, con barca y remo y algas y musgo por los hombros,  
sonriendo, tranquilo,  
porque el mar es un juego de niños y él lo sabe.

1973

## **VEO INMERSO A NASSIO BAYARRI EN SU GUERRA TOTAL**

El cielo, negro. La tierra,  
lejana y sola. Se enfriá  
(paréntesis) la bravía  
cuerna de la luna. Guerra  
total. Un planeta yerra  
por el hondor sideral  
y una mano terrenal  
trata de llevar la nave  
—¿cómo?— a un puerto que no sabe  
ni existe. Guerra total.

Guerra total. Se resiste  
—dura, tenaz— la madera  
y el hierro se desespera  
y el mármol se pone triste.  
Hay un puerto que no existe.  
Nassio lo conoce. Mira  
su mano, donde delira  
—pájaro fiel— la herramienta  
y antes de que se dé cuenta  
huye, se va.

El mundo gira.

Gira al revés, lentamente.  
Nassio lo sabe y se asoma

a su olvido. Una paloma  
viene y se posa en su frente.  
Turbio, el cuervo, de repente  
-¿no era paloma?-, levanta  
el vuelo. De su garganta  
crece la música astral.  
El cosmos: guerra total.  
Y Nassio Bayarri canta.

1973

## **SONETO MÓVIL PARA JESÚS SOTO**

La mano firme, el pulso progresivo,  
la vibración, la vibración, la luna  
de la materia móvil, la cieluna,  
la penetrable esencia de lo vivo.

La espiral del silencio fugitivo,  
una sombra cualquiera que es ninguna,  
la t de torre, de tremor, de tuna,  
el cubo que me criba lo que escribo.

Todo tiembla en los pájaros de Soto,  
y el mundo se derrumba, rojo y roto,  
y él, Orinoco fiel, lo reconstruye.

Y el agua se desnuda y se levanta  
—la vibración, la vibración— y canta  
y luego como helada cierva huye.

**1974**

# ÁNGEL ÚBEDA FOTOGRAFÍA EL OTRO LADO

1974

## MIRO A MIRÓ

Juega  
el niño grande  
a esconder las mayúsculas  
del alfabeto:  
tira al arroyo la A  
y escribe *arte*;  
tira al pozo la P  
y hace pintura;  
tira al estanque  
la  
E  
y la vuelve a sacar,  
chorreante,  
propicia.  
y la escultura nace y muere y nace,  
múltiple, sola.

Miro a Miró, macero mi memoria,  
cometas, ojos, dedos, estrellas codifico,  
le veo romper la M (Muerte, Miró, no existen),  
descolar de la noche la gran C de la luna  
y alumbrar la cerámica.  
Le  
veo  
hacer, luego, la V con dedos semimágicos:  
Vida,

Victoria,  
apunta.

Y el gallo, erguido, canta  
encima de la mesa.

1974



Institución Gran Duque de Alba

## CON SOROLLA

(Martínez Campos, 37)

En la mañana fría,  
cuando el invierno agonizante, aferrado a vivir,  
clava sus garras en la niebla y sorbe,  
he visto el sol crecer, cantar como un muchacho  
desnudo,  
cabrillear, indemne, sobre el mar,  
bañar paredes, torsos,  
dorar la vía muerta, el pitacal, la viña,  
playear, rebelarse,  
vencerte luego.

Iba  
tu mano por los bronces,  
por las consolas olvidadas,  
tronzando el amarillo laurel de tu paleta,  
siendo verdad de nuevo.  
Y en el jardín la fuente murmuraba  
y una muchacha —roja su blusa entre los pinos—  
bendecía un lejano  
atardecer  
que nunca llegó a noche y que fue tuyo.

1975

## TERCETILLOS POR JUAN ESPLANDIÚ

UNA calle hacia el tiempo:  
gentes, farolas, autos,  
olvidos y recuerdos.

La prisa ciudadana:  
la pincelada leve,  
lengua de la elegancia.

Ausencia. Paz. Otoño.  
El silencio es de plata.  
Los árboles, de oro.

Un barco que no existe  
gana puerto y se aquietá  
entre las olas grises.

Entre las grises alas  
con qué las gaviotas  
desnudan la mañana.

¿Qué torre de qué pueblo  
se empina –pies de piedra–  
para asomarse al ruedo?

Este toro, esta brizna

de furia, ¿qué caballo  
ciego empuja y derriba?

La pincelada alegre.  
La paleta conjura  
azules, rosas, verdes.

Juan Esplandiú bautiza,  
profeta de lo efímero,  
el claro mediodía.

Poeta de lo eterno,  
su polícroma estrofa  
luce el verso más terso.

Y en la cima del gozo  
cuelga, mágico y místico,  
su cascabel sonoro.

1975

## DÉCIMA (O CALLE) PARA QUE CRUCE DESPACIO FRANCISCO MATEOS

El desamor, la pobreza,  
el dolor, el malvivir,  
el eterno ir y venir  
de la rabia a la tristeza,  
no existen ya. La belleza  
luce su máscara. ¿Ves?  
Y cruza Mateos (pies,  
¿para qué os quiero?), sin prisa,  
muriéndose de la risa  
de estar llorando al revés.

1975

## **DELGADO RAJA RETRATA A ANTONIO BIENVENIDA**

La serenidad. El velo  
de los presagios. La sombra  
de la que nunca se nombra,  
de la que siempre está en celo.  
Casi tierra, casi vuelo,  
fulgor en su tez morena,  
la mirada tan serena  
de Antonio se precipita  
por acudir a su cita  
en la esquina de la pena.

¿Quién aguarda allí, quién deja  
en la frente del torero,  
como un reguero agorero,  
el hilo de su madeja?  
¿Quién clava entre ceja y ceja  
esa espina de agonía?  
¿Quién con tal melancolía  
pone rúbrica a una raza?  
¿Quién en ese pliego traza  
tan triste caligrafía?

Entre Antonios anda el juego.  
Juego duro. Juego oscuro.  
Juego de ese azar seguro

que hiela, con ser de fuego.  
Mugido de toro ciego,  
un silbo delgado raja  
el aire. Delgado Raja,  
con el alma en movimiento,  
retrata el presentimiento  
de la muerte y la mortaja.

1977

## JUAN GUTIÉRREZ MONTIEL VIENE, VE Y VENCE

La tenuidad, los destellos  
del sol del Sur, el donaire,  
el gesto triunfal del aire  
que despeina unos cabellos  
de muchacha, yo, tú, ellos,  
nosotros, vosotros, él,  
el alma misma, la piel,  
el helor, la calentura,  
todo eso está en la pintura  
de Juan Gutiérrez Montiel.

Y Andalucía. El gemido  
secular, la sed, la gracia  
de un quite, la aristocracia  
del gesto justo y medido.  
Punto y seguido. El latido  
de un pueblo fiel, la altivez,  
es decir, la sencillez...  
¿Sabéis ya de dónde vino?  
De donde el vino más fino:  
de Jerez.

1978

## **GLORIA TORNER TRAE EL CANTÁBRICO HASTA SEGOVIA**

Hasta el agosto espeso,  
hasta los oros cálidos,  
hasta la lumbre mansa de Segovia,  
Gloria Torner se trae sus azules,  
sus palomas posadas en la frontera fiel del entresueño,  
sus flores sorprendidas, sus perfiles  
adolescentes.

Va el Cantábrico  
balanceando el pedestal de una casa del XV,  
bañándose en la fuente de la plaza,  
corriendo calle abajo,  
resbalando, mejor, corvo y bravío.  
Gloria se asoma a la ventana  
del sosiego, y la niebla se desvanece,  
se deshilacha en pálpitos celestes,  
salpica, en rojo, grises y nostalgias.  
En la dársena, silba  
un barco sin memoria  
y arrastra mar adentro, por la Castilla seca,  
su horizonte lluvioso.

Velas mórbidas,  
hinchadas por la brisa de otra edad,  
derraman el silencio del Eresma  
sobre el poniente.

Gloria,

montañesa bajada de su risco,  
pescadora paciente  
arrebatada, al fin, de sus mareas,  
pone  
sus manos en la piedra segoviana  
y todo es verde lento y ola sola  
en la hora infinita.

1978

# ÚLTIMO VIAJE DE GIORGIO DE CHIRICO

Por el costado de la Piazza Italia,  
al otro lado  
del muro de ladrillos,  
humeante y silente, tibio y negro.  
cruza un tren.

La almenas  
del corazón se empinan, oteando  
el firmamento verdiazul,  
que se desploma. la tarde

Un niño  
juega a los sueños, pone  
de pie la sombra amarga  
de Adela, recorre  
la casona de Volo.

enciende  
melancólicas lámparas, se asoma  
a las desoladoras campiñas de Tesalia.  
Pero es el tren quien manda y reconoce,  
quien arranca las máscaras oscuras,  
quien se lleva a sus valles olvido y abandono.

Un hombre apacentando  
su soledad, es cosa  
de cada día.

Pero  
si es una soledad la que apacienta  
a un hombre, y lo conforma  
y delicadamente lo somete  
a su cruel tiranía,

¿quién callara  
que no hiciera traición a su memoria,  
quién pudiera vivir con ese signo?

Claras columnas, soles  
apagados, ausencias  
que no ceden, lorigas  
sin pecho que cubrir, van derramándose  
a medida que pasa  
ese tren, esa nube, viento abajo.

Y el pasajero mira  
por vez última el tierno  
pradal de primavera. Toma y besa  
el rostro oval de Andrómaca,  
que va con él, pero no está,  
y descubre en los lentes soportales,  
o en la fuente sin prisa,  
el ajolote blanco de la pena.  
Todo se ha consumado. Por los cerros,  
la luna rueda y rompe el vidrio múltiple  
de la esperanza.

Un río  
serpentea entre sauces,

refleja el tristeado atardecer,  
rumorea y se oculta.  
Andrómaca –Isabella– ha prendido en su pelo  
una flor amarilla  
y flamea un pañuelo en cada andén de cada  
estación.

Mas la mano  
del viejo Giorgio no  
corresponde.  
Sobre el cartón, va apareciendo el trazo  
perfecto, el rasgo sólido, el perfil  
definitivo.  
Y el tren silba y avanza, sosegado y solemne.

1978

## ESA MUJER

En los ochenta años de Henry Moore

Esa mujer  
que se reclina entre la sombra o bajo  
la luz del mediodía,  
que se acompasa al ritmo  
planetario,  
falda de pétalos, escorzo,  
trazo fugaz, que arropa  
la estatura del hijo,  
la flor que va naciendo desde el bronce,  
desde el fulgor del alabastro,  
desde el olmo o la piedra  
de Hornton o Ham Hill;  
esa mujer que entona  
la canción de la especie,  
que briza, arrulla, acoge  
la soledad que bulle a su costado  
y que prolongará sus agonías;  
esa mujer que araña  
dóciles humus, úteros rebeldes,  
cárcel concavas, remotos  
pálpitos,  
esa  
mujer,  
marga asomada a la cornisa astral;

colgando  
desesperadamente hacia el abismo,  
es la feble burbuja  
que habitamos,  
la ceniza estelar que nos habita.  
la vieja Tierra Madre  
que un día paseara las callejas de Castleford.

1978



## CON LA PINTURA DE MIGUEL ACQUARONI

Ese asnillo que asciende  
una calle remota  
de Sanlúcar,  
ese limón que brilla  
como un sol madrugante,  
esas bañistas que se llevan toda  
la atardecida en la cintura,  
y esa ventana, esa ventana, esa  
ventana  
desamorando la geometría,  
abriéndose a otros cielos,  
reflejando la espalda de las cosas.  
¿de dónde vienen, qué  
fulgor de Italia funden con el fuego  
de Andalucía,

qué guadalquivires  
asumieron, qué chispas  
de memoria solar  
procuraron al manso playerío?  
Peces plateadores,  
uvas lustrales, jarras, caracolas,  
veladores oscuros, fruteros, molinillos,  
tazas, se arremolinan,  
es decir se sitúan, se ordenan en el lienzo,  
mientras la balconada de la torre de Arcos  
despliega su paisaje de azoteas

y, en Vejer, un molino maquilero  
bendice el aire.

No

golpeará los ojos tal delirio,  
ni esas baldosas rosas ni esas noches azules  
quebrarán el sosiego.  
Pincel en mano, densa  
la negra barba,  
Miguel vigila.

1979

## PALABRAS PARA GOYA

Este loco genial,  
este cuerdo profundo,  
a caballo de un siglo que moría,  
de un siglo que empezaba,  
puso sus garras sobre el lienzo,  
revolvió la pintura,  
derribó rigideces,  
afiló  
los colores sombríos,  
desentrañó —ceniza, malva, plata—  
las delicias de ayer,  
se asomó a los balcones  
de mañana,  
arrancó colgaduras y trofeos,  
se echó a vivir sobre las frías losas  
de la pena.

Bamboleante —y firme—,  
fue y vino del desván de los terrores  
hasta las alamedas del soñar,  
del desnudo sereno  
al manchonazo blanco de morir,  
del coro de alabanzas  
al caño sucio de las despedidas.  
Oyó, nítido, el paso  
de las legiones espirituales

y tras su huella anduvo, fiel rebelde,  
ciego  
de amor.

Palpen sus manos lentas  
lo que los siglos han  
respetado,  
recorran  
la desesperación de la alegría,  
conserven, ya plegadas, su razón  
y su cántico.

Nadie le inquiete, nada  
turbe el reposo de sus huesos  
que, como cirios, arden  
sepultos.  
Pero a su lumbre vea toda la humanidad  
lo que uno de los suyos arrancó de su dentros  
con la cuchara turbia de su paleta,  
con  
su corazón indómito, que el delirio habitara.

1979

## CONTEMPLO UNOS CUADROS DE MATISSE CON UN LIBRO DE QUEVEDO BAJO EL BRAZO

La música que viene de este violín descalzo  
va encendiendo la tarde como el cuchillo enciende  
el vientre del durazno, el cuello esquivo de la pesadumbre,  
el corazón del ojo que vibra en la retina  
caliente;

*Si de cosas diversas la memoria  
se acuerda, y lo presente y lo pasado  
ruedan juntos lo mismo que el orgullo  
y la más honda amaritud,  
sepa quien nunca se haya detenido a pensar lo  
que un hombre puede, sólo con una aguja  
—o un pincel o un escoplo o un pedazo de tiempo—,  
marcar en el reloj de la tristeza  
universal, la hora  
que ya no pasa, que va a quedarse quieta para siempre,  
apuntando al rotundo mediodía*

del desolvido, como  
hacia el norte la brújula y hacia la tierra el beso.

Esa muchacha –Katia– vestida de amarillo,  
*esa color de rosa y azucena*  
bajo la planta verde,  
esa bañista exenta que, entre juncos,  
corvas lunas de azul le clava al río,  
gritan como la sangre gritaría  
si le arrancaran venas y mordazas.  
El hecho negro es ese helecho negro  
que espanta los limones, y a una mujer que espera  
le brinda el antifaz de no haber sido.  
Pero en medio está el pulso  
que no duda, que sabe  
cómo resbala una naranja o astro  
entre los dedos, hija  
de su propia belleza natural,  
y arrastra sueño abajo, piedra mortal de Sísifo,  
*algunos enemigos pensamientos.*

Ese pulso abrió un día,  
en la pared que un niño ceñudo desconchara,  
una ventana súbita, un relámpago, un soplo  
de libertad, y al punto  
*temblaron los umbrales y la puertas*  
y los colores florecieron, violentos, posesivos,  
y se desparramaron por los lienzos cansados  
y sacudieron ramas que habían renunciado a sus otoños.  
Desde entonces, recóndito, el silencio  
llena las casas  
y al borde de un arroyo o en un jardín de Issy  
pueden crecer el sol, una espalda, una fuente,  
un lirio roto, el mundo.

La música que viene de este violín lejano  
retumba en Niza o en Collioure,  
vuelca un frutero, extrae

una odalisca –un cofre– de un sombrero de copa  
y a la luna lentísima que levanta noviembre  
sobre Madrid, le cuelga  
los labios de Amarylis, botellas y granadas.  
Sepa quien nunca se haya detenido a probarlo,  
que si contempla el fuego lustral que le rodea  
–retratos, torsos, lluvias, desnudos, interiores–  
no hallará cosa en qué poner los ojos  
que no sea memoria de la vida.

1980

## DEL RÍO DE LAPAYESE DEL RÍO

Una vieja zanfoña está sonando.  
Cuelga  
de la nostalgia,  
armella tibia, cáncamo  
terral.

Llega su música  
desde otro tiempo y es posible,  
no cansa, no sorprende.

Está pendiendo  
—la zanfoña, la música— de una clara pared  
trabajada, vencida  
su cáscara de cal,  
horadada de olvidos,  
presa de sogas, verjas, hierros.  
En esa pared se abre,  
tal un palomo hacia la libertad,  
una ventana lastimada,  
sedienta de horas, dedos,  
cántaro  
derramando el silencio y la agonía,  
junto al ojo del buey de la paciencia  
de un pueblo chico y blanco  
del sur, de la meseta, del bravo norte fosco.  
Y es por esa ventana por la que un hombre mira:  
desde dentro hacia fuera,  
desde fuera hacia el hondo

corazón de la casa,  
donde un pan, un tañido, una fiera espetera,  
un azulejo manso, un azumbre de polvo,  
se arraciman, reposan.

Y abajo pasa un río;  
o arriba, por el cielo que los naranjos sajan.  
Un río que no muge, que no ve nadie, que  
no tiene orillas, meandros,  
pero que está, que existe, que inunda y se apodera  
de cuanto es, de cuanto somos.

Río

arrasador, rebelde,  
con un agua de siglos que no copia tan sólo  
olmas, álamos, sino  
la soledad, la vastedad, el alma  
de quien lo sabe y lo conduce,  
de quien por él se deja  
llevar,  
río estuoso  
de la pintura madre,  
volcado en estas manos que corona la espátula,  
que en la espátula encuentran el sexto dedo, el índice  
que señala al futuro.

1980

## **UNAS POCAS PALABRAS PARA JOAN REBULL**

Maricel de Mar. Sitges.  
28 de febrero

Están ahora hundiéndote en la tierra, Joan  
Rebull,  
atándote las manos para siempre.  
Pongo las mías sobre la cintura  
de esta muchacha que arrancaste un día  
de la piedra,  
y escucho  
la lengua de tu escoplo,  
el tartamudear de tu martillo,  
haciendo el son al manso mar,  
salvándote  
de las garras del tiempo.

**1981**

## JULIO DE PABLO, ENTERO Y DIVIDIDO

Por la escalera en sombra que la luz envolvente no respeta,  
Julio de Pablo baja  
de la encina del sueño hasta el blanco impaciente  
y vuelca en él la noche que se vuelca  
sobre el mar solitario,  
el cielo ardido, el vívido relámpago del miedo,  
planetas rotos, ciegas nebulosas,  
pálpitos, hilos.  
La cólera de un rojo,  
el alarido de un azul sesgado,  
el doliente amarillo que fulge como un ala  
diabólica, el gemido  
de un gris que aterciopela su cadencia,  
el golpetazo súbito de un negro sideral,  
estallan en la tela, cauterizan la tabla,  
manchan de espanto y lumbre la historia del papel,  
y en la ventana desde la que otea  
Julio venablo el olear bravío,  
ponen como una mano  
cautiva, como un pájaro de fuego  
y lluvia sosegante,  
que el acero solar del horizonte  
corta en dos, y separa,  
tal la líquida lámina deja arriba la vela  
y abajo el pez, su abismo silencioso.

1981

## LA CENICIENTA

(Cecilio Pla)

Cose la niña. Calla. Mira. Espera.  
Hay una luz azul en su pupila  
y la estancia se azula y se encandila  
—otoño ya— de tanta primavera.

Hace sólo un instante, alguien le diera  
lino, aguja, dedal, hilo... Deshilachar  
sus horas el reloj. Dulce sibila,  
la niña hilvana el tiempo a su manera.

Las doce. Hay una súplica en el viento,  
una sombra que danza un vals muy lento,  
muy lento, un vals que gira y se desmaya.

Hay un zapato de cristal perdido,  
un doncel confundido y encendido...  
Y una niña que espera y mira y calla.

1985

## **WALDO AGUIAR PINTA PAISAJES Y MUCHACHAS**

Waldo Aguiar tensa el lienzo con su mano que trina  
como un pájaro mágico al final de una rama  
y la luz tempranera y altiva se derrama  
como una lluvia de oro que empieza y no termina.

El oro, ya azulado, a su lado se empina  
y es colina y es niebla que, lenta, se encarama  
y es lumbre que se aduerme y es nube que se inflama  
y es muro que se yergue y es árbol que se inclina.

O es mujer que se pliega como una rosa oscura,  
o que se abre y se ofrece como poma madura,  
como concha rizada, rumorosa de mar.

Y ante tanto milagro y ante tanta belleza,  
como una inmensa fuerza de la naturaleza,  
Waldo Aguiar tensa el lienzo y se pone a pintar.

**1989**

## **MONET EN GIVERNY**

Esa mano que fija la luz de las ninfeas  
sobre un espejo claro, sobre un agua parada  
y tan fugaz, tan yéndose, esa mano sapiente  
que alumbría la glicina y el lirio y peina al sauce  
su melena solar, esa mano remota,  
por Giverny perdura como un copo de hoguera  
y aún toma los pinceles y aún los moja en el sueño  
para manchar con ellos la tela delgadísima  
del cielo azul y oro, mientras recorta el puente  
la ternura de Alice, su sombra lastimada.

**1991**

## UN SONETO PARA GINÉS LIÉBANA

Pinta Ginés en la pared oscura  
de la memoria, pinta la alegría,  
el hilo mago de la poesía,  
el ovillo caudal de la hermosura.

Pinta desde el umbral de la cordura,  
loco de tanto amar a Andalucía.  
Córdoba es una gran melancolía;  
Valenzuela, una larga calentura.

Pueblan sus lienzos seres repentinos,  
jaulas, uvas, granadas, sueños, trinos  
de un pájaro que es hombre y es quimera;

y una cohorte de sanrafaeles  
que le van descubriendo a sus pinceles  
el otro lado de la primavera.

1994

## **DESARROLLO SONÉTICO PARA LUIS CARUNCHO**

La luz, hecha silencio, se desliza  
por el lienzo, resbala lentamente  
sobre la soledad, luna creciente,  
trazo estremecedor, trozo de tiza.

Aquí la perfección se mondrianiza.  
El mismo plano se hace diferente  
y el espacio se torna de repente  
urna donde el prodigo cristaliza.

Luis, el nordestal, toma la regla  
y arregla el mundo, o bien lo desarregla  
a su modo, es decir, lo reconstruye.

Y el frío es ya pasión, la noche, día,  
mientras renace la geometría,  
río caudal que de sus dedos fluye.

**1994**

## **DANIEL MERINO JUEGA CONTRA SÍ MISMO UNA PARTIDA DE AJEDREZ**

En un tablero azul, juega Merino  
contra Daniel, sin torres ni caballos;  
turbios noviembre, tormentosos mayos,  
peones son que obturan el camino.

Cada escaque es un aspa de molino  
que dispersa relámpagos y rayos.  
Reina sin rey, alfiles en desmayos,  
ruedan sin son, sin rumbo y sin destino.

Pero lo encuentran. Ruge el argavieso  
y anega el corazón y empapa el hueso  
y es arroyo que arrolla y que tritura.

Mas, de repente, reaparece el mago,  
el agua cede y se remansa en lago,  
y el sol de abril alumbría la pintura.

**1995**



**U N O**

**(1977 – 1984)**

**1985**

*A Bartolomé Mestre,  
poeta y amigo mío.*



Institución Gran Duque de Alba

1983 - 1984  
1984

1984 - 1985  
1985

Escrito entre 1977 y 1984.  
Publicado en Las Palmas de  
Gran Canaria, en la cole-  
cción «Piélago», en 1985.  
Treinta y dos poemas de un  
solo verso.





Institución Gran Duque de Alba

«¿Comprendes ya que un poema  
cabe en un verso?»

G. A. Bécquer

I

**POETA**

Vas adonde no sabes, pero no te desvías.

**ÉL**

Yo no escribo mi verso. Él se escribe y alienta.

**MIRLO**

Canta, memoria, y nácheme de nuevo.

**CON EL ROSTRO HACIA EL AYER**

Los años por venir dirán si soy.

**VERSO DORMIDO**

*(Escrito en sueños)*

El recuerdo es un niño con los brazos cortados.

**LOS ARRIATES GUARDAN LA SOMBRA  
DE ESA MANO**

El agua que me empapa es la que ella llovía.

**OCTUBRE**

Se ha tendido el otoño en sus espejos.

**PLAYA DE LA MEMORIA**

No pisarás las huellas de aquel niño.

**UN CUERPO DE MUJER QUE NO FUE MÍO**

Desnúdate, y abrígame con tu gran desamparo.

**LUZ**

Perro y bastón no bastan si tú cierras los ojos

**DIME**  
*(Con Carroll)*

Cruza el espejo y díme que el sueño es otra cosa.

**ADOLESCENTE COMO UNA CORZA**

Los años que no tienes son los que me encadenan.

**SILLÓN ROJO EN LA PENUMBRA DE MARZO**

No digas nunca que quererme es triste.

**HIJO DE TU SILENCIO**

Voy a gritarle al mundo, amor, cuanto te callas.

## FURTIVO

Como el ciervo acosado, así bebo en tu boca.

## AMANECER DESDE UNA TERRAZA

Cuando se acabe el mar, ven tú misma a decírmelo.

## CULPA DE DOS

Sólo la soledad es inocente.

## JAURÍA

Quien rastrea mis huellas, tenaz, es el olvido.

## TIERRA

(*Homenaje a Quevedo*)

Cuando ya no sea, seguirán amando –libres– mis cenizas.

## CABALLOS

Galopan, mas no temas. La muerte viene a pie.

## II

## COMPASES PARA UNA SINFONIETA GRIEGA

### LLUVIA EN EL EGEO

(*A borde del «Hermes»*)

Me va calando el sueño de los siglos.

### NAUPLIA

(*Amanecer*)

Los dioses te conserven, mar, espejo, impasible.

## **OLIMPIA**

Sea mi solo trofeo esta anémona indómita.

## **REBAÑO EN KATO AHALA**

La ternura lanar, el tiempo manso.

## **RIO PIROS**

Naranjales de Piros, hermanos de la sed.

## **DELFO, 1**

*(Pitonisa)*

Dime el nombre que quiero que me digas, y olvídame.

## **DELFO, 2**

*(Ruinas)*

En este acabamiento quisiera yo empezarte.

## **DELFO, 3**

*(Fuente de Castalia)*

Nada podrá apagar mi sed de ti.

## **MONASTERIO DE OSSIOS LUKAS**

Habla el silencio, calla el ave de oro.

## **CABEZA EN BRONCE DE JEAN MOREAS**

La soledad, poeta, el dulce desencanto.

## **MAPA DE GRECIA**

*(Atenas, 21 de marzo)*

La primavera tiene otra vez tu tamaño.

**UNA MISMA COSA  
(1974 – 1982)**

**Premio «Villa de Martorell», 1983**

**1989**



Institución Gran Duque de Alba

Escrito entre 1974 y 1982. Premio «Villa de Martorell», 1983. Quince poemas. Al no estar prevista la edición oficial ni hallar editor propicio, el libro se desmembró, integrándose determinados poemas en otras obras en proceso de creación. Cuando, años después, el Patronato de Cultura del Ayuntamiento de Martorell decidió publicar en un solo volumen todos los libros galardonados, sólo permanecían inéditos algunos poemas de la primera parte, que fueron los que finalmente se dieron a conocer en dicho volumen, aparecido en abril de 1989.



Institución Gran Duque de Alba

«Car l'Amour & la Mort n'est q'une mesme chose.»

Pierre de Ronsard

## A UNA MUCHACHA QUE SE BAÑABA DESNUDA EN EL RÍO

La nieve se hizo olvido en esta esquina  
del día atardeciendo, y aún luciente;  
sol cegador doblado en la corriente  
de lo que empieza a ser cuando termina.

Desmelenara el sauce, repentina,  
su verde cabellera transparente  
y silbaran las cañas blandamente  
cuando tu ropa armó la tremolina.

Huéspeda familiar de la costumbre,  
vino a quedar de ti sólo la lumbre  
que solivianta el sueño de los peces.

Lumbre cautiva y muda en el arrullo  
del chamariz, cercano al cuerpo tuylo  
que ha doblegado al río tantas veces.

## LA TARTAMUDA

Tus manos. No. Tus hombros. No. Tus senos.

(Senos propicio, Dios, en esta hora.)

*Tú, Tú, Tú, Tú...* Silencio, mi señora.

Más, menos más y menos más, es menos.

Ojos claros, airados y serenos.

*Yo, Yo, Yo...* Yo ya sé que no es traidora

la mirada que dice que es ahora

la hora mejor, que están los labios llenos.

Es tiempo, mira... *Pero, pero...* Calla,

deja que sea sólo yo quien diga,

yo quien haga, tropiece, pise raya.

*Es que, que no, que, que...* Deja que siga,

déjame ganar solo esta batalla,

solo contigo y con tu lengua, amiga.

## MUCHACHA EN LA ORILLA

El mar está de plata: plateante.  
Rueda el agosto sobre la escollera  
y una muchacha, ayer azul, libera  
con delicada mano el seno atlante.

Y se queda desnuda y palpitante  
sobre la arena mansa. La madera  
de la barca dormida y marinera  
cruje. Desde poniente hasta levante

todo se torna mágico y distinto  
y una yegua de espuma se adelanta  
y cocea la tarde y la bahía.

Alumbra el caracol su laberinto  
y la muchacha por la orilla canta  
y me destierra la melancolía.

## **AMANECER EN SITGES**

Hay unas lentas huellas por la orilla,  
que besa y borra el mar y se las lleva.  
El agua es de metal, de plata nueva,  
y el sol es una pámpana amarilla.

Vengo de los sequeros de Castilla  
y no hay Mediterráneo que se atreva  
conmigo. Seco estoy. Dices: «Que llueva».  
Llueve de la manera más sencilla.

Van la lluvia y el mar y hacen pedazos  
mi corazón, y la memoria crece  
hacia los arenales del olvido.

Y estás desnuda y tibia entre mis brazos,  
y el tiempo es ya tu boca, y amanece  
como si nunca hubiera amanecido.

## ATARDECER EN EL PUERTO DE SANTA MARÍA

Bate, cercano, el mar. En esta ola  
que rueda mansamente por la orilla,  
hubo una vez un pez, la maravilla  
—nácar y sueño— de la caracola.

Tú estás al otro lado, tibia y sola,  
y es este mar quien besa tu rodilla.  
Una nave regresa. Rojo, brilla  
y muere el sol, igual que una amapola.

Todo está en paz, todo está azul (te quiero),  
claros tu amor y tu recuerdo, pero  
(te quiero) van volviéndose sombríos.

Llegará un día en que este mar se acabe:  
ni ola, ni pez, ni paz, ni azul, ni nave.  
No lo verán tus ojos. Ni los míos.

## **INTERIOR CON DESNUDO (I)**

Desde la estancia que el poniente azula  
se ve la mar, la tarde inmensa, el vuelo  
del alción, el resol de la bahía,  
la mansedumbre de los olivares;  
dentro, tu cuerpo, como un ascua, fulge  
y se derrama, silenciosamente.

Una mujer desnuda es como un viento:  
quiebra el concierto monacal del bosque,  
hace tremar cuchillos y espadañas,  
enceguece a la rosa, enluta al nardo.

Pero tú fluyes dócil, desprendida  
del alto roquedal de las edades,  
hebra de lluvia, gota de nevero,  
río, pues, que no cesa de ir pasando  
entre las dos orillas de mis ojos.

El espejo te dobla y te desvela.  
Nunca cristal guardara tanta nieve,  
nunca tanta claror se hizo a sí misma.

Hija de ti, celeste cierva, escucha  
cómo rueda la luna por el cueto  
y cae al mar, sonora y amarilla.  
Todo tiene el color de la distancia.

Menos tú, que eres agua y permaneces.

## INTERIOR CON DESNUDO (2)

(y la «Serenata nº 1», de Brahms)

«con un mirlo debajo de la piel...»

Blas de Otero

*Mademoiselle* Isabel, desnuda y fría,  
siente vibrar a Brahms bajo las sábanas.  
Una mano de fuego le recorre  
la sangre, da a sus pechos mandarines  
aromas de azahar y malvasía  
y hace cantar al mirlo que se esconde  
bajo su piel de azándar. *Mademoiselle*  
Isabel –¿pero está?–, profunda y tibia,  
ve enredarse la tarde en los castaños  
y enciende con sus ojos la penumbra  
maga. Fluye el *adagio* como un río  
y ella, niña de nuevo, se sumerge  
en sus aguas sonoras.

¿Quién diría  
que esta lumbre que asciende por sus muslos  
son las flautas oscuras, los violines  
que nadie pulsa, sino amor y el viento?

## **INTERIOR CON DESNUDO (I)**

Desde la estancia que el poniente azula  
se ve la mar, la tarde inmensa, el vuelo  
del alción, el resol de la bahía,  
la mansedumbre de los olivares;  
dentro, tu cuerpo, como un ascua, fulge  
y se derrama, silenciosamente.

Una mujer desnuda es como un viento:  
quiebra el concierto monacal del bosque,  
hace temblar cuchillos y espadañas,  
enceguece a la rosa, enluta al nardo.

Pero tú fluyes dócil, desprendida  
del alto roquedal de las edades,  
hebra de lluvia, gota de nevero,  
río, pues, que no cesa de ir pasando  
entre las dos orillas de mis ojos.

El espejo te dobla y te desvela.  
Nunca cristal guardara tanta nieve,  
nunca tanta claror se hizo a sí misma.

Hija de ti, celeste cierva, escucha  
cómo rueda la luna por el cueto  
y cae al mar, sonora y amarilla.

Todo tiene el color de la distancia.

Menos tú, que eres agua y permaneces.

## INTERIOR CON DESNUDO (2)

(y la «Serenata nº 1», de Brahms)

«con un mirlo debajo de la piel...»

Blas de Otero

*Mademoiselle* Isabel, desnuda y fría,  
siente vibrar a Brahms bajo las sábanas.  
Una mano de fuego le recorre  
la sangre, da a sus pechos mandarines  
aromas de azahar y malvasía  
y hace cantar al mirlo que se esconde  
bajo su piel de azándar. *Mademoiselle*  
Isabel –¿pero está?–, profunda y tibia,  
ve enredarse la tarde en los castaños  
y enciende con sus ojos la penumbra  
maga. Fluye el *adagio* como un río  
y ella, niña de nuevo, se sumerge  
en sus aguas sonoras.

¿Quién diría  
que esta lumbre que asciende por sus muslos  
son las flautas oscuras, los violines  
que nadie pulsa, sino amor y el viento?

## AMOR

Quien amó alguna vez, bien cierto sabe  
que el amor es un agua que se apura  
a borbotones, que es un agua impura  
que rompe el corazón, porque no cabe.

Quien entró en el amor y echó la llave,  
quien se perdió con él en su espesura,  
quien halló la razón en su locura,  
quien descifró la clave de su clave,

ése sabe que amor es una hiena  
que ríe cuando busca el roto hueso,  
la piel vencida, el desgarrón sangrante.

Amor que vive a espaldas de la pena,  
que embiste al labio que incitaba al beso  
y que se lleva al hombre por delante.

**TRÍO PARA CUERDOS  
(1981)**

**Premio «Jorge Manrique» 1981  
1989**



Institución Gran Duque de Alba



Escrito en 1981. Premio «Jorge Manrique»  
del mismo año. Publicado en Gijón, en la  
colección «Clepsidra» de Colectivo Multi-  
Media, con el número 2, en febrero de 1989.  
Un solo poema en tres tiempos.



Institución Gran Duque de Alba

«Porque no está en el destino del hombre  
escapar a la muerte  
ni aunque su estirpe viniera de dioses.»

**Calino de Efeso**

**(ANDANTE)**

Cuando un hombre termina, un hombre empieza.  
Enmudecer de pronto es como el golpe  
de la luna en el cielo del poniente,  
roja y rebelde. Un hombre  
comienza a agonizar desde que nace,  
alienta entre estertores,  
cubre con una máscara su terca calavera  
y, bajo un pecho que respira, esconde  
la podre fiel del corazón, la piedra  
de los errores.

Pasea a un niño de la mano,  
ama a quién no conoce,  
engendra a algunos seres a los que entrega el nombre suyo  
que ellos cambian por otro nombre,  
hilvana unas paredes, construye unas palabras,  
tímidamente pone  
candelas amarillas en mitad de la sombra  
para alumbrar sus hondos corredores,  
y un buen día, cansado, asciende la escalera  
de su más alta torre  
y, desde allí, sin ira, vuelve atrás

la cabeza, desoye  
las voces que le incitan a seguir caminando,  
sus oscuras razones,  
y posa la mirada sobre el paisaje yermo,  
sobre valles, ejidos, cerros, montes  
desnudos, lento páramos  
en donde el verde se hizo cobre;  
ve lo que fue, lo que está siendo,  
lo que va a ser en el instante en que se paren los relojes  
y separen sus ojos de un solo tajo, frío  
como el metal de las constelaciones.  
Y, vencido, renuncia;  
resignado, renuncia y reconoce  
que no está en su destino escapar a la muerte  
ni aun llevando en su sangre la sangre de los dioses.  
Como el pez que en la punta del anzuelo,  
huésped del aire que lo acaba, rompe  
su cuerpo contra el duro roquerío  
inútilmente, contra el borde  
de la desesperanza estrella, ciego,  
sueño y razón, vida y locura, el hombre.

Cuando un hombre termina, un hombre empieza  
en su lugar de entonces  
—de cuando respiraba— a respirar  
—firmes escamas, branquias jóvenes—,  
lejos de cebos y de redes,  
temblor de plata, pez insomne.  
Pero la muerte acecha sobre el agua,  
como la estrige sobre el bosque.

### (ADAGIO)

Pero la muerte acecha sobre el viento,  
azor acerbo, puma solitario;  
todo lo que se mueve sobre la tierra, pende  
de su vuelo o su salto.

La muerte es una hogaza de la que el hombre come,  
una hontana fluyendo de la que bebe, un árbol  
cuyos frutos arranca, cuyo zumo  
lleva, sediento, hasta los labios;  
la muerte es la pradera por la que el hombre cruza  
seguro y confiado,  
el mar en el que, libre y gozoso, bracea,  
el sueño que le cierra cada día los párpados.

Porque el hombre es la muerte:  
la lleva en los oídos, resonando,  
clavada en las entrañas,  
colgada de las manos,  
creciendo lentamente hacia el futuro,  
hacia el polvo implacable para el que ya naciera destinado.

Dice el hombre «la muerte»  
y cree estar diciendo algo  
ajeno a su palabra, a su sangre y su esencia,  
algo que va a salirle al paso  
en un camino, en una esquina, en una  
noche en la que alguien ponga una tibia cintura entre sus brazos.  
Pero el hombre es la muerte:  
ese cuerpo, ese cántaro

de arcilla dulce al que se aferra,  
esa sangre, ese pálpito,  
son la muerte. No sabe,  
tahúr empedernido, con quién se está jugando  
las cartas, las monedas,  
la calderilla de los años.

Por eso canta y sigue:  
engendra algunos seres a los que cree estar cediendo su legado,  
construye unas palabras, hilvana unas paredes,  
enciende candelabros  
para alumbrar sus hondos corredores,  
oye silbar un tordo en el tejado  
y asciende la escalera.  
sale al cielo de mayo  
por el que va la luna,  
roja y rebelde, resbalando,  
y posa la mirada sobre el paisaje yermo,  
sobre los lentos páramos  
del corazón, y acepta,  
vencido y resignado.  
Como el pez que en la punta del anzuelo,  
huésped del aire que lo va acabando,  
rompe su cuerpo contra el duro filo  
de los azules aguacantos,  
así el hombre destroza, contra el borde  
de la desesperanza, su pasado.  
Mira al mundo: y el mundo está vacío.  
De esta manera aprende –tarde, para su daño–  
que en la plaza mayor de estar viviendo  
nada ha tenido nunca sino su desamparo.

### (FINALE. PRESTO)

La mayor maravilla es la locura.

Ella, igual que la muerte, va en la entraña  
del hombre, cuelga tibia de sus manos  
como la fruta de la rama.

Pero, como la fruta, sólo dura  
lo que su tersa piel, lo que su pulpa amarga.  
Ver andar sobre el mar a una niña de lumbre,  
mirar al cielo y sorprenderlo colmado de naranjas,  
descubrir que un arroyo es un árbol de música,  
encontrar una cierva de luna por la playa,  
es olvidarse de que existe  
esa hoz, esa garfa,  
esa pantera repentina,  
silente y sanguinaria.

La mayor maravilla es la ternura  
de la locura, la ventana  
que abre a otros horizontes, imposibles  
pero calados por la leve mollizna celeste y candeal de la esperanza.

Por ella el hombre sale a la alegría,  
sacude de los hombros la ceniza de la nostalgia,  
pone fuego a sus ojos, diques a la memoria,  
andariveles a la infancia.

Contemplar una alondra con un olmo en el pico,  
escuchar con los labios el manso repicar de una campana,  
acariciar las crines del sol, cazar al vuelo  
la mariposa de la madrugada,

es olvidarse de que existe  
esa voz, esa garra,  
ese dedo de sombra que sobre el muro de la pena señala la salida  
aun a sabiendas de que hay llaves deformes, tiránicos cerrojos, gruesas  
[puertas selladas.

Pero la muerte acecha sobre el tiempo.  
Y el tiempo es una balsa,  
una cobra reptante,  
una lentísima nevada:  
algo que no camina pero corre velocísimamente,  
que, sin haber llegado nunca, pasa.  
Por eso la mayor maravilla del hombre es la locura:  
desconocer que un hombre empieza cuando un hombre se acaba.  
Porque el tiempo es la muerte;  
porque el tiempo es el hombre con las alas intactas  
y la muerte es el hombre con las alas inútiles,  
tundidas y tronchadas.  
Llevar una sirena, como un dije en el cuello,  
hallar en un espejo la historia de las lágrimas,  
descubrir en la lluvia la estirpe de los dioses  
y en el fuego el idioma de las dalias,  
es olvidarse de que no se puede  
olvidar el pasado.

Ni el mañana.

1981



**DE UN VIEJO CANCIONERO**

**1992**

Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

Escrito en febrero de 1992 y  
publicado, en octubre del mis-  
mo año, en Málaga, con el  
número 1 de la colección «Bre-  
viarios de Vizland & Palmart»,  
en edición numerada de 250  
ejemplares, a cargo de Carmen  
Peralto.



1

Las avellanas  
del verde avellano  
cogía la niña  
para su galano.

Prendas le pedía  
y ella se las daba:  
las avellanas  
que el peto celaba.

2

Por el río abajo, madre,  
mis amores vanse.  
¿Quién me los alcanzare?

Por el río arriba  
se me va la vida,  
madre.  
¿Quién me la salve?

3

Del alto collado  
baja la serrana.  
Nadie la acompaña.

La faz encendida,  
las teticas blancas.  
Nadie la acompaña.

De sus ojos negros  
corrían las lágrimas.  
Nadie la acompaña.

4

Pastora, el rebaño  
se fue de sus tréboles.  
¿En qué te entretienes?

Pastora, sin tino  
camina el rebaño.  
¿En qué andas folgando?

5

Ya amanece el gallo  
de la rectoría.  
Despierta, mocica.

Ya vienen las dueñas  
a misa del alba.  
Despierta, galana.

6

Miraba la monja  
por la su ventana  
a los leñadores  
de la madrugada.

Conventico triste,  
¿do guardas la virgen?

Miraba la monja  
por su celosía

subir los pastores  
a la pradería.

Conventico aleve,  
¿do guardas su vientre?

7

A la ventolé  
de la ventolera,  
el mozo en la era.

A la ventolé  
del trigo dorado,  
la moza en el prado.

El mozo y la moza  
bailando en la era,  
a la ventolé,  
folgando en la era  
han perdido pie.  
A la ventolera  
de la ventolé.

8

A la oliva verde  
me llama mi amore.  
No temo la noche.

A la oliva verde  
mi amore me llama.  
No temo celada.

9

De la tierra no vienen mis males,  
que vienen del aire.

Aquesta paloma  
me trajo mensaje.  
Un moro cetrino  
hiriera a Alvar Fáñez,  
mi señor marido.

Aquesta paloma  
de pico torcido  
me trajo su sangre.  
Que mis males me vienen del aire.

## 10

Ese caballero,  
madre,  
prendió su mirada en mi talle.

Bailaba yo el dondolino  
y ese caballero fino  
prendió su mirada en mi talle.

Y prendida la llevo,  
madre.

## 11

Bajo el alamillo  
dormía la virgo.

La viera Recuero,  
galán y escudero,  
bañarse en el río.

—El cielo no hiciera  
pechicos más lindos.

Dormía la virgo.

## 12

Madre, mis amores  
las olas los llevan.

Las olas más altas,  
las olas más fieras,  
llevan mis amores  
a la Inglaterra.

Con las olas van.  
Las olas los vuelvan.

## 13

Nuño Cerrada  
perdió su espada.

Hoja de acero,  
puño de plata,  
perdió su espada.

A la cabeza  
de la mesnada,  
en lo más duro  
de la batalla,  
perdió su espada.

Salvó la vida.  
No la salvara.

## 14

Pájaro dormido  
no abandona el nido.

Apoya tu frente  
sobre mi almohada,  
amor mío, y duerme.

Que no te desvele  
la luna de mayo,  
amor mío, y duerme.

Que no te despierte  
la voz que te llama,  
amor mío, y duerme.

Pájaro dormido  
no abandona el nido  
que bien le retiene,  
amor mío, y duerme.

y 15

Hermana, a la fiesta  
de Carnestolendas  
no traigas tu amado,  
que me ha namorado.

Le viera en la fuente  
cuando te rondaba,  
y no me miraba;

cuando te seguía,  
y no me veía;

cuando te decía  
mozuela galana  
y era la mañana  
que resplandecía.

Hermana,  
tu amado,  
que me ha namorado.

Mejor no lo traigas.



## RINCÓN DEL DUENDE

Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

Escritos entre 1968 y 1981, estos  
poemas se reúnen aquí por vez  
primera bajo un título común, si  
bien algunos de ellos aparecieron  
ya integrados en el libre *Clave*  
(Santander, 1972)



Institución Gran Duque de Alba

## GUITARRA EN LA NOCHE

Desde el patio en penumbra  
llega, larga, la pena.  
Es un quejido inmenso,  
una voz que se quiebra,  
un estertor —¿un gozo?—,  
un pozo de tristeza.  
Junto a la voz, la música  
de la guitarra suena  
melancólicamente  
solemne y compañera.  
Pero la voz se rompe  
como el cristal y cesa  
su lágrima. Viniendo  
como la primavera  
desde el invierno oscuro  
con lluvia y llanto y niebla,  
el tembloroso hilo  
de la guitarra queda  
resonando en el pozo  
encalado, en las trenzas  
de una niña dormida,  
por las enredaderas  
subiendo y resbalando  
y bajando, doncella  
entregando y rindiendo

sus redondas caderas  
en donde anidan ángeles  
y duendes y planetas.

**1968**

## GITANILLO CANTANDO

La voz resbala como un río, fluye  
como un río, camina lentamente  
hacia el mar de la pena. Lleva encima  
una luna redonda y solitaria,  
una piel desgarrada en los breñales,  
un corazón martilleando el yunque  
de los siglos. La voz despierta al mundo,  
duerme a las aves y a los lirios, pone  
temblor en los escombros, fe en el barro.  
Canta un niño de bronce en el lluvioso  
atardecer. Con el dolor por techo,  
y olvido y mugre, va arrancando música  
de donde sólo frío. Lejos, arde  
—hermosa— la ciudad. Cines, muchachas  
esbeltas, oro, risas, autos, luces,  
anuncios y campanas, gente sola  
de tanta compañía. Nadie escucha.  
No llega aquí la voz, el grito, el rito,  
la «soleá», la soledad de un hombre  
de apenas diez diciembres. Un anciano  
le hace el son, sonllorando y sonriendo,  
la colilla apagada entre los dientes  
amarillos. Despacio rueda el mundo.  
Y una guitarra que no pulsa nadie,  
rompe, raja, rasguea, reverente,  
retumba en el tambor de la tormenta  
y echa a rodar por dentro el corazón.

1969

## **PEPE PINTO DICE EN VOZ BAJA UNOS CANTES SOBRE PASTORA**

Aquel hombre decía  
su soledad de triste varón acorralado,  
en mitad del bullicio, de las risas estériles,  
de las copas llenándose –vaciándose– y sonando.  
Con el oscuro son de ayer y todavía,  
aquel hombre decía su dolor viejo y nuevo  
hilvanando unas rimas que él mismo compusiera,  
con la lágrima a punto,  
en tanto reclinaba su espalda en esa esquina  
última de la pena,  
que un farol –sombra viva– alumbraba, irredento.

Al final de sus ojos una mujer cantaba.  
Nunca temblara tanto el mundo como oyéndola.

1969

## OYENDO TEMBLAR, EN ARCOS, LA VOZ DE MANUEL TORRE

En el pueblo otra vez y sin la pena  
que pone la distancia en el ausente  
de lo suyo más hondo,  
a sol vivo cayendo por calles y tejados,  
a tantos del estío del Sur, en paz conmigo,  
con Dios y con los otros,  
en las manos un libro de quien no conocieras  
ni hubieras conocido nunca —Saroyan,  
alguien que iba buscando lo que tú mismo, hombre,  
si por otro camino—,  
en el pueblo otra vez, digo, de pronto,  
como un chorro de música tronchada,  
como un disparo de quejumbre, de frente y bien certero,  
tu voz, hombre, tu sombra, viniendo de los años,  
sembró la guerra en mí, que nunca antes de ahora  
la escuchara.  
(Oh poderoso símbolo, oh cadencia temblante,  
oh callejón oscuro por el que cruza un niño  
sin madre para el miedo, oh segurirya bruja  
de Jerez...  
    «Si cien años viviera en el mundo»  
te oiría, redoma  
donde la pena borbolea y cuaja,  
carcoma  
que la madera de los sueños vence,

paloma  
que a un hombre, pura tierra, alas presta y arrullo).

Álamos tuvo tu niñez y un pétalo  
de Amapola tu muerte,  
al filo de esos días que tanto señalaste  
de Santiago y Santa Ana.  
De calle a calle, hombre, de Jerez a Sevilla,  
tu garganta surgió, creció y quebróse.  
Voces que te enseñaron, nombres que bien supiste  
—digo Manuel Molina, Paco la Perla, el Viejo  
de la Isla,  
y un hombre de este pueblo, con buitres y torcaces  
en la garganta, el Nitri—,  
conformaron tu cante, éste que estoy oyendo  
signado por tu duende  
único.

Torre esbelta  
repicando a compás de bulerías,  
soleares, tarantos, martinetes  
y —punzón de marfil— la seguiriya  
volteando a morir en la espadaña  
negra de soledades y vencejos.

Escucha, hombre, por el campo vienen  
los segadores,  
los vendimiadores,  
los vareadores  
de la aceituna. Y cantan.  
Con tu voz misma, con tu misma letra  
que entra porque es de sangre:

«Son tan grandes mis penas  
que no caben más...»

No caben más espigas,  
no caben más racimos,  
no caben más sollozos olivares

en su piel ni en tu piel (y eras tan alto como una torre campanera),

hombre

de Andalucía, galgo  
de la nostalgia,  
gallo alboreante,  
niño  
de Jerez.

Como duele la esperanza  
cuando se pierde, como duele el beso  
que no se da y se queda entre los labios  
maduro y bien propicio,  
como duele y amarga la lágrima sorbida  
por quien, fiel, la vertiera,  
así duele tu cante, va doliéndome  
tu palabra remota, tu roto corazón.

Hombre, la tarde cede. Y el sol. No tu garganta,  
el negro chorro de tu angustia  
sonora.

Por mi pueblo pasa el río  
del olvido. Por mí, tu voz que asusta,  
despierta los recuerdos  
y los remueve y los afila, piedra  
girando dulcemente.

Cierro los ojos, guardo entre las manos  
el libro que no puedo ya leer  
y te escucho.

Que todo va cediendo  
-la tarde, el sol y yo-, no tu garganta  
ni tu ancha voz, que se me va clavando,  
que se me va metiendo bien adentro,  
funeral y distinta, hombre,  
como un cuchillo, como una flor, como absolutamente  
nada en el mundo.

## **RECORDANDO A TOMÁS EL NITRI**

(En Arcos, nuestro pueblo)

1

Por esta pinas callejas  
que empiezan en Dios y acaban  
en un arroyo, lloraban  
las voces gitanas viejas.  
Patiños, tapias, tejas, rejas  
vieron tu melancolía  
llorar también. Todavía  
por estas piedras te pierdes,  
niño de los Caños Verdes,  
descalzo y sin compañía.

y 2

Ahora que tiembla el rocío  
sobre el verdor de las viñas  
y van las pupilas niñas  
del verano por el río,  
el oscuro escalofrío  
de tu voz seguiríyera  
hiela la piel, de manera  
que está el mundo tiritando  
mientras te voy recordando  
en Arcos de la Frontera.

**1970**

## **ESPINELAS (CON DUENDES) PARA VICENTE ESCUDERO**

¿De hierro? De soledades  
tu baile, fiel Escudero:  
las verdades del barquero,  
las cuatro solas verdades.  
¿Las bailarinas de Gades?  
¡El sol de Valladolid!  
Quijote del aire, Cid  
por esos mundos de Dios  
probando que dos y dos  
son cinco. ¡Duendes, abrid!

Duendes del baile más fino,  
más armonioso y más recto,  
más hijo de lo perfecto,  
abrid, salid al camino.  
Vicente va, peregrino,  
con cañero y en camisa,  
embajador de la brisa,  
diciéndole a medio mundo  
cómo se baila en profundo.  
¡Aprisa, duendes, aprisa!

Sobrio, pastueño, afilado,  
con acento y con estilo,  
pendiente siempre del hilo

del arte, bien asentado,  
bailando en hombre, tocado  
por la gracia, un caballero  
pasó por aquí el primero  
y lo hizo de tal manera  
que si Vicente volviera  
yo sería su escudero.

1974



## LA VOZ TIZNADA

Es como un chorro negro  
que alumbría.

Como una luz de luto.  
Como un disparo de quejumbre.  
Sale blanda,

rebota

en los angostos paredones,  
absorbe sombra de la cueva,  
gira,  
terrón primero, pedernal después,  
entra en el pecho y daña.

Oigo  
la voz tinada, el cuajarón cordial  
del hombre de la mina.

El vaso está vacío.  
El mundo está vacío y él lo llena.  
Parpadea el candil. Suda la noche  
—¿o es el día?—. Se arrastran las arañas  
ciegas.

¿Quién va?  
¿Quién reza, escarba, hunde  
los brazos en la entraña del planeta,  
quién hoza en la penumbra?  
El árbol del averno da su fruto  
y la podrida poma prisionera  
proclama, pudorosa, pan y polvo,

pena y pasión.

Mordiéndose la ira,  
vacío el vaso, el mundo, canta un hombre.  
Bruna la voz y la garganta,

sabe

que no,  
que siempre  
mañana es nunca,

que

la leche mineral que lo amamanta  
es zaratán, rabioso  
cuchillo, perro infame.

Existe el sol, un prado verde, un río,  
una avispa de oro en el cantueso,  
un pájaro, una torre.

Pero el turbio

agujerón reclama,  
exige su ración de vida, su  
tributo.

Pico y marro  
hacen el son y el llanto se acompasa.

Lombriz gigante, verme  
gélido,  
la soledad se arrastra por el pozo,  
dibuja su lendel, su lenta baba,  
destroza el cangilón de la memoria,  
roe.

Si lo umbrío res fulge,  
si lo lóbrego encuentra su ventano  
de claror,  
si la esperanza enciende su feble candelilla,  
por la voz es, por el desgarro  
de un pecho que la angustia zamarrea,  
combate, tunde.

Lo que dice  
es lo que sangra. Rojo  
—tuvo ese nombre un hombre—, corre el vino  
por las venas del tiempo.

Y, sin embargo, el vaso  
está vacío, el mundo  
está vacío.

Y él lo llena. Cantando.  
Es decir, golpeando la piel de la tiniebla,  
jugándose la frente  
contra el muro,  
emergiendo  
del hondón asesino,  
alta la voz tiznada,  
como bandera incólume,  
como hoguera inmortal.

1975

## **ANTONIO «FOSFORITO» CANTA POR DERECHO**

El desgarrón, el estremecimiento,  
la desesperación devastadora,  
el dulce lamentarse de Pastora,  
Torre y su son, Silverio y su tormento;

la desolada sed del sentimiento,  
el yunque fiel, la soledad sonora,  
el fiero azor de Azhara que se azora  
y hasta el Guadalquivir en movimiento,

todo eso está en la voz solar de Antonio,  
fósforo y lluvia, arcángel y demonio,  
azalea y clavel, luna y candil.

Y el trite corazón de la alegría.  
Y el mirlo secular de Andalucía.  
Y el duende oscuro de Puente Genil.

**1981**

## ESPINELAS PARA CONCHA PIQUER

Se puso en pie Andalucía  
cuando el viento de levante  
se hizo copla y se hizo cante.  
Y en pie sigue todavía.  
El viento que ella traía  
—olas, alas, soles, sales,  
ya caricias, ya puñales—  
enredado a su garganta.  
«Así se siente y se canta»,  
repetían los cabales.

Y aún lo repiten. Perdura  
su voz en el mismo viento  
como un alto monumento  
levantado a su figura.  
No hubo garganta más pura  
que la de Concha Piquer.  
Hoy, mañana, como ayer.  
Se fue, pero se ha quedado.  
Mira mi verso tatuado  
con un nombre de mujer.

1991

## **INVITANDO A TOMAR UNA COPA A JUAN VALDERRAMA**

Al cumplir sus 75 años.

Porque cantó con un mirlo  
bailándole en la garganta  
y enseñó cómo se canta  
a todo el que quiso oírlo;  
porque es preciso decirlo  
para que se entere bien  
quien nunca se enterá, quien  
en su sordera se arropa,  
a ver, sirve aquí una copa  
para don Juan de Jaén.

**1992**

## **ESPINELAS URGIDAS PARA RECORDAR A LOLA FLORES**

Veréis: Érase una vez  
un ramo de yerbabuena,  
un injerto de azucena  
en tallo de morenez,  
un milagro de Jerez  
lento como un natural,  
raudo como un vendaval  
dentro de una caracola,  
a la que llamaron Lola  
en la corte celestial.

Aquí, en la corte terrena,  
también Lola la llamaron,  
y los duendes la ayudaron  
a armar la marimorena.  
Con la noche en la melena,  
nardo, clavel, amapola,  
Lola de las flores, Lola,  
yertos los brazos abiertos,  
un día se fue a los muertos  
y España se quedó sola.

**1995**



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

## **HOMENAJES**



Institución Gran Duque de Alba



Poemas escritos a lo largo de  
treinta años, en circunstancias  
y ocasiones diversas, pero con  
una común intención. Aparecen  
juntos por primera vez.



Institución Gran Duque de Alba

## UN SONETO PARA TOMÁS BORRÁS

Borrás, el cuentacuentos, nació un día  
aquí, en Madrid –¿o acaso no naciera,  
o nació ayer, como la primavera,  
o nacerá mañana?...–. Mas decía

que fue en Madrid. Un siglo se moría  
cuando amarró su barca a la ribera.  
Llegó, escribió y venció. Mármol o cera,  
su mano está escribiendo todavía.

Alguien puede pensar que hay dos Tomases,  
o veinte o cien o miles de Borrases,  
pues que su pluma en flor se multiplica.

Pero su pluma es una y sola. Esa  
que siembra triunfos –libros– en la mesa,  
trébol, diamante, corazón y pica.

1967

## CON CARMEN CONDE

Aquí tenéis el pulso  
en hervor, la palabra  
traspasada de dardos y agonías,  
la arcilla devorante y como en celo,  
la hembra rebelde.

Aquí tenéis la voz que no ha cesado  
nunca de proclamar guerra y exilio,  
amor y muerte, tempestad y ausencia.  
Al otro lado de lo que es eterno,  
justo cabe el brocal de la esperanza,  
aquí tenéis, arcángel derribado,  
Eva sin paraíso, herida sombra,  
a una mujer que anduvo por el agua  
de nadie, en soledad y compañía.

Hija ignorada de su cruel ternura,  
jaguar, paloma, delirante espejo,  
*aquí tenéis la lumbre, la que lo coge todo*  
*para quemar el cielo subiéndole la tierra.*

1977

## VELINTONIA, 3

(Con cuatro versos de  
«Antigua casa madrileña»)

*Dura es la mano del que alzó esta piedra.  
Blanda la del que vino a darle savia.  
Abierta estuvo siempre, y permanece,  
como sus ojos.*

*En la esquina final, dos ventanitas  
azules van posándose en las cosas  
de otros, en tanto verso adolescente  
e ilusionado.*

*Todo hacia dentro es vida. Y hacia fuera.  
Colmenas como labios, mundo pleno.  
Sirio contempla a Sirio y atardece  
sobre esta calle.*

*Antigua casa madrileña, templo  
de la amistad y de la poesía.  
Hacer es vivir más, dice Vicente.  
Y el tiempo cesa.*

1977

## EL TIEMPO QUE ESA BOCA RECONSTRUYE

(Releyendo los *Poemas de la consumación*)

«Vivir mucho es oscuro, y de pronto saber  
no es conocerse.»

V.A.

Porque una boca vive mientras besa  
los silencios, las frases  
balbucidas,

escucho  
esta boca que fue,  
viviente —y cómo— aún, dejada y lúcida.  
Escucho y reconozco.  
Saber no es conocer, sino ir cayendo  
en lo más pleno y nunca conseguido,  
en lo sin fondo y sin edad.

Mas pesa  
el tiempo que esa boca reconstruye,  
el borbollón que alumbra, que es lo claro  
vivir mucho.

Pesar, besar, ¿quién puede  
decidir, elegir, poner un sello  
—*esto es*— a lo que ignora?  
La memoria de un hombre está en sus huesos  
y, si amó, entre los labios que un día tuvo.  
Allí su huella para siempre, tibia.  
Allí su porvenir, gozoso y alto.

Mas si tejió en palabras su experiencia,  
si en papeles volantes volcó el cielo,  
la lenta luz que palpó y quiso, nadie  
podrá impedir que en otro pecho tiemblen,  
resuenen, se hagan sitio, sangre ajena.  
En la noche profunda.

1978

## MANO PARA UN POEMA

(Eladio Cabañero)

Esa mano rugosa,  
abierta y noble, signo  
terruñero,  
que va sobre las pámpanas,  
acaricia los trigos, dobla  
las esquinas, los picos  
del gran pañuelo del amanecer,  
esa  
mano  
que una cintura de muchacha ciñe  
con igual devoción que el brazo de la esteva,  
es la misma que traza  
—sobre una acera, un surco, un poniente amarillo—  
el verso que podría salvar a una persona,  
el verso fiel de Eladio Caballero,  
de Eladio Compañero,  
poeta por la gracia  
del sol y la llanura.

1981

## EL LEGADO

«Yo dejo todo esto —colores y sonidos—  
a ese mortal que habrá de sucederme un día  
asomado al cristal de mi misma ventana.»

Guillermo Díaz-Plaja, *Ventana sobre el parque*

Está la tarde oscureciéndose.  
No queda sol ni quedan pájaros.  
Miro a través de tu ventana  
cómo la luz se va posando,  
cansada y mustia, en el tremor  
amarillento de los álamos.  
Un aire tímido desciende  
los toboganes solitarios  
y todo el parque es como un niño  
que se fuera desamorando.  
Pero la vida bulle. Veo  
lo que tú viste, el mismo cuadro,  
oigo, remoto y sometido,  
el mismo son, el mismo cántico,  
y aunque es otoño, guardo, viva,  
la primavera entre las manos.  
Una muchacha ríe. Un perro  
ladría a las sombras. Un muchacho  
pasa estrechando una cintura  
y amaneciendo... Todo es cálido,

todo está haciéndose de nuevo,  
todo está virgen y empezando.  
Pongo mi frente en los cristales,  
sorprendido y enamorado,  
y siento que alguien, a mi espalda,  
impaciente, va reclamando  
—con voz que suena a mucho tiempo  
y soledad— sitio y legado.  
Ayer fue mía su impaciencia.  
Y hay luna ya sobre los álamos.

1984

## RECAUDO PARA ÁNGEL CRESPO

(con su «Libro de Odas»)

«Escribo bajo la amenaza  
de una luz...»

A. C.

Deja venir la sombra.  
La sombra lleva dentro  
su llama viva.

Deja  
que esa bandada tórpida  
pero esencial, descansé  
en tus ojos, tus hombros,  
haga nido en tu mano  
tenaz.

Desde el espejo  
mírate, reconócete,  
no temas que el futuro  
te invada, ni que el fuego  
—leña tú— te consuma,  
ni que la ausencia vaya  
a silenciarte. Diosas,  
bosques, tapices, climas,  
vientos, retratos, mitos,  
te cerquen, atenacen  
tu voluntad, oscuros

te posean. Tus pasos  
perdidos, lentamente,  
acabarán rozando  
el ancho umbral.

Escribe  
—vive— entre afirmaciones,  
busca en esa amenaza  
luminosa tu sino  
y verás cómo el tiempo  
—dios inviolable— cede  
y da a tu fuego forma,  
«no de mármol, de estrella».

1985

## PIEDRA PARA CÉSAR VALLEJO

«...¿Una piedra en que sentarme  
no habrá ahora para mí?»

C.V.

Ahora que invierno se enceniza  
y se pone a llover sobre las tejas más insomnes  
y azota y tunde el hueso,  
ahora que el turbio culebrón del desamparo  
zigzaguea, descalzo, por las vértebras,  
tú y yo y aquél  
que pasa y mira y nada sabe,  
vamos  
a buscar una piedra para César Vallejo,  
un pedernal amorfo,  
un canto que dé chispas si el eslabón funéreo lo hiere,  
un desgarrón de roca,  
algo  
donde Él pueda sentarse a repasar  
sus húmeros, sus números,  
sentarse  
a reposar sus lunes diferentes,  
las llagas de sus pies que tanto tiempo llevan  
apagadas,  
sentarse  
a urdir los años otros,  
los látigos del frío,

las mordazas que nunca llegaron a su boca,  
sentarse de una vez en una esquina  
o en un camino, qué sé yo,  
ateridas las manos,  
supurantes los ojos,  
comido  
de próximas miserias,  
y no marcharse más,  
uncido de memorias vagabundas  
y ocasos,  
                     una piedra  
que puede ser verduzca y diecisiete,  
o arder, negra, montada sobre otra blanca y sola,  
o, mejor, que recuerde la piedra de estar juntos  
en un hogar con bulla o unos huertos con sol,  
donde un día fue sombra y amargo y compartido.

1988

## AL ANDAR

Para Camilo José Cela

Nadie da nada nunca.

Nadie  
regala letras de oro a quien las letras  
alinea, jugando, sin cubrirlas  
de ese sudor que el corazón desprende  
cuando se exprime.

Fuera  
así —y a veces es— y quedaría  
—y queda en casos tales—  
en oropel que borra y desvanece  
la lluvia fiel de la verdad.

Que nunca  
nadie tuvo corona perdurable  
si se tumbó en la yerba a ver pasar las nubes,  
o en falsos plintos sustentó su nombre.

Tú caminaste sin descanso, hiciste  
de tripas tu canción,  
de entraña viva tu palabra.  
Y por eso perduran.

Conviene que lo sepan:

Se hace Camilo al andar.

1990

## **LEYENDO EL «CEMENTERIO MARINO» DE PAUL VALERY**

Por estos versos vuela un ave oscura.  
Su sombra va sobre lo claro, mancha  
la colina dorada, el mediodía,  
la piel de la arboleda, pero esplende:  
brilla como un carbunclo, tiene dentro  
la luz mediterránea, la lumbre  
súbita del relámpago.

¿Quién puso  
en el aire este ser –un ala ardiente  
y otra de luto– y le colgó en el pico  
mármoles ciegos, letras funerales?  
Diga el viento su nombre y se eche luego  
a dormir, perro fiel, sobre las tumbas.

**1991**

## **PARA CONCHA ZARDOYA Y SU LIBRO «PATRIMONIO DE CIEGOS»**

Quieta, en la copa, está el ave,  
hija de la amanecida.  
Concha que todo lo sabe.

Y el misterio, intacto, al pie  
del milagro de la vida.  
Concha que todo lo ve.

Concha que nunca deserta.  
Concha que nunca se olvida  
de abrirle al verso la puerta.

Porque ella tiene la llave.  
Concha que todo lo sabe:  
lo que será y lo que fue.  
Concha que todo lo ve.

**1992**

## **ROMANCE DEL QUE UN DÍA FUE LUMBRE**

(Frente al mar del Puerto de  
Santa María)

«alguien en la mar llamándome,  
su voz de muerto me invoca,  
mi amigo mejor, mi amigo  
de juventud, sombra sola».

**Juan Ruiz Peña**  
De «Romance del mar del Puerto»

### **1**

Me llama la voz del mar,  
en la voz del mar me nombra  
alguien que tuvo mi nombre  
en el filo de la boca  
del corazón, sombra amiga,  
sombra amarga, sombra sola.  
Un día fue luz, fue lumbre  
por la orilla rumorosa  
del Guadalete, la misma  
que vio resbalar mis horas,  
lumbre, luego, por los álamos  
del Arlanzón, por las olmas  
del Tormes que, manso, arrastra  
un sueño de oro en sus ondas.  
Raíz le dio Andalucía,

Castilla, ramas frondosas  
y tronco firme, árbol serio  
con un jilguero en la copa.

2

Desde el agua que fue tuya  
tu voz de muerto me invoca,  
tu voz de Juan lejanísimo,  
tan cerca de mi memoria.  
Mi amigo mejor, mi amigo  
de una juventud remota  
que es ya ceniza en mis manos  
y es ya ceniza en tu fosa,  
pisa la arena amarilla  
de esta playa que se otoña  
y mira el sol que se pone  
de luto sobre las olas.

1992

## **RECORDANDO A RAFAEL FERNÁNDEZ POMBO EN PRIMAVERA**

«Que bien sé que la muerte nos separa...»  
**R.F.P.**

Yo sé bien que la muerte nos separa  
de muchas cosas, Rafael, que es fiera  
que no perdona, loba traicionera,  
menos avara cuanto más avara.

Porque, al cabo, nos junta. No sé para  
qué, pero lo hace. Amigo mío, espera.  
Verás qué pronto, en otra primavera,  
pasearemos por la orilla clara.

Puebla se puebla con el calofrío  
de tu vacío, y Mora se recuesta  
en la pared de su melancolía.

Espérame un momento, amigo mío,  
que se ha enredado mi soneto en esta  
cardencha de tu amor en lejanía.

**1992**

## **ESPINELAS DECEMBRINAS PARA PEDIR LA VUELTA DE RAFAEL DUYOS**

«¿Tierra adentro?... ¡Qué silencio!  
¡No! ¡No!: ¡enterradme en la playa!»  
**R.D.**

En la playa. Frente al mar  
que, azul, mediterránea,  
al compás de la marea,  
al ritmo del olear,  
allí quiso deshojar  
la última rosa del sueño  
quien fuera señor y dueño  
del verso más encendido.  
Miradlo ahora, dormido  
en el aire navideño.

Almuédanos y campanas  
dicen su nombre de arcángel  
mientras un ángel con ángel  
repica por sevillanas.  
Las marquesas, las gitanas,  
la propia infanta Isabel  
y, en medio del redondel,  
Pepe Luis, el valiente,  
piden al Dios-Presidente  
la vuelta de Rafael.

**1993**

## A LEOPOLDO DE LUIS

«Somos obreros de esta mina»  
L. de L.

Somos obreros de una misma mina.  
Llevamos mucho tiempo en sus entrañas  
con la sombra colgada en las pestañas.  
Pero una misma luz nos ilumina.

Una muchacha mueve la cortina  
y van cayendo al suelo las arañas.  
Alguien dijo que había dos Españas.  
Y hay una, que ni cede ni declina.

La que tú y yo soñamos y guardamos  
dentro del corazón, la que añoramos,  
la que queremos. Cava, amigo, cava.

Oye batir mis versos compañeros.  
Bien sabes tú que somos dos mineros  
de una mina de amor que nunca acaba.

1994

## **GUILLERMO MORÓN CUMPLE SETENTA AÑOS**

En el reloj azul sonó la hora:  
número siete, sí, número cero.  
Setenta son, amigo y compañero,  
los años de quien fue niño en Carora.

De quien es hombre y capitán ahora  
de un barco con un solo pasajero:  
Guillermo Fiel, Historiador Primero  
de América Latina y Latidora.

Gallo feliz con las espuelas de oro,  
antólogo de aldeas y ciudades,  
gran catalogador de las mujeres.

Grecia y Roma por ti canten a coro.  
Proclamen en cien lenguas tus verdades.  
Que el mundo entero sepa bien quién eres.

**1995**

## MEMORIA DE RUBÉN DARÍO

«Mi alma frágil se asoma a la ventana oscura»  
R.D., *El reino interior*

Metapa fue tu etapa primera. Amanecía  
y bajo el cielo indómito y azul de Nicaragua,  
un herrero celeste encendía su fragua  
y golpeaba el hierro de la melancolía.

De sus chispas de fuego un poeta nacía.  
Venus celaba, púdica, la punta de su enagua  
y los ojos de fauno de Rubén por el agua  
seguían ya la estela de la diosa que huía.

Luego se hizo viajero. Poseyó mares, diosas,  
doncellas, peces, pájaros, gacelas, mariposas,  
lunas de ajenjo y gloria, la pena y la pasión.

Y murió. Desde entonces, tenaz, cada mañana,  
su alma frágil se asoma a la oscura ventana  
a ver por dónde rueda su viejo corazón.

1995

## JORGE LUIS BORGES ALCANZA EL OTRO LADO

A Eduardo García de Enterría

«Nada esperabas ver del otro lado».  
**J.L.B.**

Con unos ojos que la misma muerte  
borró de sombra y desbordó de vida,  
has visto ya la Nada presentida,  
el Espejo donde reconocerte.

Verte en su luna fue como no verte:  
luna en su cuarto, luna no crecida,  
luna en tu cuarto oscuro de suicida  
de dos –de Dios–, dejado ya a su suerte.

Por una senda que desconocías  
van ahora tus noches y tus días  
hacia una luz a la que nunca llegas.

Nada esperabas ver del otro lado.  
Pero el Todo final ha deslumbrado  
con su reflejo tus pupilas ciegas.

**1996**



Institución Gran Duque de Alba



## **POEMAS MAYORES**

Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

Escritos entre 1967 y 1988, estos poemas son por completo independientes unos de otros, tanto por su tema como por su intención, pero considero poseen suficiente entidad para valerse por sí mismos. Dejados —por ésta u otras razones— al margen de mi bibliografía poética, se agrupan aquí por vez primera.



Institución Gran Duque de Alba



## VUELVO A TU CUERPO

Institución Gran Duque de Alba



INSTITUCIÓN  
Fundación  
Institución Gran Duque de Alba

Vuelvo a tu cuerpo como vuelve el río  
cada noche a la mar, como al tejado  
la golondrina que emigrara, como  
al invierno la lluvia, a agosto el sol.  
Vuelvo al arrullo fiel de tus palomas  
gemelas, a la sima de tu vientre,  
a la redonda cima de tu vientre,  
al horno vivo de tu vientre, donde  
vas cociendo a los hijos, conformando  
su corteza y su miga candeal,  
para un día ofrecérnoslos —a mí  
y a la vida— como una hogaza tierna.  
Vuelvo al final de cada día, hombre  
vencido, a tu regazo. Mira el signo,  
mujer, mira las huellas de los golpes,  
mira el plomo en mis alas. Cicatrizas,  
restaña las heridas, recomponme  
para nacer mañana nuevamente,  
hunde tu mano en mis cabellos, hazme  
dormir. La noche es larga como un sueño  
y, como un sueño, efímera. Desnúdate,  
mujer, y desnúdame de penas  
y soledades.

Mira, como el río,  
como la golondrina, como el sol,  
como la lluvia, como un hombre, he vuelto.  
Abre la puerta, acércale tu llama  
a esos leños helados, y hazme un sitio  
a tu derecha.

El mundo va a empezar.

1967



Institución Gran Duque de Alba

## A ZAGA DE SU HUELLA

(Estrofas para invocar la vuelta  
de San Juan de la Cruz)



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

ALMERÍA 2010

EXPOSICIÓN DE ARTE CONTEMPORÁNEO

CONMEMORATIVA DEL AÑO ALMEREÑO

La memoria de amor muy lastimada  
y el corazón punzado por la pena,  
vuelve la gracia alada,  
la soledad sonora, la música serena.

Vuelve Juan de la Cruz, su presuroso  
paso, su cuerpo breve y lacerado,  
su verbo luminoso,  
el ansia de su verso de amores inflamado.

Vuelve a nosotros quien se fuera un día  
por las altas veredas celestiales:  
Juan de Santo Matía.  
con una Cruz que horadan los clavos cardinales.

Al norte, Dios; al este, la esperanza;  
al oeste, el amor; al sur, el verso.  
Descalzo, un hombre avanza  
mientras retiembla y cruce la piel del universo.

Avanza, como un agua que pasea  
dentro de sí la tarde y, remansada,  
en ámbar perfumea  
y crece su marea, su mar maravillada.

Avanza, casi lumbre y casi vuelo,  
por soledosos campos de ternura;  
cielo en los ojos, cielo  
en los labios y un cíngulo de cielo a la cintura.

Calma de Fontiveros, silencio de Medina,  
oro de Salamanca, palomar de Duruelo,  
Pastrana, miel divina,  
y Alcalá, donde forja novicios el Carmelo.

Ávila amurallada... Una campana  
traspasa el aire de la Encarnación.  
Acacia soberana,  
álaro negro, parra secular... La oración

se yergue en este patio como un lirio  
y un revuelo levísimo de tocas  
se siente, y un delirio  
de amores va signando las frentes y las bocas.

Olvidos de Toledo... Cárcel fría  
donde un hombre se quema de su llama.  
Rueda de la agonía,  
el hielo como lumbre y el suelo como cama.

Y abajo el Tajo, su afilada lengua  
azuzando la débil voluntad.  
Oh, ventanal sin mengua,  
abierto hacia la noche y hacia la libertad.

Después Andalucía, ese Calvario  
que, con su cruz, Juan de la Cruz asciende.  
Y un campo millonario  
de olivos que, a sus plantas, verdeando, se tiende.

Alba de Beas, tarde de Baeza,  
y, en la fiel madrugada de Castilla,  
Ávila su cabeza  
levanta en piedra noble a la luna amarilla.

Por sus calles se escucha nuevamente  
la pisada de Juan, el andariego.  
Un hombre, simplemente,  
con la piel de ceniza y la entraña de fuego.

En San José, Teresa está esperando.  
Punzan los hierros de su celosía  
y con Juan dialogando  
ve que llega la noche y se reclina el día.

Ve que llega el adiós. Granada aguarda  
y al frente de sus Mártires le quiere.  
La muerte, cuánto tarda  
para el que va muriéndose de amor porque no muere.

Sobre la Alhambra en flor canta el jilguero  
al par de los levantes de la aurora.  
Versos, para qué os quiero  
ayer, mañana y siempre, ahora y en la hora.

Ahora y en la hora en que se aquiega  
el Aljibillo y va hacia el Avellano  
la sombra del poeta...  
¡Fuente que mana y corre lamiéndole la mano!

A zaga de su huella y de su sino  
de caminante, llega hasta Sevilla  
y, eterno peregrino,  
cruza otra vez los páramos serenos de Castilla.

Ir y venir, pasar y no quedarse  
en ningún sitio nunca, cruel dolencia.  
Y darse y entregarse  
sabiendo que mañana será verdad la ausencia.

La Peñuela. Roquedos. Olivos. Encinares.  
Ubeda, al fin. Dolor. Silencio. Llaga  
de amor viva. Pesares.  
Durísimo cilicio que toda deuda paga.

Blanda mano que rasga y que desvela  
las más hondas cavernas del sentido.  
Bálsamo que consuela  
y desconsuela y tira del pecho malherido.

Un hombre vuelve, un hombre traspasado  
por el rayo de Dios, una paloma  
de pecho lastimado.  
Y el azor vulnerado por el otero asoma.

Un hombre vuelve y su palabra viva  
se enreda a esta palabra que lo invoca.  
Llama definitiva  
que alumbría cuanto alienta e incendia cuanto toca.

Juan de la Cruz, descalzo, está vieniendo.  
A zaga de su huella un ave canta.  
Miradla ya diciendo  
su vuelta con el trino mejor de su garganta.

1968



Institución Gran Duque de Alba

**A UNA MUCHACHA QUE LAVABA  
EN EL TAJO, AL PIE DE TOLEDO**



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

Enséñame la palma de tus manos,  
tu oscura piel que la humedad repliega,  
tus finos dedos que ahora frunce el frío  
tacto del agua.

Álzalas hacia el sol que ya declina  
en invisible púrpura bañando  
la piedra fiel de la ciudad, Toledo  
mágica y sola.

Blusas, pañuelos por tus manos iban,  
hace un instante sólo, derramando  
prodigios de blancor para la noche  
de tus guedejas.

Ahora sobre la jara fingen nieve,  
asustan a las flores del romero;  
después tendrán, sobre tus pechos duros,  
olor a campo.

Nise, Menuxa, Beatriz, ¿qué importan  
tu nombre ni tu sangre ni tu olvido,  
muchacha a cuyo breve pie susurra  
la voz del Tajo?

Nadie te llame nunca, nadie diga  
quién eres tú que lavas en el río  
la holanda más sutil, la más suave  
saya de seda.

No estás aquí, que estás sobre la puente  
de Alcántara cruzando sin ruido  
u oyendo crotorar a la cigüeña  
de Santiago;

o mirando vivir el Miradero,  
batallando en la cuesta de las Armas,  
punzando corazones por la calle  
de Alfileritos.

Si alguien dice tu nombre, no respondas.  
muchacha por quien callan los relojes,  
delgada y cimbreal como una espada  
de tu Toledo.

Vengan a tu redil los amadores,  
déñese en Zocodover cita de siglos,  
requiebren en mil lenguas tu cintura,  
su morenía.

Pero nadie te sepa nunca. Deja  
a los que amor les dio su sed más honda,  
beber la hiel, la miel, en esta esquina  
del Pozo Amargo.

Y pónete tú a mirar salir las llamas  
de esta casa con altos barandales,  
en donde un hombre, con pinceles brujos,  
quema los lienzos.

Quema los lienzos, es decir, los hace  
vivir ardiendo eternamente, grito  
vuelto clara oración, en tanto asciende  
Santa María.

Oye mezclarse el son de los canteros  
de San Juan de los Reyes, con los golpes  
con que vence a los mármoles Victorio  
sobre Tarpeya.

Oye el chisporroteo de la plata  
en las manos de Arfe y en sus ojos;  
oye silbar un mirlo en el palacio  
del rey don Pedro.

Oye latir el corazón de España  
sobre esta alta roca cenicienta.  
Oye fluir el río como un verso  
de Garcilaso.

«Responde el Tajo, y lleva presuroso»  
el sol que muere hacia la mar que vive  
de la sorpresa de saberse pecho  
que respirase.

Vuelves a la quietud donde solías  
lavar tu pañolillo delicado;  
tú, que no te moviste, vuelves mientras  
se va la tarde.

Campanas son las que tu pena dicen,  
las que pronuncian –claras– tu alegría,  
muchacha con la luna lenta y sola  
sobre los párpados.

Tomas tu cesta y toda la ribera  
pone por ti sus tréboles de luto.  
¡Puente de San Martín, quién te pasara  
descalzadita!

Descalza vas, pisando primavera.  
Marzo no sabe ya cómo prenderte  
una flor amarilla por el pelo  
y enciende a Sirio.

Toledo tiene aquí su cerradura,  
en la Puerta del Sol, cerca del gozo.  
Mira hacia adentro y calla cuanto veas,  
no se despierte.

No despiertes jamás, muchacha, espejo,  
ciudad donde se miran las ciudades.  
Y venza Dios a tu águila bifronte  
con su paloma.

1968



**TRAIGO A MIS HIJOS A LA ORILLA  
DEL RÍO QUE RODEA A MI PUEBLO**



Institución Gran Duque de Alba



LIBRO ALUMNA  
ESTUDIOS SOCIALES

Institución Gran Duque de Alba

«y más allá del Lethe mi memoria»  
Quevedo

«la vida nueva, que en niñez ardía»  
Quevedo

He vuelto, una vez más, a la alegría  
del pueblo en vilo, a su milagro en vela,  
al trebolar de su monotonía,  
a su cancela.

He vuelto a su memoria sostenida  
más allá de las aguas del Leteo.  
Hundo mi mano incrédula en su herida.  
Y veo. Y creo.

Hundo mi mano antigua en sus cristales  
y advierto cómo la conoce el río.  
¡Oh Guadalete entre cañaverales!  
¡Oh tiempo mío!

La vida nueva, que en niñez ardía,  
discurrió al mismo son de su corriente.  
Agua jordán que ayer resbalaría  
sobre mi frente.

He vuelto doctorado en soledades,  
rico en malaventuras y en pobrezas,  
colecciónista de las tempestades  
y las tristezas.

Pero no he vuelto solo. Estáis conmigo.  
Multiplicado por vosotros, soy  
un hombre diferente, fiel testigo  
de ayer y de hoy.

Ayer soy yo; hoy sois vosotros; pero  
mañana será el agua solamente.  
Delante queda el mar, su embarcadero;  
detrás, la fuente.

En medio queda el río susurrante,  
yéndose siempre pero siempre quieto;  
río yacente, río caminante,  
río secreto.

A su secreto a voces os convoco.  
Traéis en los ojos otro cielo,  
otra distinta lágrima, que toco  
con mi pañuelo.

Mas este río que a este pueblo abraza,  
porque fue mío ha de ser vuestro. Dad  
a vuestra vida el trazo con que traza  
su libertad.

Poned sobre su azul, como yo un día,  
anhelos, esperanzas, ilusiones,  
y dejad limpios de melancolía  
los corazones.

Quien tiene un río, tiene una paloma,  
una clara campana en la cintura,  
una ventana por la que se asoma  
a la ternura.

Yo lo dejé detrás una mañana  
y al cabo de los siglos he tornado;  
y lo he hallado dormido en la besana,  
junto al arado.

El río es un muchacho fiel. Y aguarda.  
Siempre que regreséis, aquí estará.  
Dirá con voz de espuma «¡Cuánto tarda!».  
Mas no se irá.

Hijos, la tarde apunta su agonía.  
El sol, sobre este río de mi infancia,  
vuelca, como una rosa, su armonía  
y su fragancia.

No dice nada el chamariz. No vuela,  
limón manchado y músico, el jilguero.  
El dulce verderol cerró su escuela  
sobre el alero.

El gorrión se acuesta en el tomillo,  
la codorniz se agacha en los rastrojos,  
la totovía calla... ¡Es tan sencillo  
cerrar los ojos!

Cerrad los ojos, hijos. Todavía  
el río os correrá por dentro. Nada  
podrá acallar su mansa melodía  
desesperada.

Quien tiene un río, tiene un pueblo. Ved  
sus nombres, como a fuego, en mi memoria.  
Al otro lado de esa gran pared,  
queda mi historia.

Cruzadla. Hacedla vuestra. Pueblo y río  
sean savia y raíz, tronco que crece.  
Hacedlo vuestro ya. Porque fue mío,  
os pertenece.



Institución Gran Duque de Alba

## **EVOCACIÓN EN COVARRUBIAS**



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

«El conde don Fernando, este leal cabdillo,  
Parescía entre todos un fermoso castyllo...»

«Non quede ay Castylla de ty desanparada...»

*Del Poema del Conde Fernán González*

Fue por el invierno. Gemían de frío las calles antiguas,  
golpeaba el viento contra las ventanas, contra las veletas,  
doblegaba afanes, nidos olvidados en las espadañas,  
campanas, recuerdos.

En la colegiata donde, siglo a siglo, reza Covarrubias  
—el órgano dulce temblando en las rejas y en el alabastro—,  
tu sombra, serena como la paloma, fiera como el águila,  
gigante, se erguía.

La piedra más sobria, la letra más breve... (San Pedro de Arlanza,  
cuando cae la nieve sobre sus ruinas que el verdín corona,  
se viste de luto, rompe sus ojivas, vela sus blasones,  
reclama tus huesos.

Pero estás muy lejos: en este silencio, bajo de estas bóvedas.  
La piedra más sobria te cubre los sueños, te cela, buen Conde.  
La letra más breve dice tu ceniza, proclama tu muerte,  
te clava a Castilla.)

Fue por el invierno y andabas despacio: la barba poblada,  
la cerviz alta, los ojos profundos, el músculo tenso.  
Iban tus pisadas como rescatándote de tus soledades,  
vibrando, sonoras.

Afuera se abrían las tierras de España, los cerros, las vegas; corrían los ríos vistiendo de espuma la paz de los puentes, mordían el cielo las duras almenas –murallas, castillos–, como cuando estabas.

Como cuando estabas de pie, o a caballo, la espada en el cinto, la cota de malla ciñendo el latido del fiel corazón y en ristre la lanza, derecha apuntando la frente enemiga que el yelmo guardaba.

Tú, Fernán Castilla, llevabas el alba clavada en los ojos; iba amaneciendo por donde pasabas, por donde pisaba tu cabalgadura. Piel de toro, turbia, tundida, sangrante, España nacía.

La luna colgada sobre nuestras noches era media luna. En el Sur florían mezquitas, azudes, jardines, serrallos. Pero se afilaba, se aguzaba el hierro con salvaje cuidado, con saña exquisita.

Desmembrada España, tronzada, caía la sangre fraterna, ardían los trigos, la calma miniada de los monasterios, perdían las torres sus claras campanas, cedían las cruces su sitio a la pena.

Tú, Fernán Rebelde, la brida en las manos y el azor al puño, cruzabas los anchos campos de Castilla, los páramos solos, y a veces te dieron, caudillo cansado, cobijo y compañía los chopos del Duero.

Madinat al-Zahra supo de tu nombre; cantaron tu gesta por los Pirineos, del Oja al Segura, del Ebro al Guadiana, del Arlanza al largo camino celeste del Guadalquivir. Pero tú seguías.

Pero tú seguías, capitán garrido, galopando leguas y leguas de España, libre como el mismo gavilán roquero, león enjaulado midiendo las frías torres carceleras: haciendo la Historia.

La Historia te guarda cabezal y trono; los siglos, corona.  
No ha venido el viento malo del olvido a borrar tu nombre.  
Hermoso castillo, cabalgas al frente de las tus mesnadas  
todavía. Y siempre.

Fue un día de invierno cuando vi tu sombra por la colegiata,  
viva en Covarrubias. El órgano hablaba, la piedra dormía.  
Afuera se abrían las tierras de España, los cerros, las vegas:  
como cuando estabas.

Y estabas de nuevo. Dándole al silencio tu palabra fuerte,  
a las venas rotas de España tu sangre, tu aliento a su boca  
y el alma a Castilla, como cuando andabas sus serenidades  
y sus parameras.

Que no quede nunca, ay, desamparada de ti y de tus manos.  
Que tu escudo guarde la flor de su pecho, su vino y su pan.  
Que las mozas vengan a vestir de mayo tu memoria escueta:  
tu cuna, tu tumba.

«Aquí yacen –dice– los restos mortales de Fernán González,  
Conde Soberano de Castilla»... Mienten la letra y el mármol.  
De pie sigue el Conde, de pie o a caballo, la espada en el cinto.  
Quien lo vio, la canta.

1971



Institución Gran Duque de Alba



## EL LLANTO

Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

En mitad de la noche, llora el hijo.  
Es como un chorro diminuto  
de pena,  
como una gota en el océano  
de la tristeza universal: mas duele.  
Digo: «Mujer, el niño llora».  
Ella se alza, lenta, dulcemente,  
con las uñas del sueño todavía  
clavadas en el tímido tremor de su cansancio,  
y se acerca al lugar donde, desnuda y sola,  
late esta cosa nuestra, esta sangre trenzada,  
esta esperanza que es el hijo.  
Su mano va sobre la frente  
sudorosa, da la vuelta a la almohada  
buscando la frescura de la tela,  
acomoda la sábana sobre esta cosa pura,  
fiel cadejo de carne  
desamparada.

(Pisa

sobre el tejado, gata negra  
y ágil, la madrugada. Arriba,  
la luna rasga el velo  
del silencio, mas no se advierte.) Queda  
la mano de la madre, como un ala propicia,  
velando el respirar de esta nostalgia  
que nació de nosotros  
y a quien el mundo enseña  
el amor, el dolor, tempranamente.  
He abierto, sin ruido, la madera

de la ventana  
por mirar a la calle en esta incierta hora.  
Muere aquí la ciudad  
y unos árboles dicen  
su verdor, su ceniza. Nadie pasa.  
Algo pasa si un niño se desvela,  
si una madre susurra  
una canción, que el trajinar del día  
hace más débil. Algo  
se quiebra muy adentro, se reconstruye, vuelve  
a derrumbarse.  
Con el martillear de la ternura  
los relojes dan fe de que pasamos,  
de que algo pasa: algo tan grande como un niño,  
tan pequeño  
como un niño que llora, creyéndose –sabiéndose–  
solo.

Cruza  
un carro, un manchonazo oscuro,  
una vida borrosa. Y, a su rumor,  
rebulle el hijo, llora  
otra vez.  
La noche rota de dos seres  
que se quisieron como en un relámpago  
y a su luz engendraron este sorbo  
de agonía, se enciende y se desdobra  
en el espejo turbio de no ser  
sino olvido. Pues ¿qué lluvia  
de qué próximo cielo aliviará  
la llama, qué memoria  
registrará los nombres  
de dos amantes a los que el destino  
condecoró con esta tibia espuma  
de tiempo, que es el hijo?

Blandamente  
crece la madrugada, muge el toro  
rosa del alba, huye  
el lucero. «Mujer,

descansa», digo. El niño duerme,  
sosegado.

Ella se sienta al borde de la cama  
que aún guarda su calor, la forma justa  
del abrazo, y «Es hora de empezar –dice–,  
no merece la pena». La alegría  
del sol estira un brazo delicado  
y pone un goterón de oro purísimo  
sobre la colcha. Mueve la cortina  
y el sol empuja y se derrama  
como un cesto de dátiles. Esconde  
su cabeza en mi pecho  
y oigo cómo libera  
su sollozo de madre tan cansada  
sobre mi viejo corazón, en tanto  
el niño duerme y se despierta el mundo.

1972



Institución Gran Duque de Alba



## **RAMA DE ALMENDRO PARA UNA MUCHACHA LEJANA**

Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

Como la primavera, es decir, sin ruido,  
sin levantar la voz ni bajar la cabeza,  
regresa tu recuerdo.

¿Regresa? ¿Es que algún día  
se fue, como te fuiste? (¿Quién conoce  
la fuente de la pena, el roquedal del llanto,  
su exacta geografía?) ¿De dónde, pues, que vuelva  
lo que sigue aquí mismo,  
dentro del pecho, garfio  
acerado, zorzal  
aleteante?  
¿De dónde su memoria lastimada?

Eras como un pañuelo en la azotea,  
como lluvia en la lenta atardecida,  
como rama de almendro:  
dabas la bienvenida al cielo claro,  
lavabas las heridas de las cosas,  
bendecías el pueblo.

Pero no lo sabías. El arroyo  
ignora la canción que eternamente  
repite, como el pájaro su vuelo.

Son. Nada más. Pero cada mañana  
nos redimen un poco. Tú lo hacías  
tan sólo con tender en las adelfas  
la colada fragante,  
con encalar la cal —la nieve dura—  
o regar el jazmín, la hierbabuena  
al pie del pozo.

¿Quién  
gritó tu nombre allá en la lejanía  
de tan terrible modo que ganó tu respuesta?  
¿Quién te arrancó de aquí? (Iba a escribir *de mí*,  
pero no fuiste nunca  
mía.) Por estas calles de tu infancia  
cruzaste una mañana —la bolsa entre las manos—  
camino de otros cielos, de otras tierras.  
Y allí sigues: hablando —balbuciendo—  
en otra lengua, dándole a tus ojos  
un brillo diferente:  
tus ojos,  
que no ven lo que estalla  
a mi lado, a mi sombra: la gloria de febrero.

Mira:

Dios absuelve a la tierra,  
envía su paloma  
de paz, pacta la tregua, el alto el juego  
del frío y de la nieve,  
prende en el hombro de la serranía,  
en el pecho del valle,  
la condecoración de la esperanza: la flor sencilla del almendro.  
Todo es ya necesario,  
sosegado y profundo,  
como el sol tras la lluvia, como el río ante el mar.  
Las colinas albean, las palabras albean,  
las tristezas albean, ceden su sitio al gozo  
que por el ventanal de la pupila  
se adentra —mano blanda, mano blanca—  
desterrando el punzón del dolorido  
sentir.

Troncho una rama  
y la traigo a estos versos, que son tuyos,  
y acaso nunca leas.

Muchacha, sueño, mira:  
la flor invade los caminos  
que tantas veces recorriste, empuja

a las puertas del pueblo, dice  
tu nombre.

Yo lo repito. Canta un pájaro  
en el alfoz, pronuncia la alegría.

Y yo guardo en un sobre flor y trino,  
rama de almendro y brizna de nostalgia,  
y pregunto por ti, lejana, y tiembla.

1973



Institución Gran Duque de Alba

## **POEMA ESCRITO EN UN ESPEJO**



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

«El mar sale del mar y me hace doblemente claro»

Juan Ramón Jiménez

1

He vuelto al sur, miradme, con la esperanza puesta.  
En el almendro canta un pájaro amarillo.  
Qué trabajo le cuesta, qué trabajo me cuesta.  
Oh qué difícil todo, Señor, y qué sencillo.

Qué trabajo le cuesta sostenerse en la rama,  
sujetarse las alas, olvidarse del vuelo.  
Qué trabajo me cuesta sofocar esta llama  
que se levanta, viva, desde el suelo hasta el cielo.

El sol entra en mi vida de nuevo. La ventana  
que estoy abriendo ahora, da al mar, eterno y mío.  
Mar que viste de azul mi alma y la mañana  
presas en la redonda ventura del estío.

He vuelto al sur, miradme, he vuelto al mar que fuera  
espejo y luz ayer, al mar que será un dfa  
espejo y luz intactos, al mar que ya me espera  
—espejo y luz— soñando, sonando en la bahía.

El mar sale del mar y me hace doblemente  
claro. En una azotea una muchacha canta.  
Su voz y la del mar retumban en mi frente  
y el pájaro se empina también en su garganta

y dice cuanto sabe, cuanto no sabe y cuanto  
sabrá después, arriba, cuando su canto acabe.  
Y yo no sé siquiera si me despierta al llanto  
la voz de la muchacha, la del mar, la del ave.

He vuelto como siempre, con la esperanza puesta.  
Lavo mi piel de olvidos, tristezas, soledades,  
penas, desesperanzas... El sur es una fiesta.  
Y el mar me va cantando –barquero– sus verdades.

Poned aquí la mano, en mi costado izquierdo.  
Mirad en mis pupilas temblar un nuevo brillo.  
Aquí en el sur me encuentro, aquí en el sur me pierdo.  
Oh qué difícil todo, Señor, y qué sencillo.

## y 2

Oh, Señor, qué sencillo y qué difícil todo.  
Aquí en el sur me pierdo, aquí en el sur me encuentro.  
Borrad de mis pupilas la noticia del lodo.  
y buscad al que soy en mi centro, en mi dentro.

El mar me va cantando –Caronte– sus verdades.  
El sur es una fiesta donde la pena danza.  
Yo me visto de ausencias, tristezas, soledades,  
y advierto que he olvidado ponerme la esperanza.

Canta el mar, canta el ave, canta alguna muchacha  
entre los tendederos donde la ropa albea.  
En mis oídos suena la cadencia del hacha,  
verdugo de los mirlos que pueblan la azotea.

El mar sale del mar y tiembla oscuramente.  
¿Quién dice, sin garganta, tan hermosa canción?  
Yo no sé si es que tengo su ceniza en mi frente  
o es que se me ha cerrado de golpe el corazón.

Mirad, se me ha cerrado, igual que una ventana.  
Las olas van copiándose –espejo– en la bahía.  
He vuelto al mar que fuera tan mío una mañana  
y que está siendo ahora lo que yo seré un día.

El sol entra en mi vida de nuevo y se adormece.  
Resbala la nostalgia como un escalofrío,  
como una lengua de agua, como un volcán que crece  
su lava en la redonda ventura del estío.

Lava que va lavando desde el cielo hasta el suelo,  
que vive y se desvive por avivar su llama.  
Olvidado del vuelo, condenado a su duelo,  
un pájaro amarillo se sostiene en la rama.

Qué trabajo le cuesta, qué trabajo me cuesta.  
Oh qué sencillo todo, Señor, oh qué sencillo.  
He vuelto al sur, miradme, y el sur es una fiesta,  
y la fiesta es un pájaro doliente y amarillo.

1967/1974



Institución Gran Duque de Alba



**JEREZ, SEPTIEMBRE**

Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

«Como beber la tierra milenaria,  
desde el principio».

**Eduardo Carranza, Kasida del vino**

Una paloma de humo en una torre,  
una campana por el mediodía,  
un borbollón de música en el aire:  
Jerez, septiembre.

Todo es verdad. El mundo canta. Sube  
un escalón de fuego la belleza  
y en la esquina del sol abre los ojos  
Andalucía.

Sueño del almíjar transfigurado.  
La vareta de olivo en la canasta  
presta un rumor de aceite a los racimos  
que se solean.

Rueda por los redores la nostalgia  
del pámpano secreto y lastimado  
y el carbón del tabarro se marea  
de tanto aroma.

¡«La transparencia, Dios, la transparencia»  
del instante infinito! ¿Quién derrama  
esta lumbre lustral en los alberos,  
este alborozo?

El mosto es como un niño que balbuce  
su palabra primera, como un duende  
con alas de ángel, como un dulce grito  
sin su garganta.

Busca acomodo en el tonel, apresta  
su melena de siglos susurrados  
y a la cintura se ata su dorada  
melancolía.

Mañana se hará gozo, llama oscura,  
flor de topacio, cárdena memoria,  
émulo de la anémona transida  
y del narciso.

¿Quién fija al vino su color, quién pone  
el cascabel en su delgado cuello,  
si es la luz la que dicta a cada hora  
su tiranía?

Venga el pajizo pálido del fino,  
el ámbar puro del amontillado,  
el amatista fiel del oloroso,  
sus tornasoles.

Venga al cristal la leve sinfonía  
de su misterio, venga hasta los labios  
el corazón furtivo de la uva,  
claro y sumiso.

Jerez, septiembre, las paredes lisas,  
el rosetón de hierro, el roble en vilo,  
la penumbra inocente, el gran silencio  
de la bodega.

Catedral del trasmundo, donde vibra  
la semiluz enervadora, ¿cuándo  
la araña de olvidar dio a tus rincones  
su tibia seda?

Estas inmesas alas que aquí yacen  
apagadas y quietas, son del tiempo:  
tanto voló, tanto universo anduvo,  
que ahora descansa.

El es, alto y remoto, el mejor guía,  
el mejor bodeguero de estos pagos,  
el que mejor conoce los esguinces  
de la venencia.

El vino, potro rubio, le obedece,  
crece a su voz, bracea a su mandado,  
muerde el bocado cuando escucha el silbo  
de su costumbre.

El tiempo aquí en Jerez –septiembre, torre,  
campana y hembra en pie, música y júbilo–  
es inviolable como un dios, Dionisos  
en carne y hueso.

Todo es verdad: sarmiento, cepa, pruina,  
liño, trujal, vidueño, bienteveo,  
yema, tineta, rodrígón, palabras  
como candelas.

¿Pero todo es verdad? ¿Esta luz mansa,  
San Miguel coronado de vencejos,  
la nube en el azul, ese galope  
por la Cartuja?

Ocurre a veces que Jerez, despacio,  
comienza a despegarse de la tierra  
y en cuanto se descuida se le marcha  
el santo al cielo.

Pero vuelve Ginés a sus caminos,  
a su sitio de siempre, a sus afanes  
de capataz mayor de la vendimia  
y la esperanza.

Todo es posible en estas claridades  
donde roba perfume al oceano  
el aire, o bien se prende unos jazmines  
del Guadalete.

¿Quién dijo río, mar, viña dormida,  
campiña en plenitud? ¿Quién dijo miedo?  
Vengan a este lugar los amadores,  
beban la gloria.

Pongan sobre la palma de la mano  
la copa transparente. Ya resbala,  
hecho murmullo cimbreal y copla,  
el chorro cálido.

Beber el vino de Jerez es como  
ingresar de repente en la alegría,  
como beber la tierra milenaria  
desde el principio.

1976

**UN HOMBRE HA VUELTO**



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

El hombre ha detenido  
sus pasos. Lentamente,  
va acostumbrando el cuenco turbio de sus pupilas  
a tanta inmensidad, a tanta lumbre  
desnuda.

La palma de la mano de un dios infatigable  
y ciego  
se abre ante él, despacio  
se despereza, enciende  
la mañana.  
O es el atardecer lo que res fulge,  
lo que derrama sobre los terrones  
gotas de soledad, miel de silencio.

Dice «la Mancha» y se le mancha el labio  
de olvido o de alhucema o de paloma,  
de algo que bien conoce y que no es suyo,  
que es suyo y no conoce.

Grumos antiguos, arambeles  
de polvo de memoria, paletadas  
de escombros de vivir van resbalando  
por sus hombros vencidos.

Amanece.

O es pleno mediodía, en la llanada.  
Retiemblan los racimos,  
se estremecen los surcos paralelos,  
torpea entre los setos la picaza,  
despierta el jaraíz.

Canta la alondra

cabe el brocal de un pozo donde un día  
desenredara el agua su trenza verdeante,  
y una yegua sin ojos da vueltas a la era.  
Aún el trigo es infante. O, amarillo, madura.  
Cabecea a su flanco la amapola  
o quizá ya no bulle sino su tierna ausencia.  
El hombre no lo sabe; es decir, ha alcanzado  
el total conocer.

No hay horizontes.

El tiempo es un pañuelo  
que se puede doblar, guardar en un bolsillo,  
que se puede llevar hasta la frente  
sudorosa,  
que se puede acercar hasta la lágrima  
que los ojos alumbran.

O es que llueve.

O es que de pronto ha roto a llover sobre el carro  
que rebota y renquea,  
sobre el quiñón donde la sangre vibra,  
sobre el molino anciano que aún cruje y gira y muele.  
O aprieta el sol, desplómase implacable,  
abrasando la flor de la cardencha,  
el cañizo borboteante, la viña que se esponja.

El hombre torna a andar. Es la hora infinita.  
Es un día de un año de un siglo sin fronteras.  
Regresar es perderse entre los álamos  
de ayer,  
encontrarse de golpe con el que fuimos, con  
el que seremos cuando

se rompan los relojes.

Pero el hombre que vuelve  
estuvo siempre aquí:  
se copió en los chilancos,  
se tumbó en los barbechos,  
se enterró con su gente bajo el ciprés insomne,  
cavó, sembró, segó, bebió del vino nuevo,  
tembló con el pedrisco, repicó el tamboril.

Dice «la Mancha» y gana sus raíces.  
Apresura sus pasos, y es un niño  
el que viste su pena y le recorre.

Arriba está la luna sobre un chopo.  
O el sol.

Qué importa ya, si un hombre ha vuelto.

1977





## **VISIÓN DE CUENCA**



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

Es como pretender tomar al aire  
por los cabellos,  
dibujar los perfiles del aroma,  
averiguar de golpe el lenguaje del fuego,  
descubrir los colores de un doblar de campanas,  
la forma del silencio;  
es como encaramarse al pretil de la aurora  
o descender a la honda sima de los recuerdos.  
Es decir, el milagro, lo que jamás acaba  
de ser y está ya siendo.  
Borbollones de cales, maderas, rocas, vidrios,  
tejas, arbustos, hierros,  
que ascienden a empellones hasta el cielo enlunado  
o que se precipitan, víctimas de su vértigo,  
pero que nunca pasan ni nunca vuelan ni  
nunca se van al suelo,  
sino que permanecen en su esguince,  
estáticos, erectos.  
Torres, muros, balcones,  
puentes al borde del encantamiento,  
columpian las miradas,  
ganán sitio en el sueño  
y sobre el gran tapete floral del mediodía  
dan jaque y mate al viento.

Cuenca, fiel fugitiva, encadenada  
a su propio misterio,  
se corona de grajos y pezpítalos,  
se condecora de vencejos,

y se pone a afilar sus finas hoces  
segadoras del légamo,  
allí donde jarales y torbiscos  
abejan por dentro.

Sol de Carretería,  
policromía de los Tintes, hueso  
vertical de Mangana, pasadizo  
por donde cruza aún Julián Romero,  
murmullo del Tranquilo,  
Ventano del Diablo donde aletea el cuervo  
de los anocheceres, ¿qué conjuro  
de qué Merlin remoto y ciego  
os signó para siempre? Chopos, pinos,  
nogueras, olmos, ¿qué secretos  
estáis celando todavía,  
qué canción aprendiendo?

Huécar y Júcar fluyen mansamente,  
funden sus aguas y sus cuerpos,  
arrancan chispas, lascas, polvo  
de siglos, copian en su espejo  
las anchas cresterías, los rudos roquedales,  
algún álamo lento.

Cometa inmóvil, tira el Tormo Alto  
de su mole. El bostezo  
del cráter de la Torca del Ceñajo  
despierta el universo.

Cuenca en pie, Cuenca en vela,  
Cuenca en vilo y en vuelo,  
arracimada y trepadora,  
sostenida por unos dedos  
que no la sueltan, candilico  
plateador de sus reflejos.  
Golpea aquí la sangre de Castilla,  
su corazón entero,  
y el pálpito caliente de la piedra  
es música y jadeo.

¡Cuenca empinada sobre sus raígenes,  
desafiando al tiempo!

1977



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

**ANDO GUADALAJARA CON LA LUZ  
EN LOS OJOS**



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

ESTADOS UNIDOS  
ESTADOS UNIDOS

2010 2011 2012

«... donde Castilla se viste de perfume»

J. A. Ochaíta

«¡Oh, qué tremendo saber  
el de España!»...

J. A. Ochaíta

Digo Alcolea. Entro  
por Alcolea y su ancho pedregal,  
por los terromonteros que el ábrego combate;  
busco el pinar que alivia,  
el dulce son del Dulce  
y el Henares, el atrio  
de Saúca,  
la vega fiel de Pelegrina,  
la añorada Salud de Barbatona.  
Digo Sigüenza y me descubro:  
oigo el fragor alárabe,  
el brioso pasar de las mesnadas,  
la voz del Cardenal que va acallando  
corceles y lanceros, porque sueñe,  
porque atienda mejor a su lectura  
aquel muchacho de alabastro.

Queda

sobre las lastimeras barbacanas  
algún jirón, algún gemido. Torres  
más altas caerán, pero ésta dura,  
como el duro festón de Palazuelos,  
como el lunar desgarro de Santiuste,

como la brava Atienza, coronada  
por la roca ceniza,  
y en cuya fuente vieja va llenando  
una moza su cántara terrera.

Ando Guadalajara con la luz en los ojos.  
Cogolludo ducal, Jadraque alto,  
fantasmal Hita con el verso al cuello  
como un dije liviano, tierras rojas  
que las barrancas polvorrientas rompen,  
jugosas huertas repentinias.

Subo

a las almenas de Torija, bajo  
—arbolados rincones, rebaños tibios— hasta  
Brihuega, de mercado y soportales,  
Cifuentes, de ciprés y campanil,  
y, al ritmo del Tajuña y al abrigo del páramo,  
bordeo bosquecillos, acaricio encinares,  
copudos olmos, mansos  
olivos.  
Busco Caspueñas, Valdesaz,  
la molinera gracia del Ungría;  
junto al tártago salta el herrerillo  
y la trucha platera, coleando,  
lucha con el anzuelo.

La Alcarria está temblando de belleza.  
Se viste aquí Castilla de perfume  
y la miel se arrebuja entre lo áspero,  
ordena y manda.

Hontoba

triangula la muerte; la repudia,  
desamorada y secular, Pastrana,  
asomada a su coto verdeante;  
y, sin embargo, allí la he visto, turbia,  
segar de un tajo el gozo del poeta,  
escapar luego aullando.

Auñón aguarda

cabe el Arlés, se enrisca.  
Chilla la graja en Chillarón del Rey  
y Sacedón despliega sus cerezos.  
Córcoles alza su ruinosa herencia,  
Alcocer, sus murallas,  
Buendía, el mar, como si sonriese.

Ando Guadalajara con la lumbre en el pecho,  
entro en su corazón. Santa María  
me vale. ¿Quién recorre  
estas calles y plazas a mi lado,  
qué sombra es ésta, tierna y desvelada,  
que, desde San Ginés hasta el palacio, lleva  
de la mano a la mía?  
Puedo quedarme aquí. No existe el tiempo.  
O allá, en Molina, donde canta el Gallo.  
O dejarme encantar en Mazarete,  
al pie del alhumajo brujeriego.  
Andar, andar, andar, pero quedarme.  
Qué tremendo saber el de esta España,  
qué inefable sabor, que largo pálpito,  
venas arriba.

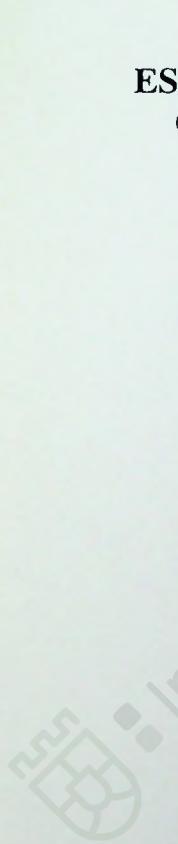
Digo  
L'Ouad al-Hajara,  
surco  
su piel,  
trazo su signo en la memoria,  
bebo la lluvia de sus pozos, fijo  
su palabra en mi sangre.

Y todo es del color de la esperanza.

1979



Institución Gran Duque de Alba



## **ESTA ES LA MÚSICA: LA VIDA**

(Oyendo el piano de Sergei Rachmaninoff)



Institución Gran Duque de Alba

«...a través de unas manos lloradas que se fueron»

Rafael Alberti

Tú eres la música esta tarde:  
el soplo suave, el aire quedo;  
tú eres el río entre los chopos,  
la lluvia blanda en los helechos,  
el borbollón de la calandria,  
la brama cálida del ciervo,  
la brava calma del agosto,  
la brasa cándida del tiempo:  
cárcola azul de la que pende  
la lanzadera del silencio.

Va tu piano por las cosas  
como la noche por el sueño;  
quiero decir que va por fuera  
cuando sabes que va por dentro  
dasamorando las nostalgias,  
poniendo en punto los recuerdos,  
adelantando los relojes  
de la esperanza, sometiendo  
a su armonía los sollozos  
del chamariz en el barbecho,  
los alhelíes de la ausencia,  
los maretazos del deseo:  
olas que llegan hasta el filo  
del roquedal, y abren el fuego  
de sus espumas y se afellan  
como al anciano tronco el muérdago.

Tú eres la música esta tarde.  
Nace la música en tus dedos,  
hermano mágico del mirlo,  
hijo celeste del misterio.  
Quema el resol de las escalas  
el playerío. En los espejos  
hay una luz de otras edades,  
sombras que un día resplandecieron,  
hombres que cruzan lentamente  
corredores y embarcaderos,  
muchachas tibias y desnudas  
regresando y atardeciendo.  
Por las esquinas de la pena  
pasea un niño su secreto:  
la niebla larga se deshace  
y el esquilón del desaliento  
llama a seguir, cita a tristeza,  
dice de olvidos y destierros.

Nada es la música. Y lo es todo:  
un océano en movimiento,  
una gacela despertando,  
una garganta amaneciendo,  
un manantial desenredándose,  
un dolor dulce y pasajero.  
Ella acompaña las esferas,  
el respirar del universo,  
el galopar del potro, el pico  
del ruiseñor en el enebro,  
y altera el pulso de la sangre  
y la médula de los huesos.  
Nadie es la música. Y, con todo,  
tú eres la música, el destello  
de este crepúsculo cencido,  
eternal y perecedero.  
Azucenales, canchaleras,  
bajíos mansos, verdes huertos,  
claro y profundo correntío,

paisaje tuyo, mío, nuestro.  
Esta es la música: la vida,  
el mañana del hombre nuevo.  
Todo es posible, si en el golpe  
definitivo del gran péndulo  
—tal esta tarde— hay un piano  
bajo unas manos que ya fueron.

1979



Institución Gran Duque de Alba

**BAJO LAS PUENTES VA EL ALMA**



Institución Gran Duque de Alba



•Institución Gran Duque de Alba

«Quien pasa por esta puente  
no vuelve a sentir amores...»

Pongo la mano en esta piedra, palpo  
la hiedra madre, el beso de los siglos,  
escucho el son del Nora,  
el sollozo del roble,  
la sacudida mansa del castaño;  
van, por Colloto, Eulalia y su belleza,  
el agua y su terneza caminante,  
mientras silba el malvís bajo la puente  
que Roma alzara.

Dora

el nuevo sol los pastos, se afianza  
la amanecida.

Después será Poncebos. Crece, tersa,  
la mañana.

Aquí se funde el Duje con el Cares,  
galán de Panderruedas, mozo de Valdeón;  
una muchacha cruza el arco tenso,  
tras un asno cansino, y espumea  
el borbollón caudal.

Si alguien quiere escalar los altos Picos  
de Europa, sorprender  
el salto del rebecho,

el manantío fiel, la nieve viva,  
venga a esta puente y se santigüe,  
ascienda luego.

La Jaya, al mediodía.  
El Cares otra vez, y su garganta  
que acompaña al pandoiro,  
su canción monorrítmica,  
su danzón ancestral.

Digo Sotres, trepando hacia la cumbre,  
Tielve y sus hipocaustos,  
Bulnes pastor, los pueblos cabraliegos.  
Seis mujeres y un hombre bailan, juegan  
a entregarse y a huir, mientras levantan  
la rama de laurel y se persiguen.

La Riera. El Deva fluye, y hay un niño  
que se asoma a su puente  
y ve cruzar la trucha plateando.  
Digo aquí Covadonga y me arrodillo;  
Pelayo, y me descubro.  
Asturias pulsa fuerte en esta fronda  
donde el oso y la corza compadrean,  
en esta roca donde empieza España  
a ser verdad y grande y elegida.  
Torreones ruinosos aún alertan.  
Y la calzada acaba en los hayedos.

Cangas de Onís. La Corte. Cae la tarde.  
El Sella salmonero verdineo.  
Firme, la puente anciana  
va sosegando al agua peregrina  
que busca el mar, el cántabro mugido.  
Rumia el buey del poniente,  
huele la pomarada a vida nueva,  
bebe el lebrel en la fontana  
y el milano, en lo alto, se corona  
de sol, y acecha.

El Nalón, río macho, se hace hombre  
en Pola de Laviana, y va a la mina.  
Junto al puente del Arco se remansa  
por ver lavar su ropa  
a las mozas astures.  
Esta que hunde la mano en su corriente  
y saca, tibio, el aguacanto  
y lo lleva a su falda,  
hórreos y paneras guarda al fondo  
de sus pupilas;  
pupilas con un valle, con un río,  
con un bosque de helechos compañeros,  
en las que van poniendo su negrura  
las alas del carbón.

La noche, en Olloniego. Fantasmales  
sombras de los Quirós, cabe la torre  
truncada.

¿Quién hiciera  
desviarse al Nalón, burlar la puente  
romana, trazar curso  
diferente? La yerba va estirándose  
por donde ayer el agua y su memoria,  
y la luna se posa en el nogal  
como la estrige, sin ruido.  
Ojos que ya no véis venir las ondas,  
llorad por lo que hubísteis antaño.

Quien estas puentes pase, no podrá  
sino sentir amor, su garfa dulce  
hurgando el pecho, socavando el alma.  
Puentes de Asturias, que la Mano, un día,  
sembró, como semilla, entre lo verde,  
por vosotras pasé, quedé prendido,  
prendado y vuestro.

Cante  
mi verso tan celeste hechicería.

1981



## **MAESTRA EN SOLEDADES**





INSTITUCIÓN  
FUNDACIÓN  
GRAN DUQUE DE ALBA

«...But where I say  
hours, I mean years, mean life..»  
**G.M. Hopkins**

Porque vacilo a ratos  
y otras veces tropiezo,  
porque el cabello empieza a grisear,  
la piel a hendirse de infidencias,  
los ojos a nublarse y amargura,  
me vuelvo a ti, lejana,  
pongo a pulsar el corazón, lo aseo,  
lo despojo de polvo y desmemoria,  
anda, le digo, y échame una mano,  
y camino a tu encuentro, confiado en su larga vecindad,  
en su fugaz propósito de enmienda,  
como el gazapo sorprendido,  
galgos por medio y ralo rastrojal,  
busca la madriguera salvadora,  
la hora caliente, el familiar ostugo.

Si vieras lo que duelen ya los golpes,  
la ingratitud, el otra vez será,  
la sonrisa amical que es sólo máscara,  
la olvidanza fraterna...  
Maestra en soledades,  
en lustros y en ausencias, qué voy yo  
a decir  
a quien lo tiene ya todo aprendido.

Llego, pues, silencioso,  
me aproximo a tu silla  
de ruedas,  
y la echo a andar, andamos, mira el tordo  
en el alero, mira el retamar  
ardiendo en amarillos, los rosales,  
la yegua, las carrascas  
crujiendo ya de mayo y verderoles,  
mira el rumor del agua en el chopal,  
mira el amanecer aunque anochezcas,  
soy yo y estoy contigo, yo te empujo,  
yo te guío y te llevo,  
y eres tú quien tendrías  
que sostenerme, mira el sol rodando  
por la moheda, escucha  
la cancamurga de los chamarices,  
el ladrido del can.

Canta la noria  
y en el vacío de los atanores  
melifica la abeja.  
Tantas horas sin ti, y estoy diciendo  
años, toda una vida, tanta sed,  
tanta distancia y desarrimo, tantos  
tuecos en tu madera y mi madera,  
y, ya ves, paseamos,  
hablamos del azar, de un arriate,  
del viento que ahora, terco, se despierta  
—cíñete bien la toca, no te enfriés—,  
como si nada.

La casa quedó atrás. Desde esta lomba,  
contemplarla es ungir con sangre nueva  
su escalofrío.  
Centellea la cal, murmura el pozo,  
puéblanse patio y corredor de sombras  
que cuesta ya reconocer,  
y en la azotea, fantasmal, se agita  
la ropa blanca.

Fulge en el comedor el son del vidrio,  
la música serena de la loza,  
humea la sopera,  
se multiplica el sol de las naranjas,  
ríe, silente, la sandía.  
Desde esta lomba se ve el mar, el mármol  
de la consola, el caracol marino  
que allí, en su cofre, guarda su canción,  
y el luto reverente del piano  
que nadie toca, y suena, y todavía.

Bajemos, anda, de este mirador,  
borremos la pizarra con la mano mojada,  
y regresemos.

Sí, sé que las ruedas  
saltan, hacen temblar  
tu silla, pero no  
temas, son los terrones, los pedruscos  
del recordar, no llueve, es otra cosa,  
te llevo bien sujetada,  
préstame un poco tu inmovilidad,  
siéntame en esta silla, tengo frío,  
arrópame de ti con esta toca  
que se resbala de tus hombros, anda,  
abrígame y condúceme  
como ayer, no te vayas, no me dejes,  
que estoy muy solo, madre.

1988



Institución Gran Duque de Alba



## **POEMA FINAL**

Institución Gran Duque de Alba



22278 ALBA 01

Institución Gran Duque de Alba



## RELOJ DE ARENA

Si yo pudiera  
cuando todo acabara  
darme la vuelta...



Institución Gran Duque de Alba

ANEXO AL DOCUMENTO

CONVENIO DE  
COLABORACIÓN  
ENTRE LA  
INSTITUCIÓN  
GRAN DUQUE DE ALBA  
Y LA  
UNIVERSIDAD  
NACIONAL  
DE COLOMBIA

**EPÍLOGO**  
**por**  
**Carlos María Maínez**



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

Country

2009

www.gduqdealba.org

Parece incuestionable que todo poeta siente querencia especial por alguna de sus obras, incluso por alguno de sus poemas. Esta querencia no presupone, por fuerza, la bondad de la obra en cuestión, más sí una interioridad distinta, un íntimo estado de catarsis difícil de explicar de no haber mediado en ese momento la escritura. Me refiero, en suma, a «ese diáfano estado de excepción/ al que nos vamos/ desacostumbrando» (Mario Benedetti), quizás por desidia, quizás porque es más fácil claudicar ante lo que nos rodea. Es entonces cuando el poeta ha de ganar la batalla, y lograr que sus semejantes la ganen, con un chispazo deslumbrador, y con los ojos perdonados de hastío y desconsuelo.

Surjo de esta reflexión después de haber releído *La cítara en la citara* de Carlos Murciano, antología que recoge únicamente, y por deseo expreso de su autor, *lo* no publicado en sus antologías anteriores. Quiere ello decir que en el presente florilegio se reúne –salvo excepciones– *lo* previamente expuesto a desaparecer, o, como mal menor, condenado a sobrevivir en sus cuadernos manuscritos.

Me sorprendió en un principio que Carlos Murciano, escritor autoexigente hasta el límite, se hubiese decidido por esta alternativa. Después de leída su palabra previa a *La cítara en la citara*, me resultó comprensible. Por una parte, y como él afirma, «el tiempo ha ido revelando ciertas constantes (en su lírica), conformadoras al cabo de unos poemas (estos) capaces de incardinarse en un tronco común»; por otra, ¿quién, ya por nostalgia, ya por ese destello íntimo al que aludía al principio, no quiso alguna vez dar a la luz sus versos inéditos? Se trata de probar a salvar del olvido asombros, inquietudes, días indeclinables, tal como consta en el poema que abre esta selección: «Estarás donde no estuve,/ verás lo que yo no vi./ pero dirás lo que dije/ no para ti./ para aquéllos/ que ahora te tienen consigo/ y que al vivirse te viven/ y al hacerse te hacen eso./ eso tan sólo: quedar».

## LOS POEMAS CAMINANTES

«Andar España, el mundo, es hermoso, necesario y confortador», sentencia

convencido Carlos Murciano. Y a fe mía que ha dado ejemplo de su convicción. Andariego pertinaz, sus ya lentos ojos, como él gusta de decir resignado, han recorrido en cuarenta años desde la célica Ronda hasta un jardín de Bhopal (India), desde Matasejún (Soria siempre en el corazón) hasta el Rockefeller Center neoyorkino. Y estos gozos de la vista se han ido plasmando paulatinamente en versos sencillos y entrañados, ora traspasados por el punzón del recuerdo vivo, ora elaborados al pie mismo del paisaje o de la ensonación. Canciones y sonetos constituyen esta primera zona de *La citara en la citara*, y vuelven a mostrar la inobjetable perfección formal que detenta nuestro autor desde sus primeros escarceos poéticos, allá por el año 1950. Porque Murciano no hace el verso, lo cincela. Y si a esta sutil artesanía unimos su dominio del vocabulario, de lo intrínseco de la palabra, hemos de hallar, y hallamos, en lo referente a las canciones, orfebrería digna de la mejor literatura popular. ¿Firmara don Iñigo López de Mendoza, Marqués Santillana, al amparo de su lumbre medievalina, la «Serranilla de Valdejudíos»?

Pero continúa siendo el soneto la forma de las formas con la que el escritor arcense alcanza plena madurez estética. «Sonetos, todavía. Y siempre», declara en «Algunas notas para una Poética». Su primer poema, cuando apenas contaba dieciocho años, fue un soneto. Su último, fechado en este diciembre, también. Aquí radica el secreto: Para él, el soneto no los tiene. Es algo así como una simbiosis, un pacto con el aire donde pululan las ideas para que éstas vengan a estructurarse prosódicamente al modo que les dicta el sentimiento. En estos sonetos caminantes, en los que, por lógica, el lenguaje descriptivo prevalece, la magia toma cuerpo a raíz del hallazgo de la otra realidad. El poeta ve y oye lo que los demás no, acaso porque aquello estuvo pero ya no está, acaso porque aún no existe. Es así, por ejemplo, como se logra adivinar lo que él vislumbrara en su «Contemplación en Valdemosa»:

«Estás. Y no en la sombra. Aquí: delante  
de nosotros, de mí. Rompe la mano  
la escayola, el cristal, y en el piano  
se hace otra vez candela crepitante.

Tu música, muchacho agonizante,  
solloza en el marfil. Pregunto en vano  
si alguien te ve, si alguien te siente. Ya no  
estás, pero eternizas el instante.»

## UN LIBRO DE HOMENAJE: BREVIARIO

El motivo de la contemplación es fundamental a la hora de analizar esta poesía. He apuntado hace unas líneas cómo es posible envolver en lo mágico la visión de las cosas. Pues bien, esta visión suele ser preludio del proceso creativo. El esquema básico y categórico de este proceso se completaría: Visión: Contemplación: Interiorización sensual del objeto contemplado: Exteriorización de ese objeto a través de los sentidos: Recreación de la experiencia. No se tome esta teoría como causa sino como axioma. Los *stilnovisti* italianos del *duecento* ya recurrían con frecuencia a la fenomenología de la física amorosa, donde hallaba su inefable sitio el corazón herido a través de los ojos. Troquemos el objeto contemplado por la sujeto amada, y la secuencia arriba expuesta no cesará de repetirse con el discurrir de los siglos. De esta forma, al par de la bellísima canción «Al cor gentil rimpairá sempre amore», de Guido Guinizzeli (la personalidad más sugerente del *Stilnovo* prescindiendo, como es obvio, de Dante), cabría concluir que «Al corazón gentil remedia siempre el arte».

En el bloque primero de *La citara en la citara*, Carlos Murciano requiere como pre-texto contemplativo los espacios naturales. En este segundo, *Breviario* (libro escrito, en su origen, entre 1958-1968, y que se ha ampliado posteriormente), se nos revela diáfano conocedor del ámbito cerrado de las plasmaciones artísticas. ¿Aprehensión intuitiva o percepción cabal de ellas? Sea como fuere, Murciano nos adentra en un universo que ha hecho suyo en soledad y casi sin aviso. De golpe, el hombre comienza a intuir, a percibir, tal un milagro, lo que a la vista se le ofrece. Colores, figuras, alcanzan definitivamente su significación, y es entonces el poeta quien se dispone a desvelarla por diferente cauce. Y con densa armonía plásmanse –pásmanse–, *uno y diverso*, el negro toro de España, de Pablo Picasso; o un sueño de Bajorla; o la mosca, el cigarrón, el alba bruja, de Lorenzo Goñi; o la guerra total de Nassio Bayarri; o, en fin, una ventana lastimada, sedienta de horas, de Lapayese del Rfo.

Dícese, por consiguiente, del cuadro, pero también del artista, del pintor amigo, del maestro admirado, tal indica José Camón Aznar en su prólogo a *Breviario*: «...estos versos nos entregan versiones ingenuas –toda la belleza es ingenua– no sólo de la obra de arte sino de la personalidad siempre misteriosa de los creadores del misterio de las formas».

Se alternan en *Breviario* las estrofas de corte tradicional con el verso libre, tendido. En este punto, torno a «Algunas notas para una Poética» de Murciano, y subrayo: «Domina la forma y olvídalas. Irá contigo –velada o no–, fiel, siempre». No he de hacer comentario de esta nota, sino una sugerencia: Revisese el poema

titulado «Vamos a entrar en casa de Celedonio Perellón». Es una suerte de equilibrio total entre la sensación imaginativa y el lenguaje expositivo, una lid de igual a igual entre la emoción sostenida y la contención lingüística. Y esto se explica porque el verso, en ese instante mágico, ha nacido dos veces: de sí mismo, y de la pluma de su autor.

## UN UNIVERSO DISTINTO: UNO

No es frecuente el poema de sólo un verso, mas sí frecuentemente suscitante de perplejidad. «¿Comprendes ya que un poema/ cabe en un verso?», pregunta Gustavo Adolfo Bécquer. Y, simultáneamente, está respondiendo sobre el porqué del mundo dentro de ese poema, sobre por qué el amor, la muerte, el tiempo, Dios, caben dentro de ese verso único.

Carlos Murciano ha aprendido bien esta lección a la hora de pergeñar su *Uno*, ese su Uni-verso latente donde se expande poderoso el aroma exacto de la almendra, el amargo destello proveniente del abismo de ser hombre, el relámpago de la felicidad o su reflejo.

Treinta y dos poemas, divididos en dos partes, componen esta obra singular. Y a uno se le antojan treinta y dos pulsos efímeros –constantes– de la conciencia del hombre con la vida. Cerrando uno de sus sonetos –«Para releer *Cantos de vida y esperanza*»–, Eladio Cabañero puso este endecasílabo: «y por fin salve un verso a una persona». Pareciera imposible mejor regalo que el doblegar con fuerza tan aparentemente débil el poderío del destino. El poeta se aplica afanoso a la tarea. Está tranquilo pues sabe perdida la batalla de antemano, mas le sirven de consuelo esas pequeñas joyas que va extrayendo del cajón de su experiencia. Ellas solas han de bastarse para iluminar distintamente la estancia de los sentidos. Me remito al poema «Luz», preclara síntesis de lo que supone la ceguera eterna del amador: «Perro y bastón no bastan si tú cierras los ojos».

## UN SONETO

En su libro *Una misma cosa*, Carlos Murciano incluyó un soneto escrito en el verano de 1982, «Atardecer en el Puerto de Santa María». No es sólo uno de sus buenos sonetos, no. Es sencillamente antológico (quizás por ello esté aquí recogido). E insisto en el tema apoyándome en el juicio de José Gerardo Manrique de Lara: «Burilador del soneto con esa manía miope del orfebre que se regodea en

los detalles, en una minuciosa tarea que deja sin aliento cualquier análisis crítico, este gaditano, tocado de gracia por mor del verbo, se siente como pez en el agua, como Perse en el poema, como Azorín en su lírica prosa, como Verlaine en su espeso subconsciente». Aserto incuestionable, mas me resisto al desaliento, y por ende, me extiendo en mi apunte sobre «Atardecer...»:

El binomio Tiempo-Muerte (Amor-Muerte en este poemario, a tenor del decisivo verso de Ronsard que lo encabeza y nomina) es pilar esencial en la trayectoria lírica de Murciano. Emparejemos esta ínsita preocupación ontológica a su capacidad contemplativa –referida anteriormente– y averiguaremos este «A tardecer...». La dialéctica que se entabla entre el conocimiento de nuestra fugacidad y la necesaria reciedad lingüística con la que ha de tratarse tan doloroso anatema, se sintetiza indefectiblemente en un cosmos espiritual que entra en actividad a raíz del amor, lenitivo tan necesario como insuficiente. La última línea de este «A tardecer...» condena un estero de sabiduría vital, y hace del horizonte de los días una entelequia aún más inalcanzable:

«Todo está en paz, todo está azul (te quiero),  
claros tu amor y tu recuerdo, pero  
(te quiero) van volviéndose sombríos.

Llegará un día en que este mar se acabe:  
ni ola, ni pez, ni paz, ni azul, ni nave.  
No lo verán tus ojos. Ni los míos.»

He cifrado en esta sola pieza la glosa de un libro que, como Murciano apuntara en su día, «tuvo fortuna competitiva, no editorial», y que, en su mayor parte, acabaría por desmembrarse, integrándose sus poemas en otras obras entonces en proceso de creación. Pero cualquiera de los que sobrevivieron a aquel trance, es decir, los aquí recogidos, merecería comentario pormenorizado, dadas su precisión y belleza.

## CON JORGE MANRIQUE AL FONDO: TRÍO PARA CUERDOS

La razón recurrente de la Muerte se manifiesta de nuevo, si con otro acento, en esta elegía conmovedora. La desaparición de la figura paterna, lleva al poeta a infringir su pacto consigo mismo, a desertar de entre los pacíficos, a tratar de traspassar la frontera sellada de lo tangible. Mas lo realiza, eso sí, con serena rebeldía

y sosegado pensamiento. Indica Leopoldo de Luis en su prólogo a *Trío para cuerdos* –ineludible si se pretende asimilar éste convenientemente–: «...es un poema tierno y amargo, atribulado y tangente al círculo helado de la desolación, quizás fruto de un momento de crisis. No es un poema de pura estética, sino de índole moral: el ser y el no ser, el qué hacer y el cómo vivir. Y aún el cómo morir. Bien entendido que, con todo, la estética no le abandona nunca, sobre que, además, tratar los temas desgarradores y trágicos con serenidad y armonía es un problema estético».

*Trío para cuerdos* se divide en tres tiempos, signados cada uno con terminología musical (Andante, Adagio, Finale, Presto), y a los que corresponden otras tres claves: la muerte, el desamparo y la locura.

El primer tiempo brota de las cenizas del hombre. Ese hombre que «comienza a agonizar desde que nace», posee juntamente entidad exclusiva y paradigmática. Con exquisita pulcritud expositiva, Carlos Murciano se acerca sin ambages a la evidencia de la nada, al par que la poesía emana como un hilo de agua cristalina, acostumbradamente. Y es este contraste lo que turba y estremece, y también lo que le enlaza más estrechamente a Jorge Manrique, esto es, la desnudez expresiva, el enfrentamiento descubierto con la adversaria. Y, sin embargo, y he ahí la paradoja, los recursos literarios (el simbolismo, la metonimia, la comparación) son los que ahorman el discurso y lo esclarecen, lo cual trae consigo un desafío explícito ante esa dudosa tendencia a la concentración poemática, tan al uso en la lírica de la nueva era. El segundo tiempo de *Trío para cuerdos*, Adagio, implica el desamparo. Porque la muerte es del hombre, «el sueño que le cierra cada día los párpados». No hay consolación. Es por ello por lo que señalaba más arriba que aquí la Muerte se manifiesta con acento desigual al de obras precedentes de Murciano. Recapítulo a partir de su primera entrega, *El alma repartida* (1954), y enumero: *Viento en la carne* (1955), *Poemas tristes a Madia* (1956), *Tiempo de ceniza* (1961), *Desde la carne al alma* (1963), *Un día más o menos* (1963) y *Libro de Epitafios* (1967). En todos ellos, Dios se declara como presencia. Hay de por medio una difícil y paciente búsqueda que abarca todo un ciclo cronológico, y que concluye con el presunto hallazgo de lo que se buscaba. El mismo *Libro de Epitafios* aparece presidido por una muerte que se entrevé, se siente, y es comunicada por el poeta con palabra esperanzada.

Pero el alma no se aquiega: *Yerba y olvido* (1976) supone una ruptura terminal con el pasado. La raíz nihilista prende en la conciencia, y se difunde con el vértigo que la certitud conlleva, hasta arribar ahora al cedimiento: el hombre

«mira al mundo: y el mundo está vacío.  
De esta manera aprende –tarde, para su daño–  
que en la plaza mayor de estar viviendo  
nada ha tenido nunca sino su desamparo».

El Finale. Presto contempla el elogio de la locura. Reaparece en este tiempo la veta surrealista a la que el poeta nunca ha cesado de acudir, si espaciadamente, desde *Viento en la carne*. Porque la locura es estado surreal del vivir humano, trance inmediatamente ajeno a la muerte, su pertinaz olvido. Deviene, pues, en «la mayor maravilla» del hombre, en lo que le ilusiona descubrir para, al punto, «desconocer que un hombre empieza cuando un hombre se acaba».

Al hilo del verso asonantado (al igual que en los tiempos anteriores), se logra «escuchar con los labios el manso repicar de una campana,/ acariciar las crines del sol, cazar al vuelo/ la mariposa de la madrugada». Tal algarabía sinestésica es condición *sine qua non* para olvidarse de que se existe, reto el más eficaz para posibilitar una tupida red de claridades que apresen el futuro. Así lo reconoce poeta; y, trasunto de esa locura, se ha de reconocer en la poesía el poder de lo ignoto, capaz de redimirlo del infame palor definitivo.

## DE UN VIEJO CANCIONERO

Un breve comentario para un breve cuaderno: quince cancioncillas que dan fe de la frecuentación de Carlos Murciano del cancionero medieval –cuna de nuestra mejor poesía– y de su total dominio de las formas.

Lo curioso reside en cómo fueron escritas: en un solo día de febrero de 1992, y en ocasión de atreverse el autor una grave crisis ocular, que le condujo a una delicada intervención quirúrgica. Privado casi por completo de visión, estos versos fueron plasmados como al dictado de una voz remota, en uno de esos misteriosos procesos creativos que todo poeta experimenta, de una u otra manera, a lo largo de su trayectoria.

La ligereza, la gracia y un cierto tono pícaro, en muchas de sus piezas singulares, caracterizan este cuaderno de pulcra edición, ceñido al tema amoroso, que el poeta ha cultivado siempre, y que, como él mismo ha escrito, se entró en su obra desde sus inicios, «como un río serpenteante –¿serpiente, a fin de cuentas?–, bañándola con su agua poderosa hasta en aquellos instantes en que ni siquiera parecía oírse su paso». «Una joya por fuera y todo un collar de perlas por dentro», dijo de esta *plaquette* Torcuato Luca de Tena. Y Leopoldo de Luis la glosó en un soneto del que transcribo su tramo final:

«Viene el poeta de hoy, y desentierra  
el poema perdido por la sierra,  
el son alegre de un ayer lejano.

(El idioma en sus ritmos infantiles  
se borraba en los clásicos atriles  
y lo volvió a escribir Carlos Murciano)».

## RINCÓN DEL DUENDE

A estas alturas del presente epílogo, siga creyendo el lector que el autor de «El verso caminante» tiene todo que ver con el de *Trío para cuerdos*, y que el hacedor de «Atardecer en el Puerto de Santa María» ha la misma entidad que el de este «Rincón del duende» del que paso a ocuparme.

Si no con la insistencia y vocación de su hermano Antonio –experto contrastado en la materia–, Carlos Murciano no ha sido ajeno a ese insoslayable resquicio de pureza dentro del arte: el cante flamenco. Al andaluz que se precie, le hervie en la sangre el duende del *quejío*, la voz nómada y apesadumbrada del cantao. Hay una acompañante indeleble de esa voz, un hechizo saliente de otros ecos: la guitarra. A una y otra, guitarra y voz, el poeta rinde devoción y homenaje con el deje entrañado que ambas propician, tal ocurre en «Guitarra en la noche», o en «Gitanillo cantando», o en «Oyendo temblar, en Arcos, la voz de Manuel Torre», probablemente el más significativo del conjunto.

Es el olvido del silencio lo que propone Carlos Murciano en estos poemas, la historia de una raza que canta sus secretos y en ello pone el alma. Y hay poco lugar para la alegría. El poeta atempera su verbo y lo acompaña –ya en verso libre, ya contenido en las formas tradicionales– al doliente dictar entre las sombras, al inefable lamento y al rumoroso sonido que lo envuelve. La soledad, la pena que es un mar hacia donde «la voz resbala como un río», «el negro chorro de la angustia», definen la identidad arcana e inabarcable de un pueblo sin fronteras.

## HOMENAJES

El poema-ofrenda tiene sitio importante en el hacer de Carlos Murciano. Recuérdese su libro *Clave* (1972), centrado por la música; o *Breviario*, aquí representado, en el que pintores y escultores son los destinatarios de sus versos.

En esta misma antología, el apartado anterior, «Rincón del duende», sitúa en el mundo del flamenco y de su gente el punto de mira del poeta.

Y, junto a las artes, las letras. En 1966, la editorial malagueña de Angel Cafarena dio a la luz un cuidado volumen, *Plaza de la Memoria*, en el que Carlos Murciano, junto a su hermano Antonio, brindaba un amplio abanico de homenajes a poetas de ayer y de hoy. En tal línea se instalan éstos, escritos en el cuarto de siglo que media entre la aparición de ese libro compartido y el que ahora epílogo.

Palpable resulta en nuestro poeta su facilidad para interiorizar cualquier tipo de lírica y otorgarle su esencia exacta. Y ello siempre –sugerido queda en el epígrafe precedente– dentro de un modo de hacer marcadamente suyo, fácilmente detectable para quienes hayan seguido, aun de manera parcial, su trayectoria. De ahí que resulte un punto cómica la sorpresa de determinado Jurados –integrados por algunos de su inevitables detractores–, al premiar, bajuplica, este o aquel poemario de Murciano, y estallar seguidamente en descalificaciones, sintiéndose, según ellos, burlados. Jamás el poeta intentó tal cosa. Lo que sucede es que esos contumaces tienen formada una idea previa, estereotipada y errónea, de su poesía, que no acostumbran a leer, y en consecuencia ignoran la evolución propia de quién, entregado a un constante ejercicio poético, experimenta las lógicas evoluciones formales, estilísticas y temáticas inherentes a todo creador auténtico. Pero, eso sí, insisto, sin perder nunca voz y acento peculiarísimos.

Y a los homenajes aquí seleccionados me remito. Por ejemplo a «Un sone-to para Tomás Borrás», en el que la oposición paradójica, el juego de contrarios («Borrás, el cuentacuentos, nació un día/ aquí, en Madrid –¿o acaso no nació-/ o nació ayer, como la primavera,/ o nacerá mañana?...») acentúa la dicotomía vida-muerte, exclusivo destino del ser humano, y cuyo tratamiento, reitero, vertebría el «corpus operis» de Murciano; o a su «Mano para un poema (a Eladio Cabañero)», el cual desvela, por enésima vez, su pertinaz militancia en la selecta orden de los mimadores del lenguaje y de sus formas («el verso fiel de Eladio Caballero,/ de Eladio Compañero./ poeta por la gracia/ del sol y la llanura»).

Se alternan, en este puñado de ofrendas, la devoción, la amistad y el reconocimiento a los maestros y colegas, algunos desaparecidos (César Vallejo, Vicente Aleixandre, Carmen Conde, Guillermo Díaz-Plaja) y otros felizmente entregados a impulsar o culminar su obra en marcha: Camilo José Cela, Leopoldo de Luis, Guillermo Morón. Y todas ellas signadas por una lucidez lingüística irrefutable.

¿Poesía circunstancial? ¿Y cuál no lo es? Así como el pintor deja sobre el lien-

zo la efigie del personaje al que retrata, así el poeta encierra en sus estrofas la del que por una u otra razón desencadenó su escritura; en sus estrofas o en sus párrafos, que no siempre recurre al verso para esbozar un rostro, un alma: tal Rubén, en *Los raros* o en *Cabezas*; Juan Ramón, en *Españoles de tres mundos*; Alcixandre, en *Los encuentros*. Sin olvidar que todos ellos acudieron también al verso para efigiar a sus admirados.

Menester este, pues, con tradición sobrada, que es lo que, entre otras cosas, pretendo dejar sentado.

## LOS POEMAS MAYORES

Así los llama el autor por su extensión. Poemas largos no acogidos en volúmenes precedentes, mas con motivos sobradamente explícitos. El intimismo, la contemplación, el misterio de la existencia, reincidenten en esta última zona de *La cítara en la citara*. Y también las figuras son las que el poeta ha sentido siempre más cercanas: La amada, la madre, los hijos, la muchacha, ocupan estos versos que, además de poseer la «suficiente entidad para valerse por sí mismos», como el propio Murciano indica, vienen a ratificar los rasgos esenciales de su poética.

En este punto, me detengo en «Maestra en soledades», poema materno de tejido lírico, por premonitorio. Salvatore Quasimodo explicitó, en su «Lettera alla madre», el tránsito del poeta que aspira a ser digno de su estirpe: «...So che non stai bene, che vivi,/ come tutte le madri dei poeti, povera/ e giusta nella misura d'amore/ per i figli lontani. Oggi sono io/ che ti scrivo». Desde este eco ancestral, Carlos Murciano acude y torna repetidamente a lo largo de su obra, a la que fuera causa de su destino, al ser que lo concibiese. Recuérdese, v.g., «Miro sobre el piano las manos de mi madre». O «Como un patio», de *Meditación en Socar*; en el que declara: «Porque sé que ese día.../ en una calle que no pasa,/ me aguarda incólume ese patio./ esa/ mujer./ tú sola,/ madre». Y en esta «Maestra en soledades» (1988), al punto ya la muerte y acechante, se desvive porque la madre, candidez encarnada, exclusivo puente que le hace retroceder a los días inciertos de la infancia, se le está yendo a ras del tiempo y mansamente. El centro látil donde el cobijo no haya fuerza de atracción, se vence sin remedio hacia los vértices, y es entonces cuando el hijo comprende el helor del vacío sobre sus hombros, y vanamente pide: «...abrigame y condúceme/ como ayer, no te vayas, no me dejes,/ que estoy muy solo, madre».

No cabe duda de que este poema, por su condición entrañable, por su ajenidad a cualquier «circunstancia», podría haberse integrado en alguno de los

libros publicados por el poeta. Tal ocurre asimismo con el titulado «Vuelvo a tu cuerpo» (que, en efecto, formó parte de un poemario que nunca vio la luz y cuyo título repetía un verso saliniano, *Que hay otro ser por el que miro el mundo*), o con «El llanto», ambos cargados de ternura, de amor hacia la esposa y compañera.

Destacaría también, por insólito en el hacer del poeta, «Evocación en Covarrubias», poema épico de sosegado discurrir, pero vibrante siempre, en el que su maestría formal se pone de relieve una vez más. Tres versos de dieciocho sìlabas, cerrados por otro de seis, componen una estrofa inédita, cadenciosa y sonora, a través de la que la figura remota de Fernán González toma cuerpo y pálpito.: «Tú, Fernán Castilla, llevabas el alba clavada en los ojos./ iba amaneciendo por donde pasaba, por donde pisaba / tu cabalgadura. Piel de toro, turbia, tundida, sangrante./ España nacía». Ese poderío formal ya mencionado tiene ejemplo también en el «Poema escrito en un espejo», donde los serventesios alejandrinos de la primera parte aparecen reflejados –y, por ello, al revés– en el azogue de la segund

## CODA

Reitero, pues que el autor ya lo señaló en su prólogo, que esta antología es el complemento de otras anteriores, abarcadoras de una treintena de libros. Quiere ello decir que Carlos Murciano es un escritor prolífico y polivalente, y que de su oficio ha hecho razón de vida. En el capítulo titulado «La Poesía», de su libro *La Calle Nueva* (1965), interroga, desvelado: «¿Cuántos (años) hubieron de pasar para que yo, Poesía, te encontrase? ¿Por qué evitaste dar tu veneno dulce al niño que, sin saberlo, te llevaba? ¿Por qué aguardaste a su hombredad para entregarte de una vez y para siempre? ¿No temiste que el impacto terrible lo acabase?». Testimonio tremante, que delimita la actitud entregada de nuestro poeta, su incondicional vocación.

Esa entrega plenísima es la que ha hecho posible una obra de la amplitud y la categoría de la suya. Ejemplos hay en la misma generación del 50, a la que Carlos Murciano pertenece, de magníficos escritores que no han dado a la imprenta más de cinco, seis libros. Son maneras diversas de plantearse la escritura, lo cual no implica que la calidad vaya asociada en relación inversa con la cantidad de líneas que se escriben, o viceversa. ¿San Juan de la Cruz o Lope? Los dos, claro. Y hago este comentario porque la profusa obra de Murciano ha llevado a un sector de la crítica a minusvalorarla, cuando no a ignorarla por mor de oscuras conveniencias u oficialismos. Pero esa turba de zoilos no hallará

entre los textos del arcense ni uno que no resulte, al menos, digno, tamaño es su dominio de la palabra. Y es que a Carlos Murciano le hace falta una condición imprescindible para ser inscrito entre los mejores poetas de esta era finisecular: ser leído.

**Carlos María MAÍNEZ**  
diciembre 1996

## RESEÑA BIOBIBLIOGRÁFICA

1931. Nace el 21 de noviembre de 1931, en Arcos de la Frontera, Cádiz. Carlos Murciano es Intendente Mercantil, y durante treinta y un años fue gerente de una firma de rango internacional. Es miembro de la Real Academia de San Dionisio, de Jerez, Hispano-Americana, de Cádiz, San Telmo, de Málaga, así como de las de Córdoba y San Fernando. Miembro Correspondiente de las Academias Venezolanas de la Lengua y de la Historia, de la Belgo-Espagnola d'Histoire y de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Narrador, conferenciante, traductor y crítico literario. Ha sido traducido al inglés, francés, italiano, ruso, lituano, serbo-croata, macedonio, coreano, hindi, tailandés, así como al esperanto.
1949. Funda, con su hermano Antonio y varios amigos, el grupo y la revista «Alcaraván».
1954. Publica su primer libro, «El alma repartida» (Lírica Hispana. Caracas), y obtiene el accésit del Premio «Adonais» con su libro «Viento en la carne» (Rialp, Madrid, 1955).
1962. «Un día más o menos». Premio «Ciudad de Barcelona». (Punta Europa. Madrid, 1963).
1965. La Fundación March le otorga una Pensión de Literatura para escribir su libro «Clave», que obtendría posteriormente el Premio «Ciudad de Palma» (La isla de los ratones. Santander, 1972).
1966. «Los años y las sombras». Premio «Ausias Marcha». Ayunt. de Gandía/ Diput. de Valencia. Se edita en Madrid.
1967. «Libro de epitafios». Premio «Juan Boscán». Instituto de Estudios Hispánicos. Barcelona. 2<sup>a</sup> ed. Plaza & Janés. Barcelona, 1970.
1970. «Este claro silencio». Premio Nacional de Poesía. (Ed. Cultura Hispánica. Madrid).

1973. «El revés del espejo». Premio «Ciudad de Zamora». (Ed. del Ayuntº de Zamora). «Antología 1950-1972». (Plaza & Janés. Barcelona).
1974. «Triste canta el búho». Premio «Ciudad de Irún». (C. A. P. San Sebastián).
1975. Se le otorga la Medalla de Oro de su ciudad natal.
1977. «Yerba y olvido». Premio «González de Lama». (Col. Provincia. León).
1978. «Del tiempo y soledad». Premio «Francisco de Quevedo». (Ed. del Ayuntº de Madrid).
1981. «Trío para cuerdos». Premio «Jorge Manrique». (Colectivo Multi-Media. Gijón, 1989).
1982. «El mar sigue esperando». Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil. (Noguer. Barcelona, 1983). S. M. El Rey le otorga la Cruz del Mérito Naval de 1º Clase con distintivo blanco.
1983. «Historias de otra edad». Premio «Leonor». (Diputación de Soria, 1984). Se le concede la Gran Cruz de la Orden Militar y Hospitalaria de San Lázaro de Jerusalén.
1986. «Quizá mis lentes ojos». Premio «Ibn Zaydun». (Ed. del Instituto Hispano-Arabe de Cultura. Madrid). El Gobierno de la República de Venezuela le concede la Orden «Andrés Bello».
1987. Renuncia voluntariamente a su puesto de trabajo para dedicarse por entero a su obra literaria.
1988. Es nombrado Hijo Adoptivo de Fontiveros, pueblo natal de San Juan de la Cruz.
1989. «Cuesta del Perro». Premio «Felipe Trigo». (Bitácora. Madrid, 1990). «Antología Poética 1950-1988» (Plaza & Janés. Barcelona). Es investido Caballero del Imperial Monasterio de Yuste.
1994. «De Roble y Seda». Premio «Ciudad de Segovia». (Ed. de la Asociación de Escritores. Madrid). El Círculo de Escritores de Venezuela le otorga la Medalla «Lucila Palacios».
1995. «Sonetos de la otra casa». Premio «Feria del Libro». (Endymión. Madrid, 1996). Obtiene el premio «Miguel de Unamuno» de cuentos.
1996. Ediciones Hiperión publica «Un ave azul que vino de las islas del sueño», su sexto libro de poesía infantil.
1997. Su libro inédito «Concierto de Cámara» obtiene el Premio Internacional de Poesía «Antonio Machado», que se otorga cada dos años en Collioure (Francia) Su libro inédito «Diminuto jardín como una araña» obtiene el Premio «San Juan de la Cruz», que anualmente se otorga en Fontiveros (Ávila).

## BIBLIOGRAFÍA POÉTICA DE CARLOS MURCIANO

- EL ALMA REPARTIDA. Escrito entre 1950 y 1953. Publicado en Caracas, en la colección «Lírica Hispana», con el número 140, en octubre de 1954. Treinta poemas.
- VIENTO EN LA CARNE. Escrito entre 1953 y 1954. Accésit al Premio Adonais de ese año. Publicado en Madrid, en la colección «Adonais», con el número CXVI, en febrero de 1955. Treinta poemas.
- POEMAS TRISTES A MADIA. Escrito entre 1953 y 1955. Publicado en Arcos de la Frontera, en la colección «Alcaraván», con el número 1, en agosto de 1956. Treinta poemas.
- ANGELES DE SIEMPRE. Escrito entre 1952 y 1954. Publicado en Caracas, en la colección «Lírica Hispana», con el número 188, en octubre de 1958. Treinta poemas.
- CUANDO DA EL CORAZÓN LA MEDIA NOCHE. Escrito entre 1954 y 1956. Publicado en Granada, en la colección «Veleta al Sur», con el número 3, en marzo de 1958. Treinta y dos poemas.
- TIEMPO DE CENIZA. Escrito entre 1956 y 1958. Publicado en Santander, en la colección «La isla de los ratones», con el número 14, en febrero de 1961. Veintinueve poemas.

- DESDE LA CARNE AL ALMA. Escrito entre 1956 y 1960. Premio Selección Grupo Atalaya, 1963. Publicado en Jerez de la Frontera, en la colección «La Venencia», con el número 4, en marzo de 1963. Veintidós poemas.
- UN DÍA MÁS O MENOS. Escrito entre 1959 y 1962. Premio «Ciudad de Barcelona», 1962. Publicado en Madrid, en la colección «Punta Europa», en noviembre de 1963. Treinta y dos poemas.
- LA NOCHE QUE NO SE DUERME. Escrito entre 1954 y 1964. Publicado en Sevilla, en la colección «La Muestra», con el número 9, en noviembre de 1964. Quince poemas.
- ESTAS CARTAS QUE ESCRIBO. Escrito entre 1952 y 1957. Libro inédito, del que fueron seleccionados cinco poemas, que se publicaron con tal título en Málaga, en la colección «Cuadernos de María José», con el número V, en mayo de 1966.
- LOS AÑOS Y LAS SOMBRAS. Escrito entre 1960 y 1963. Premio «Ausias March», 1965. Publicado en Madrid, en edición patrocinada por el Ayuntamiento de Gandía y la Diputación Provincial de Valencia, en abril de 1966. Catorce poemas.
- LIBRO DE EPITAFIOS. Escrito entre 1964 y 1966. Premio «Juan Boscán», 1966. Publicado en Barcelona, en edición del Instituto de Estudios Hispánicos, en octubre de 1967. Una segunda edición apareció también en Barcelona, en marzo de 1970, en Plaza & Janés, con el título de *Los premios «Juan Boscán» de poesía (1962-1966)*. Veintidós poemas.
- EL MAR. Escrito en 1958. Premio «Virgen del Carmen» 1968. Publicado en Las Palmas de Gran Canaria, en la colección «La fuente que mana y corre», con el número 5. Un poema, dividido en tres partes.
- BREVIARIO. Escrito entre 1958 y 1968. Publicado en Caracas, en la colección «Poesía de Venezuela», con el número 27, en 1969. Doce poemas. En febrero de 1974, se hizo una segunda edición en Sevilla, en la colección «Aldebarán», con el número 9, recogiendo otros doce poemas más, escritos hasta 1973. En 1993, apareció la tercera edición en Pamplona, en la colección «Medialuna», con el número 15, incorporando treinta nuevos poemas.

- VEINTICINCO SONETOS. Antología. Publicado en Madrid, por Ediciones Literoy, en la colección «Voz del viento», con el número 3, en 1970.
- ESTE CLARO SILENCIO. Escrito entre 1964 y 1969. Premio Nacional de Literatura, 1970. Publicado en Madrid, en la colección «Leopoldo Panero», con el número 16, en octubre de 1970. Una segunda edición apareció en la misma colección en enero de 1971. Veintinueve poemas.
- CLAVE. Escrito entre 1964 y 1970, con una Pensión March de Literatura otorgada en 1965. Premio Ciudad de Palma. 1970. Publicado en Santander, en la colección «La isla de los ratones», con el número 63, en mayo de 1972. Treinta y tres poemas.
- EL REVÉS DEL ESPEJO. Escrito entre 1966 y 1972. Premio Ciudad de Zamora, 1972. Publicado por el Ayuntamiento de dicha Ciudad, en marzo de 1973. Treinta y siete sonetos.
- ANTOLOGÍA (1950-1972). Publicado en Esplugas de Llobregat (Barcelona), en la colección «Selecciones de Lengua Española», de Plaza & Janés, en junio de 1973.
- DOS DEDOS DE LA MANO. Escrito en noviembre de 1974. Impreso en edición limitada, con seis aguafuertes de Fernando Calderón, por Casa Cuevas, de Santander, en 1974. Un poema, dividido en seis partes.
- YERBA Y OLVIDO. Escrito entre 1973 y 1974. Premio «Antonio González de Lama», 1976. Publicado en León, en la colección «Provincia», con el número 35, en febrero de 1977, por la Institución Fray Bernardino de Sahagún, de la Diputación Provincial de León. Cincuenta y cinco poemas.
- LA NOCHE SANTA. Escrito entre 1954 y 1976. Publicado en Palencia, por Abad-Herrero Editores, en febrero de 1978. Cuarenta y dos poemas, incluyendo los quince que componían *La Noche que no se duerme*.
- DEL TIEMPO Y SOLEDAD. Escrito entre 1973 y 1978. Premio «Francisco de Quevedo», 1977. Publicado en Madrid, en edición del Ayuntamiento de esta ciudad, en noviembre de 1978. Cuarenta poemas.
- MEDITACIÓN EN SOCAR. Escrito entre 1975 y 1978, incorporando un poe-

ma de 1972 y otro de 1974. Accésit al Premio Mundial de Poesía «Fernando Rielo», 1981. Publicado en Madrid, por la Fundación Fernando Rielo, en 1982. Catorce poemas.

- **HISTORIAS DE OTRA EDAD.** Escrito entre 1977 y 1983. Premio «Leonor», 1983. Publicado en Soria, en edición de la Diputación Provincial, en mayo de 1984. Catorce poemas.
- **UNO.** Escrito entre 1977 y 1984. Publicado en Las Palmas de Gran Canaria, en la colección «Piélago», en 1985. Treinta y dos poemas de un solo verso.
- **LA BUFANDA AMARILLA.** (Infantil). Escrito en 1983. Publicado en Madrid, en la colección «Infantil y Juvenil», de Editorial Escuela Española, con el número 51, en 1985. Premio C.C.E.I., 1986. Reeditado en la colección «Caballo de Cartón», de la misma editorial, con el número 60, en 1989. Una nueva edición, incorporando quince poemas inéditos y titulada *La bufanda amarilla y Don Abecedario*, ha sido publicada en Madrid, en la colección «Catamarán», de Ediciones SM, con el número 22, en septiembre de 1990.
- **QUIZÁ MIS LENTOS OJOS.** Escrito en 1985, excepto su poema final, que data de 1977. Premio «Ibn Zaydun», 1985. Publicado en Madrid, por el Instituto Hispano-Arabe de Cultura, en la colección «Ibn Zaydun», en 1986, Diez poemas.
- **LA RANA MUNDANA** (Infantil). Escrito entre 1987 y 1988. Mención de Honor en el Premio «Pier Paolo Vergerio», Padua, 1989. Publicado en Madrid, en la colección «Altamar», de la Editorial Bruño, con el número 7, en 1988. Veintiséis poemas.
- **TRIO PARA CUERDOS.** Escrito en 1981. Premio «Jorge Manrique» del mismo año. Publicado en Gijón, en la colección «Clepsidra», de Colectivo Multi-Media, con el número 2, en febrero de 1989. Un solo poema, dividido en tres tiempos.
- **UNA MISMA COSA.** Escrito entre 1974 y 1982. Premio «Villa de Martorell», 1983. Quince poemas. Al no estar prevista la edición oficial ni hallar editor propicio, el libro se desmembró, integrándose determinados poemas en otras obras en proceso de creación. Cuando, años después, el Patronato de Cultura

del Ayuntamiento de Martorell decidió publicar en un solo volumen todos los libros galardonados, sólo permanecían inéditos algunos poemas de la primera parte, que fueron los que finalmente se dieron a conocer en dicho volumen, aparecido en abril de 1989.

- LA NIÑA CALENDULERAS. (Infantil). Escrito entre 1987 y 1988. Publicado en Madrid, en la colección «Cuentos de la Torre y la Estrella», de Ediciones SM, con el número 40, en 1989. Doce poemas.
- ANTOLOGÍA POÉTICA (1950-1988). Publicado en Esplugas de Llobregat (Barcelona), en la colección «El Ave Fénix», de Plaza & Janés, con el número 131, en noviembre de 1989.
- DUENDE O COSA. (Infantil). Escrito entre 1988 y 1990. Publicado en Zaragoza, en la colección «Ala Delta», de Edelvives, con el número 103, en 1990. Veintiún poemas.
- FRONTERA DEL DESVÁN. Antología Mágica. Publicado en Madrid, en la colección «Nueva Imagen», de Altorre Editorial, en julio de 1990. Dieciséis poemas.
- VASO TERCERO. Escrito en fechas muy dispares, el último de sus sonetos en febrero de 1991, se publicó en junio de ese año, en Valdepeñas, con motivo del homenaje rendido a su autor en el ciclo «Vinos Nobles», del Grupo A-7. Ocho sonetos.
- DE UN VIEJO CANCIONERO. Escrito en febrero de 1992. Publicado en octubre de dicho año, en Málaga, en la colección «Breviarios de Vizland & Palmart», con el nº I, en edición a cargo de Carmen Peralto. Quince canciones.
- DELL'AMORE E DI ALTRI AFFANNI. (Del amor y otros duelos). Antología bilingüe. Publicada en Bari (Italia), en la colección «I Quaderni di Abanico», con el nº 16. Traducción y prólogo de Michele Coco. Levante Editori. Veinticuatro poemas.
- NOVENARIO. Escrito entre 1979 y 1993. Publicado en noviembre de 1993, en Málaga, en la colección «Breviarios de Vizland & Palmart», con el nº IV, en edición a cargo de Carmen Peralto. Nueve sonetos.

- **DE ROBLE Y SEDA.** Escrito entre 1982 y 1989. Premio «Ciudad de Segovia», 1993. Publicado en Madrid, en la colección «Julio Nombela», de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, con el nº 22, en abril de 1994. Veinte poemas.
- **ME LLAMO PABLITO.** (Infantil). Escrito en 1989. Publicado en Zaragoza, en la colección «Ala Delta», de Edelvives, con el nº 186, en 1995. Dieciocho poemas.
- **SONETOS DE LA OTRA CASA.** Escrito entre 1990 y 1995. Premio «Feria del Libro de Madrid», 1995. Publicado en Madrid, en la colección «Endymión», de la editorial del mismo nombre, con el nº 216, en marzo de 1996. Treinta y seis sonetos.
- **UN AVE AZUL QUE VINO DE LAS ISLAS DEL SUEÑO.** (Infantil). Publicado en Madrid, en la colección «Ajonjolí», de Ediciones Hiperión, con el nº 10, en 1996. Treinta y cinco poemas.

## OBRA EN PROSA

### Ensayo

*Las sombras en la poesía de Pedro Salinas.* Colección «La isla de los ratones». Santander, 1962.

*Una monja poeta del XVI. La R. M. María de la Antigua.* El Guadalhorce. Málaga, 1967.

*Hacia una revisión de Campoamor.* Punta Europa. Madrid, 1967.

*25 poemas de la Hermana Madeleva.* Selección, versión y prólogo. Edición Ángel Caffarena. Málaga, 1969.

*Hervás y Panduro y los mundos habitados.* Candil. México, 1971.

*De letras venezolanas.* Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1985.

*España eterna.* Lunwerg Editores. Madrid, 1991.

### Narración

*La aguja* (Cuentos). Colección «Prosistas Españoles». Editora Nacional. Madrid, 1966.

*Cartas a Tobby* (Novela corta). Editorial Prensa Española, Madrid, 1972.

*La escalera* (Cuentos). Libro Joven de bolsillo. Editorial Doncel. Madrid, 1973.

*Triste canta el búho* (Novela corta). Colección «Premios Literarios Ciudad de Irún». C.A.P. San Sebastián, 1974.

*Las manos en el agua* (Infantil). Mundo Mágico. Editorial Noguer. Barcelona, 1981.

*El mar sigue esperando* (Infantil). Cuatro Vientos. Editorial Noguer. Barcelona, 1983.

- Los libros amigos* (Infantil). Fundación Germán Sánchez Ruipérez. Salamanca, 1984.
- Tres y otros dos* (Infantil). Caballo de Cartón. Editorial Escuela Española. Madrid, 1985. 2<sup>a</sup> ed. Punto Juvenil. Magisterio. Madrid, 1990.
- Cuento con Tigo* (Infantil). Mundo Mágico. Editorial Noguer, Barcelona, 1986.
- Apriétame la mano más que nunca* (Cuentos). CajaLeón. Gráficas Baraza. Oviedo, 1986.
- Los habitantes del Llano Lejano* (Infantil). El Barco de Vapor. Ediciones SM. Madrid, 1987.
- Lun* (Infantil). Ala Delta. Edelvives. Zaragoza, 1987.
- La niña enlunada* (Infantil). Cuentos de la Torre y la Estrella. Ediciones SM. Madrid, 1988.
- Las sayas en las hayas* (Infantil). Unicornio. Ediciones Júcar. Gijón, 1988.
- Sor Guitarra* (Infantil). A toda máquina. Susaeta Ediciones. Madrid, 1988.
- Lirolos, cífolios y paranganalios* (Infantil). Ala Delta. Edelvives. Zaragoza, 1988.
- La niña que aprendía los nombres* (Infantil). Punto Infantil. Magisterio. Madrid, 1989.
- El gigante que perdió una bota* (Infantil). El Duende Verde. Anaya. Madrid, 1989.
- Cuesta del Perro* (Novela corta). Colección «Timonel». Editorial Bitácora. San Fernando de Henares, 1990.
- De redes y de lazos* (Cuentos). Colección «Timonel». Editorial Bitácora. San Fernando de Henares, 1990.
- Miña y Perro* (Infantil). Mundo Mágico. Editorial Noguer. Barcelona, 1990.
- Las amapolas se han vuelto blancas de repente* (Infantil). Altamar. Bruño. Madrid, 1992.
- Las historias secretas* (Infantil). Ala Delta. Edelvives. Zaragoza, 1993.
- Nunca olvides las letras de mi nombre* (Cuentos). Sueños de Papel. Edelvives. Zaragoza, 1995.
- El Extraño Señor de las Nubes* (Infantil) Dylar. Madrid, 1996.
- Alba, Blanca y el alot* (Infantil). El Duende Verde. Anaya. Madrid, 1997.

## Otros

- La calle Nueva* (Memorias de infancia). Colección Juan Such. Edición A. Caffarena. Málaga, 1965. Segunda edición: Librería Huemul. Buenos Aires, 1973.
- Algo flota sobre el mundo* (Reportajes). Colección «Los Tres Dados». Editorial Prensa Española. Madrid, 1969.

*Arcos de la Frontera* (A manera de guía). Editorial Everest. León, 1974.

**En colaboración con su hermano Antonio**

*Los ángeles del vino* (Jerez, 1954). *Antología de poetas de Arcos de la Frontera* (Arcos, 1958). *Corpus Christi* (Málaga, 1961). *Plaza de la Memoria* (Málaga, 1966). *Los ángeles del vino y otros duendes* (Jerez, 1984). *Cuando nace la vida* (Nueva York, 1994). *Los premios «Alcaraván» de Poesía* (Chiclana, Cádiz, 1997).

**En colaboración con Luis Sagi-Vela**

*El sonido grabado y la cultura* (Audiovisual). Ministerio de Cultura. Madrid, 1982.

*La música y nosotros* (Una historia de la música). Ediciones Anaya. Madrid, 1983.

**En colaboración con Carlos María Maínez**

*Antología Poética General*. Asociación Prometeo de Poesía. Madrid, 1990.



Institución Gran Duque de Alba

## ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
<b>Palabra previa .....</b>	9
En la primera página de un libro .....	13
<b>EL VERSO CAMINANTE.....</b>	15
<b>1. Las canciones .....</b>	19
Célica Ronda .....	21
Baladilla de la calle antigua.....	23
Por Despeñaperros.....	24
Canción del amante que quería volver.....	25
Segovia .....	26
Navas del Rey .....	27
Somosierra .....	28
Aranda de Duero .....	29
Caleruega.....	30
Bahavón de Esgueva.....	31
Burgos.....	32
Palencia .....	33
Calatañazor.....	34
Viana .....	35
Velayos .....	36
Becerril de la Sierra.....	37
Don Rodrigo.....	38
Paterna de Rivera .....	39
Almuradiel .....	40

Campillo de Arenas.....	41
Granada .....	42
Serranilla de Valdejudíos.....	43
Ecija.....	44
Venturada.....	45
Soria.....	46
Atardecer por tierras de Soria .....	47
Algodor .....	48
Benamira .....	49
Matasejún .....	50
Sigüenza.....	51
Alcalá de Henares .....	52
Río Tajo .....	53
Pastrana .....	54
Torre-Alháquime .....	55
En Arcos .....	56
Nueva York, 21 de marzo.....	58
Santo Domingo de la Calzada.....	60
Del río Oja y los nombres amigos.....	61
Cancioncilla de la nieve en Béjar .....	62
Por Majarromaque .....	64
Rincón de Mérida.....	65
Copillas de Campo de Criptana .....	66
Pájaro en el jardín .....	68
El Emperador .....	69
Pájaro de Yuste .....	70
San Andrés de Teixido .....	71
Guadalete.....	72
Atardecer en Grazalema .....	73
Berceo.....	74
En La Manchuela .....	75
Atardecer en Magacela.....	76
En un patio de Amberes .....	77
Despertar en Struga .....	78
Lago de Ohrid .....	79
Cabezo de Alcalá .....	80

Pág.

Simancas .....	81
Punta de Mera .....	82
Guijo de Santa Bárbara .....	83
Cementerio viejo .....	84
Vivar del Cid .....	85
Llaves .....	86
Piasca .....	86
Nonduermas .....	87
 2. Los sonetos .....	89
Última noche en la Alcazaba de Málaga .....	91
Última hoja .....	92
Ávila queda .....	93
Un mirlo en el pinar de Icod .....	94
Contemplación en Valldemosa .....	95
Puerto Real .....	96
Ante el mausoleo de los amantes .....	97
Llano manchego .....	98
En Valdepeñas .....	99
En Tejeda .....	100
Nacimiento del Guadalquivir .....	101
Atardecer en Es Verger .....	102
Campos de Medina-Sidonia .....	103
El poeta recuerda a la amada desde una plaza de Caracas .....	104
 BREVIARIO .....	105
Treinta versos para Pablo Picasso .....	109
Un soneto para Plácido Fleitas .....	111
Recado urgente y dolorido para Antonio Padrón .....	112
A Víctor de los Ríos .....	114
Sueño de Barjola .....	115
Contemplando unos hierros de Luis Álvarez Lencero .....	116
Contemplando unos lienzos de Carmen Pinteño .....	118
Digo ahora de Fernando Calderón .....	119
Gregorio Prieto, aquí .....	120
Veo la huella del tiempo en unos cuadros de Eduardo Naranjo .....	121

Soneto casi mágico para Lorenzo Goñi.....	122
Vamos a entrar en casa de Celedonio Perellón.....	123
Veo inmerso a Nassio Bayarri en su guerra total.....	125
Soneto móvil para Jesús Soto .....	127
Ángel Úbeda fotografía el otro lado.....	128
Miró a Miró .....	129
Con Sorolla .....	131
Tercetillos para Juan Esplandiú .....	132
Décima (o calle) para que cruce despacio Francisco Mateos.....	134
Delgado Raja retrata a Antonio Bienvenida .....	135
Juan Gutiérrez Montiel viene, ve y vence .....	137
Gloria Torner trae el Cantábrico hasta Segovia .....	138
Último viaje de Giorgio de Chirico .....	140
Esa mujer .....	143
Con la pintura de Miguel Acquaroni .....	145
Palabras para Goya .....	147
Contemplo unos cuadros de Matisse con un libro de Quevedo bajo el brazo.....	149
Del río de Lapayese del Río.....	152
Unas pocas palabras para Joan Rebull.....	154
Julio de Pablo, entero y dividido .....	155
La Cenicienta.....	156
Waldo Aguiar pinta paisajes y muchachas.....	157
Monet en Giberny .....	158
Un soneto para Ginés Liébana .....	159
Desarrollo sonético para Luis Caruncho.....	160
Daniel Merino juega contra sí mismo una partida de ajedrez .....	161
 UNO.....	163
I .....	167
Poeta .....	167
El.....	167
Mirlo .....	167
Con el rostro hacia el ayer .....	167
Verso dormido .....	167
Los arriates guardan la sombra de esa mano.....	168

	<u>Pág.</u>
Octubre.....	168
Playa de la Memoria.....	168
Juan Crisóstomo Arriaga.....	168
Un cuerpo de mujer que no fue mío.....	168
Luz.....	168
Dime .....	168
Adolescente como una corza.....	168
Sillón rojo en la penumbra de marzo.....	168
Hijo de tu silencio .....	168
Furtivo .....	168
Amanecer desde una terraza .....	169
Culpa de dos.....	169
Jauría.....	169
Tierra.....	169
Caballos .....	169
 <b>II. Compases para una sinfonietta griega .....</b>	 169
Lluvia en el Egeo .....	169
Nauplia .....	169
Olimpia .....	169
Rebaño en Kato Ahala .....	170
Río Piros .....	170
Delfos, 1.....	170
Delfos, 2.....	170
Delfos, y 3.....	170
Monasterio de Ossios Lukas .....	170
Cabeza en bronce de Jean Moreas.....	170
Mapa de Grecia.....	170
 <b>UNA MISMA COSA .....</b>	 171
A una muchacha que se bañaba desnuda en el río .....	175
La tartamuda .....	176
Muchacha en la orilla .....	177
Amanecer en Sitges.....	178
Atardecer en El Puerto de Santa María .....	179
Interior con desnudo (1) .....	180

	<u>Pág.</u>
Interior con desnudo (2) .....	181
Amor .....	182
 TRIO PARA CUERDOS .....	183
(Andante).....	187
(Adagio).....	189
(Finale. Presto) .....	191
 DE UN VIEJO CANCIONERO .....	193
1. Las avellanicas... .....	197
2. Por el río abajo, madre.....	197
3. Del alto collado.....	197
4. Pastora, el rebaño... .....	198
5. Ya amanece el gallo.....	198
6. Miraba la monja.....	198
7. A la ventolé... .....	199
8. A la oliva verde... .....	199
9. De la tierra no vienen mis males.....	199
10. Ese caballero... .....	200
11. Bajo el alamillo.....	200
12. Madre, mis amores.....	201
13. Nuño Cerrada.....	201
14. Pájaro dormido.....	201
15. Hermana, a la fiesta.....	202
 RINCÓN DEL DUENDE .....	203
Guitarra en la noche .....	207
Gitanillo cantando .....	209
Pepe Pinto dice en voz baja unos cantes sobre Pastora .....	210
Oyendo temblar en Arcos la voz de Manuel Torre.....	211
Recordando a Tomás el Nitri.....	214
Espinelas (con duende) para Vicente Escudero .....	215
La voz tiznada .....	217
Antonio «Fosforito» canta por derecho.....	220
Espinelas para Concha Piquer.....	221
Invitando a tomar una copa a Juan Valderrama .....	222

Espinelas urgidas para recordar a Lola Flores .....	223
<b>HOMENAJES .....</b>	<b>225</b>
Un soneto para Tomás Borrás .....	229
Con Carmen Conde .....	230
Velintonia, 3 .....	231
El tiempo que esa boca reconstruye .....	232
Mano para un poema .....	234
El legado .....	235
Recado para Ángel Crespo .....	237
Piedra para César Vallejo .....	239
Al andar .....	241
Leyendo el «Cementerio Marino» de Paul Valéry .....	242
Para Concha Zardoya y su libro «Patrimonio de ciegos» .....	243
Romance del que un día fue lumbre .....	244
Recordando a Rafael Fernández Pombo en primavera .....	246
Espinelas decembrinas para pedir la vuelta de Rafael Duyos .....	247
A Leopoldo de Luis .....	248
Guillermo Morón cumple setenta años .....	249
Memoria de Rubén Darío .....	250
Jorge Luis Borges alcanza el otro lado .....	251
<b>POEMAS MAYORES .....</b>	<b>253</b>
Vuelvo a tu cuerpo .....	257
A zaga de su huella .....	261
A una muchacha que lavaba en el Tajo, al pie de Toledo .....	267
Traigo a mis hijos a la orilla del río que rodea a mi pueblo .....	273
Evocación en Covarrubias .....	279
El llanto .....	285
Rama de almendro para una muchacha lejana .....	291
Poema escrito en un espejo .....	297
Jerez, septiembre .....	303
Un hombre ha vuelto .....	309
Visión de Cuenca .....	315
Ando Guadalajara con la luz en los ojos .....	321
Esta es la música: la vida .....	327

	<u>Pág.</u>
Bajo las puentes va el alma .....	333
Maestra en soledades .....	339
POEMA FINAL .....	345
Reloj de arena .....	347
EPÍLOGO, por Carlos María Maínez.....	349
Breve reseña biobibliográfica.....	363
Bibliografía poética de Carlos Murciano.....	365
Obra en prosa .....	371



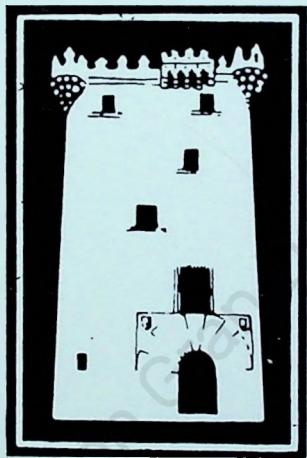
Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

## TÍTULOS PUBLICADOS

- Insula extraña el Corazón,** de José Luis López Narrillos.
- Alrado Luzbel,** de Fernando Alda Sánchez.
- Carpe Diem,** de José María Muñoz Quirós.
- De polvo enamorado,** de José María Ercilla Trilla.
- El mágico lenguaje de septiembre,** de José María Guerra Vozmediano.
- Conjunción de Espejos,** de Tomás Hernández Castilla.
- Oráculos sombríos,** de Gaspar Moisés Gómez.
- Ciudad de Ceniza,** de Teresa Barbero.
- Segunda antología,** de Luis López Anglada.
- Soporte del viento,** de Ovidio Pérez Martín.
- Todas mis palabras,** de José Ledesma Criado.
- Mi corazón a mi manera,** de José Javier Aleixandre.
- Antología Poética,** de Hernánegildo Martín Borro.
- Ciudad Ducal,** de José Luis Sancho Barros.
- El río,** de Ángel García Ronda.
- Escritos al atardecer,** de José M.<sup>a</sup> de Vicente Toribio.
- Jardín de su silencio,** de Sagrario Rollán Rollán.
- Como el aire que respiro,** de Carlos Reviejo Hernández.
- Tantas vidas,** de Ángel García López.



Institución Gran Duque de Alba



Inst